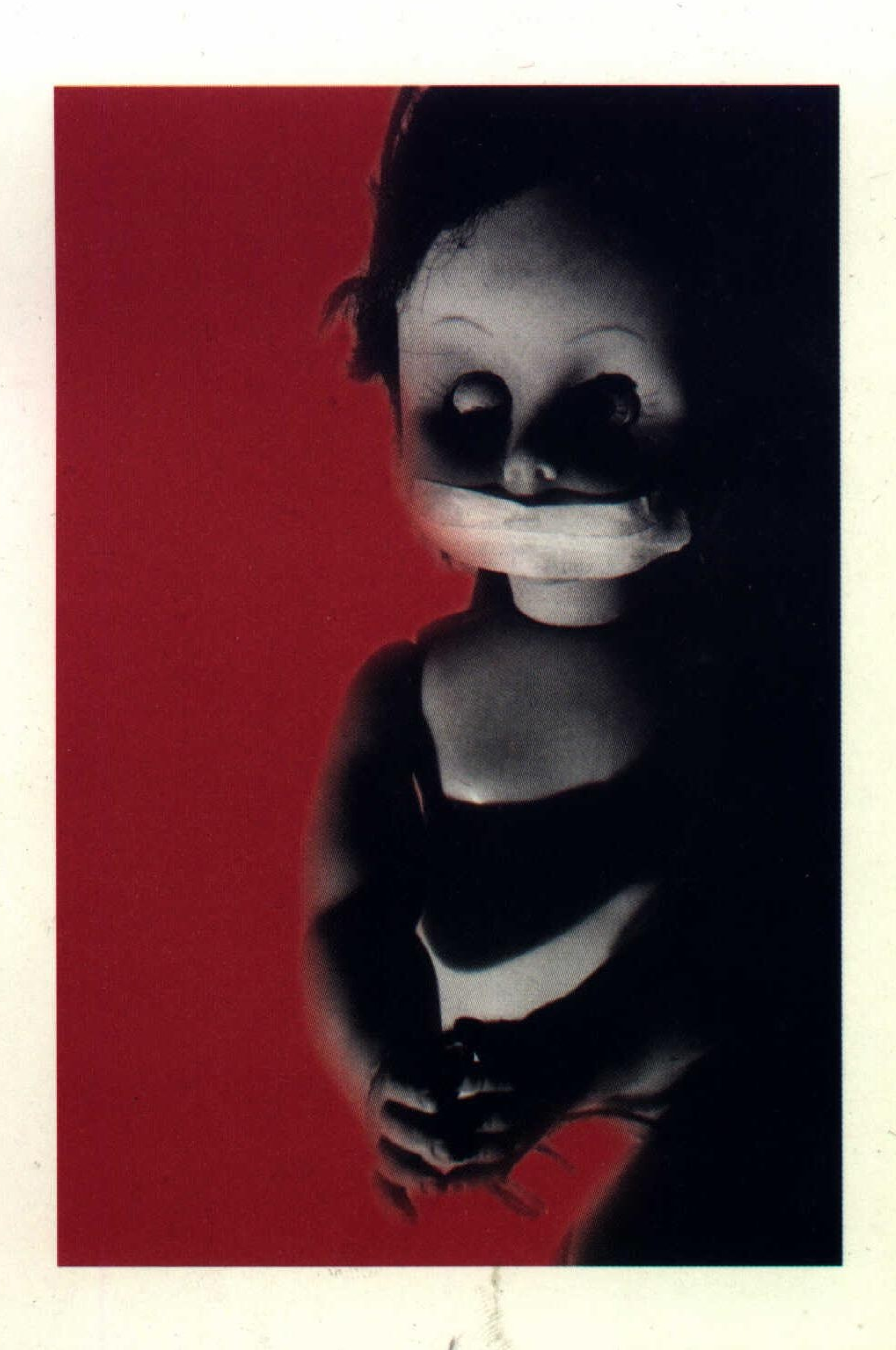
BREVIARIOS DE LA INVESTIGACIÓN

EL IMPERIO DE LO SINIESTRO O LA MÁQUINA SOCIAL DE LA LOCURA

Raúl R. Villamil Uriarte



Casa abierta al tiempo
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA METROPOLITANA
UNIDAD XOCHIMILCO División de Ciencias Sociales y Humanidades

El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura

Universidad
Autónoma
Metropolitana
Unidad Xochimilco



Edición: Salvador González Vilchis

Primera edición, julio de 1999

Unidad Xochimilco
Calzada del Hueso 1100
Col. Villa Quietud, Coyoacán
04960, México DF.

ISBN 970-654-453-4 *(obra completa)*
970-654-463-1

Impreso y hecho en México / *Printed and made in Mexico*

ganz1912

Índice

(a manera de introducción)

trazos y puntos de fuga del texto

Las cosas se desprenden,
el centro no puede
mantenerse.
Sólo la anarquía reina en
el mundo .

W.B. Yeats

La topografía de una serie indeterminada de palabras puede ser un ejercicio caligráfico, un dibujo, un garabato, pero también el enlace, el puente o la hebra que desentrañe un nudo de sentido y conectar así los vasos comunicantes que mantenemos insospechados para la conciencia. Sobre todo, cuando el escrito supone un cierto orden de dar sentido a las palabras, ideas y reflexiones que intentan, a su vez, hacer un corte entre la confusión que genera en la sociedad la violencia extrema.

Violencia que supera con mucho los límites de tolerancia y sensibilidad colectivas, en cuanto a lo que diversos grupos que conforman la sociedad tienen que soportar o aprender a controlar del estado social y cotidiano, en el que el ciudadano común es cooptado, amedrentado y simbólicamente atado por el terror y el miedo que explícita y reiteradamente es transmitido por los diversos medios de comunicación: escenas de video por televisión verdaderamente espeluznantes, artículos y primeras planas en periódicos amarillistas y no, exhibiendo día a día el pulso convulsivo de la sociedad y del mundo; programas de radio y noticiarios que también transmiten, en aras de la Libertad de Información, verdaderos dispositivos de amenaza al sujeto, con una pedagogía basada en la imposición de una moraleja que establece así un modelo del «buen ciudadano» a partir de la implantación del sentido absoluto en el imaginario de la violencia legítima e institucionalizada.

La cuestión anterior, nos conduce a la multiplicidad de las conductas y comportamientos colectivos que actualmente

llevamos a cabo, y que cada vez más, a una velocidad vertiginosa, han abandonado la voluntad del sujeto elector de su democracia, es decir, cada vez es más difícil que el sujeto en transición a la democracia se apropie de los procesos sociales y políticos en los que está implicado, ya que cada vez de manera más implacable, las determinaciones y voluntades políticas de la autoridad están fuera de nuestras manos –aunque tal vez siempre lo han estado– de una manera cada vez más notoria y visible, lo cual instala un clima de incertidumbre y persecución general e indiscriminado que afecta la estabilidad emocional de toda una población amenazada por la criminalidad, la corrupción y la muerte. Inseguridad, inestabilidad, corrupción son los signos de una sociedad caduca que da sus últimas patadas históricas de ahogado pero que, en su decadencia, también aparecen con mucha fuerza de imagen, momentos y tiempos que preparan el futuro y la emergencia de la crítica del presente.

No todo en la decadencia está podrido, no todas las ruinas expresan enfáticamente la inestabilidad del caos, también hay fragmentos de vasijas, pedazos de piedras, ídolos cercenados por el paso del tiempo que son certezas, aunque sean comprobaciones de nuestra desafección cósmica, de nuestra incapacidad de colmar el deseo de dudar y de la necesidad de pasar a la historia, en la inscripción que en el extremo del suicidio del ser se marca en aras del estar siendo.

Entre pliegues y repliegues del tejido que proponen las palabras cargadas de acontecimientos y de la sensibilidad característica de una época como la que nos tocó vivir, experimentar y recordar, las situaciones, hechos y acontecimientos que se presentan a continuación, son momentos de una realidad histórico-social que registran, por lo menos, los últimos cuatro años que se inician, como un mero dato, el 1 de enero de 1994, con la firma del Tratado de Libre Comercio y la declaración de guerra que el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) lanza en contra de Carlos Salinas y del gobierno de la república mexicana.

La entrada a este escrito propone una pregunta y una reflexión sobre el sujeto social, o sobre el proyecto de la sociedad que pesa en la noción del sujeto contemporáneo. El primer capítulo,«El vaciamiento del sujeto social» torna, precisamente, con base *al vaciamiento del sujeto* e indaga en esta territorialización que la sociedad moderna y la guerra de baja intensidad construyen como objeto de agresión. Pero al mismo tiempo es una meditación sobre la desterritorialización del sujeto como centro de producción simbólica, el vacío es el sin sentido que impera en la vida actual fuertemente ensombrecida por lo siniestro como incapacidad del símbolo para ser simbolizado, como incapacidad de imaginar y secundarizar el efecto de lo que Morin llamó, a propósito de la resistencia psicológica, «la incapacidad de asumir lo real, por ser éticamente inaceptable».

El segundo capítulo, «Los dispositivos imaginarios que trabajan lo real», pretende ser un llamado a atender las nuevas formas de control ciudadano en las sociedades de masas, gobernadas por el proyecto utópico que caracteriza a las sociedades de finales del siglo XX; es, en otras palabras, una escritura sobre la cosmovisión presente en la historia de las mentalidades, que describe el ejercicio y tendencia de las formas de dominación que intentan pasar de las sociedades altamente vigiladas a las altamente disciplinadas. El debate entre el panoptismo de Michel Foucault como callejón sin salida al que se aproximan vorazmente las colectividades modernas, contra la propuesta de Cornelius Castoriadis respecto al permanente flujo de las significaciones magmáticas, con las que el imaginario social baña la subjetividad de las formaciones humanas. Intuición brillante que se puede describir en otra vertiente, más lúdica, más reparatoria de la pérdida y de la fractura interna; por ejemplo, la ausencia que les dejó a los alemanes la instalación del Muro de Berlín, pero así mismo las posibles articulaciones y puentes intelectuales y emotivos que en un concierto de rock se pueden crear con la convocatoria y correspondencia de diversos discursos plásticos, estéticos y musicales, durante la unificación por la caída del

Muro en 1990, por el dispositivo que Roger Waters les propuso a, por lo menos, más de 20 mil asistentes.

En el capítulo tercero, intitulado «Los ajusticiamientos colectivos», se proponen varios puntos de fuga hacia el sujeto cívico por venir –niños de una misma comunidad observaron *en vivo* y directamente por más de ocho horas un linchamiento– ante las pedagogías–terror que las mismas comunidades, en un espaldarazo al sistema instituido, imponen a sus habitantes haciéndose justicia por la propia mano; éstos son ejemplos totales de civismo que se instalan en el miedo y la desconfianza a las autoridades, al gobierno, al otro, en síntesis, al extranjero. En este capítulo el movimiento autogestionario de un pueblo abre y vuelve a reinagurar una serie de conceptos fundamentales en el contrato que Rousseau legó a la humanidad, la cual añora el ascenso a la democracia. Los ajusticiamientos colectivos han sido un mito, un tabú, una leyenda y una tradición que se reedita de manera cotidiana en el devenir trágico del pueblo mexicano, y no obstante nunca los habíamos visto y menos presenciado; en cambio ahora fuimos testigos virtuales y presenciales, en el universo del *rating* que genera un video transmitido por cadena nacional horario cinco estrellas desde la «comodidad del hogar», de un ajusticiamiento colectivo, con un grito que nació de las entrañas de un ajusticiado justo en el momento y en el contexto de máxima densidad histórica, donde la violencia reina en la sociedad como una máquina de enloquecimiento sumario.

La justicia ejercida en el paradigma del ojo por ojo y diente por diente, presagia ya un modelo de sociedad que se instituye en la fractura del abismo del sentido y de los valores comunitarios, cuestión que se hace visible en la actitud de las mujeres cuando, a partir de su autorización, los hombres de la comunidad deciden por sí mismos. Esto nos conduce inevitablemente a la pregunta sobre qué sentido tiene la resistencia urbana y regional, en cuanto a todo el monto de terror que la globalización del capital impone como cuota a la búsqueda implacable por el desarrollo. Es el costo que socialmente debemos de pagar ante las tendencias civilizatorias que

no acaban de disimular su nivel de barbarie, barbarie que instaura la violencia en el psiquismo y en la ontogenia del hombre moderno en uso pleno de las tecnologías de punta.

En el capítulo cuatro se ofrece de forma singular la integración de las ideas que animan los trabajos escriturales de esta obra. También representa la necesidad de no dejar pasar, ante el estupor del mundo de violencia que nos habita y habitamos, el eficaz modelo de devastación de la resistencia grupal e individual, que los medios de comunicación, el discurso de los representantes del estado, la postura de los grupos de ultraderecha del país y los efectos contundentes de estas maneras de manifestarse en contra de los grupos políticamente en desventaja, por su origen étnico, racial, cultural o linguístico, así como por la marginación de la que son sujetos los diversos grupos de edades del país, niños, jóvenes, adultos y viejos, ponen al descubierto el cinismo del proyecto etnocida que el estado nacional lleva a cabo de manera cada vez más total, sin concesiones. Etnocida en cuanto al *ethos* de identidades, de igualdades y diferencias, ethos de la locura, de la delincuencia, de la vida cotidiana en que se estructura el proyecto de futuro: la infancia.

«La sociedad del señor feudal y la violentación de los derechos de los niños», interroga el secreto hipócrita de la moralidad moderna que avala los derechos de los niños a la comida, la educación y al buen trato familiar pero que no se atreve a poner en la mesa, de una vez y para siempre, la cultura mundial de las sociedades modernas, que se instaura en contra de la autonomía infantil y el respeto a su integridad como sujetos, cuando el problema del abuso y hostigamiento sexual a los niños en el seno de sus hogares es frecuente, cotidiano, normal, tolerado y pocas veces denunciado, ya que en muchas ocasiones cuenta con el respaldo de los propios familiares más cercanos.

Los temas y analizadores sociales que se desprenden de esta inscripción simbólica en el porvenir amoroso y político de todos los niños que son victimados por este dispositivo despótico de iniciación sexual, son temas y analizadores que

se pueden entrever en la novela negra de las historias familiares que nutren profusamente el sentido de la decencia y de la respetabilidad del núcleo, las que, a propósito, son inagotables y por ende siniestras.

Los casos particulares de violencia extrema, con resonancia nacional, ecualizados por los medios de video e impresos, son analizadores del clima de turbulencias y perturbaciones que afectan de manera directa el contexto de bienestar psíquico y moral de los ciudadanos del país, sobre todo cuando los acontecimientos historiatizan eventos *sui generis*, como el del asesino que sufre varios encargos familiares, religiosos y sexuales en plena actividad de agente de la policía judicial. Performance del Edipo, que recorre toda la sociedad en su conjunto, en sus pronósticos inimaginables de violencia sin sentido. Pero que al mismo tiempo develan las estrategias de enloquecimiento individual que convergen en la subjetividad del loco atrapado en todos sus espejos los cuales le devuelven su ausencia del panorama político de decisiones autoritarias. El debate se centra en que no sólo es culpa de la ausencia que establece el imaginario de dominación del padre, sino también y con otra especificidad y otra fuerza, la cultura como instancia de determinación moral y ética del sujeto que se pierde en el paradigma del neoliberalismo; éste es el caso del capítulo cinco: «El paradigma del homicida viaja en el metro».

En el capítulo seis, «El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura», se presenta una disertación teórico-filosófica sobre lo siniestro, tal cual lo definía Sigmund Freud como «el envés de la familia». O como la incapacidad de simbolización que en estas épocas padece el símbolo. Como la imposibilidad de imaginar y fetichizar el infierno ante la presencia real e inmediata del Diablo.

Acteal, una comunidad del ejido de Chenalhó en los Altos de Chiapas, es un tema central en el pretexto, texto, contexto y fuera de texto del capítulo seis; relación arbitraria que, supongo, está fuertemente articulada con la lógica de los sucesos de los últimos cinco años de violencia indiscriminada

que hemos padecido; es, definitivamente, una ofensiva feroz de parte de las instituciones más prestigiadas y respetadas del estado político mexicano: el gobierno y ejército nacionales.

La pregunta sobre cómo es posible matar 45 tzotziles; perseguirlos y masacrarlos a machetazos y balazos, es una pregunta que estremece las entrañas más íntimas de la civilidad nacional. Es una cuestión que lacera los tratados de relación humana más fundamentales. Miles de perturbaciones alteran la llamada conciencia nacional. ¿ Qué tuvieron que estar pensando los asesinos de mujeres y niños que rezaban? ¿ Cuál es el argumento que les vendieron para matar de esa manera tan impune? Acteal es un ejercicio estratégico de ajusticiamiento impune a las etnias, a las minorías, a los grupos marginados, y, en general, es el derrumbamiento de la necesidad de los sujetos anómicos de poder construirse como sujetos autónomos; por ello las comunidades han sido desplazadas, perseguidas y desterritorializadas de sus asentamientos humanos. Además, es un intento ante la oscuridad y opacidad de la acción de hacer inteligibles ciertas preguntas sobre la manera de devastación y desmembramiento de comunidades incapaces de autodefensa. ¿ Qué sentido tienen estas masacres en la memoria colectiva de la resistencia pacífica?

El nombre del libro, *El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura* invoca –al menos– dos universos simbólicos de discusión, aparentemente distintos, con pesos específicos no equivalentes pero complementarios en la subjetividad y abstracción que gobiernan la manera de ser, actualmente, del mexicano común. Correspondencias, desencuentros, en suma, diálogos de la contradicción y del encuentro que tienen dos realidades radicalmente opuestas. Insospechado enfrentamiento del sí mismo con el otro, acontecimiento que intenta condicionar y retribuir un cierto nivel de lectura que nos permita agarrarnos de un algo, de un *algo* que nos impida volvernos locos.

El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura

la marca paradójica

Lo que marca de manera paradójica a los seres humanos, en todas las épocas del pasado y el presente, es, posiblemente, la cosmovisión que prevalece en todos los tiempos sobre el sentido que adquiere para el ser humano el ahora, como el momento que registra el peso específico de las biografías de los sujetos en tanto historia individual, en el gran flujo magmático de significación que caracteriza cualquier tiempo del pasado.

Esta marca de función mítica y por tanto simbólica hace posible la concurrencia y la fuga de tiempos y ritmos de distinta índole. El tiempo histórico-social que le tocó habitar al individuo fragmentado de la modernidad, síntesis del ahora que efectiviza la conciencia, en el mar de miles y miles de relaciones insospechadas con los demás; fundación del psiquismo en el aquí y entonces, o como dice Juan José Arreola: en el estando siendo. Gerundio del rebasamiento epistemológico del ser que nos propone, en el terreno de la investigación social, muchas y complejas interrogantes; marca paradójica en la memoria colectiva y en la biografía del sujeto.

Tiempo que se refiere, por otro lado, al tránsito incesante de la utopía en el pensamiento colectivo rumbo a la esperanza; tiempo de la resistencia ante la imposibilidad que produce el ahora, de la espera en la invención de futuro. Y el tiempo de la reinscripción del pasado en la subjetividad que reina el ahora, que carga de sentido la cosmovisión que mantenemos sobre lo que vivimos en el presente, y configura otra dimensión que marca los acontecimientos que guían el pensamiento de los sujetos colectivos del siglo XX.

Tal correspondencia de diversidades y movimientos en un espacio, el hoy, no sólo son palabras que marcan situaciones como la realidad social, la enfermedad mental, la soledad del individuo y la devastación de los modelos institucionales de verdad. También son redes que confieren sentido al mundo íntimo en el que se debate el individuo.

No obstante, la razón es un modelo de vida institucional que soporta una máquina de depuración de la enfermedad, lo que sirve de vía para la desaparición de la oposición como proyecto. Así, entre la salud y la locura, entre el civismo y la pobreza psíquica que desencadena la conducta desviada, se encuentra la supervivencia de la subjetividad individual, siendo ésta resultado de la resistencia colectiva ante el mundo del imaginario. Resistencia y rebelión del ser humano, que unidas toman la vía de la contraviolencia como necesidad vital, ante un sistema que se desangra en la corrupción de una burocracia retardataria.

Tal vez la institucionalización de la revolución mexicana llevó lo anterior hasta la parodia más siniestra: la degradación del valor de lo colectivo en el vacío egoísta del sujeto social que se aísla.

El trabajo de escritura que presento a continuación reúne distintos acontecimientos sociales, que desde mi muy particular punto de vista constituyen analizadores regios de la relación sujeto social-imaginario histórico. Pero, definitivamente, son ejemplos vivos de la necesidad de repensar estas ramificaciones y formas de interpretarlas.

La manera subjetiva y común que los hombres adquieren de sus redes de comunicación en cuanto al mirar, sentir e involucrarse en lo inmediato del ahora, es un fenómeno que da inicio y fin al mito de la toma de conciencia individual sin una significación previa de lo social e histórico. Especialmente, cuando la paradoja se produce en el límite imaginario del terror social que prevalece en nuestros días bañando de sentido lo que percibimos.

En esta partitura de ritmos y contrarritmos, el vínculo entre organización social y orden psíquico se muestra cada vez más opaco y más nítido, pasando por todos los brillos y matices. Es decir, es el contrasentido que liga indiscutiblemente al hombre con la imaginación de su época y con su desconocimiento; con la forma con la que las comunidades de finales del siglo XX inventan símbolos y formas de representárselos como visión de futuro, aunque en su devenir social formen parte de lo no pensado.

El nudo que amarra al hombre con su devenir histórico-social, con sus ligaduras cortantes, es contundente por la complejidad de la realidad desbordada en una cierta alucinación social que afecta a los individuos inmersos en su época. Tal enloquecimiento es una resultante que pesa sobre la lectura hegemónica de la realidad y se proyecta en las sombras de los espacios públicos o en los claroscuros condenados a desaparecer en la intimidad de todo rasgo desvariante. Empero, por un giro de lo inesperado, la relación representación individual e imaginario social o radical,[1] se convierte en pigmentos que potencializan la resistencia del sujeto por la defensa de su mundo íntimo ante el estupor de los espacios públicos, que de manera masiva contienen el monumento cotidianamente erigido al vaciamiento de la esperanza.

La negación de estas contradicciones es, en esencia, la fuente de los discursos oficiales que enarbolan los especialistas, cuando se refieren a las relaciones entre lo individual y lo colectivo, para justificar la enfermedad mental de las comunidades. Lo cual es cada vez más perceptible en los imaginarios sociales de control y restablecimiento del orden, que se configuran como estructuras de poder cimentadas en el cinismo y la impunidad como dispositivos de producción de la violencia y propagación del terror, y que inexorablemente han acompañado, en la historia de la humanidad, el ejercicio del poder y la plusvalía que engendran cuando se definen estatalmente los criterios de salud, razón y anomia, que una

[1] La misma situación la volvemos a encontrar en el dominio que ahora nos disponemos a abordar: el de la institución histórico-social del individuo (y, correlativamente, el de la percepción y de la cosa), ya sea de la transformación de la mónada psíquica en individuo social para el cual existen otros individuos, objetos, un mundo, una sociedad, instituciones, nada de lo cual, originariamente, tiene sentido ni existencia para la psique. Todo esto nos llevará a analizar la cuestión de la psique, que, en realidad, no es separable de la cuestión de la psique. En verdad se trata de dos expresiones de lo imaginario radical: allí, como imaginario radical; aquí, como imaginario social. Véase C.Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, Barcelona, Tusquets Editores, 1975, p. 178.

comunidad debe conservar bajo amenaza de caer en la anormalidad.

Es así que se dan múltiples ramificaciones entre lo que Lourau llama la incorporación psíquica del Estado inconsciente[2] y lo que podríamos apuntar como el aniquilamiento de las imágenes sociales que dotan de sentido a la resistencia civil. Aunque, en contrasentido, la producción de formas y maneras de la resistencia en el sujeto no cesen y se multipliquen en la imaginación como necesidad utópica para convertirse en el motor de los proyectos de transformación social.

Desde este esbozo, el simulacro institucional que se realiza todos los días en el seno de los establecimientos –caracterizado en nuestro país sobre todo por la corrupción que penetra virulentamente los intersticios y callejones más íntimos y personales del vínculo entre dos– cabalga en la relación orden social y orden psíquico, como dispositivo de vigilancia que produce el fenómeno que desea observar: el estrangulamiento de los espacios en donde se lleva a cabo el encuentro con el otro, que es uno mismo como sujeto social, ya que se efectiviza en fuertes medidas de sospecha y producción del delincuente.

Desde esta perspectiva las instituciones, en tanto estructuras de contención de las ansiedades psicóticas de los sujetos, pueden tomar o no los niveles y diferencias de cada modelo de subjetividad organizacional, particular, grupal o personal. Pero en equivalencia,[3] la cárcel, el hospital psiquiátrico, la escuela, el trabajo y la familia, están atravesados, permanentemente, por sistemas instituidos de represión, que los mismos grupos reactualizan para sus propios integrantes, con el incremento de los sistemas que exaltan la culpa del individuo

[2] R. Lourau, *El Estado inconsciente*, Madrid, Kairós, 1981.

[3] Equivalencia e interferencia son dos nociones que acarrean en sí mismas un caudal de problemas de pensamiento. Sobre todo en lo que se refiere a cómo entran en operación estos campos de significación institucional y grupal, con respecto a otras formas de institución que en apariencia son muy diversas pero similares en la ortopedia social que las analiza. Véase Lourau, ...*op.cit.*

como policía que se internaliza. Aquí, la metáfora del panóptico como la última latencia de los grupos, es central.[4]

En este fenómeno, de pasar de un momento de significación a otro, la identificación con el vigilante real es tan intensa que se ahorra su presencia. Paradoja que desequilibra el anclaje psíquico que mantenía al sujeto vinculado con sus representaciones, pero al que se le impone una organización de su propia subjetividad, representada socialmente en su comunidad como ejemplos de individualismo, de razón y de progreso.

Estrategias, inteligencias, máquinas, logísticas, producciones delirantes de la colectividad, que sirven de sustento a lo que, entonces, aparece como virtual en la realidad que carece de memoria, en la descomposición y en la burocracia que institucionaliza el vínculo yo-otro como original, sin historia, amnésico en el horizonte de la modernidad, por lo que se puede hacer visible en su calidad de nuevo.

Las tecnologías de punta y la afección que han producido en el concepto ontológico de los seres humanos contemporáneos por la aceleración, velocidad e instantaneidad de las cuales son portadoras, constituyen otros problemas que han alterado las expectativas y aspiraciones de millones y millones de seres humanos, pues ya hemos comenzado hace varias décadas una intinerancia por el mundo de las imágenes instantáneas de la comunicación interplanetaria.

El texto que presento a continuación intenta encontrar algunas llaves que puedan abrir las puertas de estas problemáticas.

[4] Armando Bauleo, en *Contrainstitución y grupos*, señala que la última latencia grupal es la institución. Pero ¿cuál institución?; ¿la familia, el estado, la pareja?, ¿ o la institución del grupo, que se reproduce a imagen y semejanza de la institución que cuestiona?

capítulo I

El vaciamiento del sujeto social

trazo inicial del problema

Este capítulo es la continuación de un proceso largo de trabajo y reflexión sobre las instituciones íntimas[1] que gobiernan la sensibilidad, el pensamiento y la imaginación de las sociedades actuales. La relación de continuidad, interferencia y sobresalto de palabras se encamina con inquietud a hacer inteligibles las estrategias colectivas que fungen como soporte de los modos de vida de millones de ciudadanos.

Esta necesidad de encontrar relación y diferencia en la escritura hace de las redes insospechadas de rizomas en que se condensan, desplazan e invierten políticamente las metáforas, la delimitación de campos de significación que le asigna el Estado moderno a la noción de sociedad.

Especialmente, cuando el poder se ejerce para conservar y mantener inamovible una tradicional regla de oro, trabajada arduamente por Nicolás Maquiavelo y atesorada dogmáticamente hasta la actualidad. Me refiero a la concesión que se atribuye el Estado de interpretar los deseos y demandas del «vulgo, de la plebe, de la turba», o en el mejor sentido, de la masa anónima, como necesidades del pueblo, de los grandes grupos, de las mayorías o de la sociedad, lo que le permite hacer uso del poder de represión.

Una pregunta que intento descifrar se encamina a pensar e imaginar la máquina de significación de las mentalidades colectivas, la cual se pone en marcha y toma cuerpo en el lenguaje. El cual, mediante la sola habla, inscribe en los rizomas comunicativos de los ciudadanos un mandato generacional e inconsciente, que se puede leer en los discursos oficiales que detentan la visión del mundo «normal».

Es, a la vez, un camino para indagar la producción de una discursiva que legitima y da sentido a la vida privada[2] de los sujetos, desde los llamados proyectos nacionales. De tal for-

[1] R. Villamil, *Las instituciones íntimas*, México, DEC/UAM-X, cuadernos del Tipi, núm. 3, 1996.

[2] La noción de vida privada propone, para este trabajo, la posibilidad de incluir en la misma el mundo de la intimidad de los sujetos.

ma que normalidad y vida privada se dibujan como dos nociones que guían esta inquietud de comprensión y conocimiento de la organización y de la caótica de la subjetividad.

La puesta en escena de esta maquinaria, mediante dispositivos cada vez más racionales, sofisticados e invisibles pero obviamente más eficaces en la propagación del terror y la violencia, convierte los valores éticos de los sujetos que se piensan autónomos, en objetos de identidad y cohesión comunal, a través de la necesidad imaginaria de la presencia como testigo de un tercero que vigile.

Acción de las sociedades contractuales que da sentido a una abstracción que se petrifica míticamente en la condición natural del ser. Esto es, la necesidad del sujeto colectivo por naturalizar la función y existencia del estado, conducta que pertenece a una forma de negar otra manera de inventar y crear imágenes;[3] negación de la mónada psíquica que representa potencial y latentemente un riesgo a la equidad y a la armonía en todas las esferas de la vida en común.

La hegemonía y mistificación de esta realidad social, parte de lo que ya se esbozó arriba: una inversión de sentido,[4] escamotea la memoria colectiva e intenta vaciar de contenido la noción de comunidad, pero no sólo como vínculo gregario, sino como movimiento social de resistencia a la imposición y arbitrariedad.

Este flujo de significación imaginaria es un modelo de normalidad que determina al sujeto colectivo y a sus instituciones con diversos mecanismos que propagan el terror, el miedo y la violencia como pedagogía que moralmente avala el estereotipo del buen ciudadano.

[3] ¿Quién está dentro de la torre de vigilancia atisbando el ojo por la mirilla panóptica? Nadie. También el problema de conocimiento que nos propone el concepto de Estado Inconsciente, investigado por René Lourau, es un tema escabroso y en correspondencia con el anterior.

[4] Jean-François Lyotard lo propone en varios de sus textos, pero específicamente en *Derivas a partir de Marx y Freud*. El análisis del efecto de inversión de la realidad, justamente con un sentido contrario al que le asigna en un principio la teoría, la escritura o la percepción del observador.

A pesar de lo anterior, en el modelo de normalidad social conviven, paradójicamente, otras formas de producción de realidades que germinan en la memoria colectiva, como promesas de reinicios y creaciones de lo que está por venir. Utopías que se generalizan y ya empiezan a obtener resultados concretos en la participación y crítica ciudadanas;[5] así como esperas interminables que inscriben a pueblos enteros en la dilación de sus intereses y expectativas de bienestar y realización.

No obstante, en la tradición y en la historia de las culturas, la dilación del tiempo de la demanda social, traducida en una larga y paciente espera, asimismo sirve como estrategia que se reapropia la resistencia individual y colectiva. Lo que asombra y activa la curiosidad por entender este dispositivo que interviene sobre el tiempo y el espacio de la inconformidad, es que son modos colectivos de recuerdo que toman cuerpo, volumen y densidad en los imaginarios sociales que estructuran el psiquismo de los ciudadanos desde la esfera de la intimidad, concebida ésta como vida privada. Este hecho es importante por lo que simboliza *intimidad*, en términos de capacidad de generalización de un mundo que se considera personal, único e inviolable para cualquier otro; pero también es ejemplo de lo que identifica a todos los demás como

[5] Recordar la utilización de la noción de solidaridad que el gobierno salinista llevó a cabo permanentemente. Punta de la demagogia harvariana, manipulada en un programa oficial del PRI, al constatar el resurgimiento trágico-legítimo que la comunidad nacional reactivó ante el terremoto del 85 en la ciudad de México y en algunas ciudades del interior del país. El programa oficial impulsado y dirigido por Luis Donaldo Colosio, tenía en su inicio al menos dos propósitos evidentes: recuperar la credibilidad en la institución presidencial y hacer efectiva la presencia del partido como una representación del estado-providencia, mediante el dinero que se daba directamente a la gente que comprometía su participación y fidelidad al partido oficial, como apoyo a proyectos de beneficio social. Este modelo de reforma partidista, basado en la inversión de fondos en las expectativas sociales para garantizar la presidencia, tarde o temprano terminó por nominar a Colosio como candidato presidencial del PRI, pero también terminó con Colosio como un nominado presidencial a ser candidato.

institución social,[6] por la pedagogía de lo colectivo que se cultiva en la soledad y, suponemos –si no sería muy triste– con imágenes autónomas y distintas a las que cabalgan en el mundo publicitario.

La reflexión anterior intenta configurar una postura profesional de vivir y montar la resistencia, en contra del flujo que avasalladoramente pasa sobre la relación del individuo. Acto que funda en lo uno lo múltiple. Es decir, la noción de diferencia que surge como idea de relación y distancia con el otro.

...las ciencias sociales y su eticidad

Sin embargo, la hermenéutica y las interpretaciones que las ciencias sociales imprimen a la densidad de la realidad están determinadas por esos libretos íntimos que surgen como garantías del contrato social y que se pactan entre dos, al amparo de un tercero: el fantasma, el tercero incluido-excluido, el Otro, el Padre como Pater-Familias, el déspota, el Estado. No importa realmente quién, lo que interesa es que, en la intimidad de la fundación, no se esté solo. Siempre hay un testigo que legisla la relación entre dos, la fundación como sujeto colectivo.

> El punto en el que me siento más inseguro y sobre el que los grupos militantes serían más intransigentes, es el de la subjetividad de grupo. “La producción tampoco es sólo particular. Por el contrario, es siempre un

[6] La noción de representación social es consustancial al trabajo de Gustavo Le Bon en su clásico texto *Psicología de las multitudes*, quien, como hombre de su época, no pudo mantenerse ajeno a la significación de raza que la vertiente fascista le asignó al concepto. Como semántica que manipula desde la organización del poder y asigna la supremacía de una diferencia sobre otra. Aunque de manera central el campo de conceptos que interfieren el sistema de significación imaginaria del concepto está dado por la propagación de la idea de que todos pensamos bajo un orden de imágenes compartidas de la misma manera.

> organismo social determinado, un *sujeto social* que actúa en un conjunto más o menos grande, más o menos pobre, de ramas de producción".[7] ¡ Oh! claro que sé que cuando Marx habla así de sujeto social, no lo entiende en el sentido que yo le he dado, con un correlato de fantasmatización, con todo un aspecto de creacionismo social que intenté esquematizar en la "transversalidad". Pero, de todos modos, me complace reconocer que este resurgimiento de la subjetividad ya no pertenece más al "joven Marx".[8]

Sujeto social o colectivo es una cuestión que trastoca el saber social y especializado sobre el individuo, ya que esta forma de ver al sujeto y de estar colocado en el mundo adquiere sentido en la literatura (novela, cuento, poesía, teatro, ensayo, artículo, notas, etc.); o en la escritura especializada, como la historia, la psicología social, la etnometodología, la antropología, la sociología, el psicoanálisis, la economía, la pedagogía, etcétera. Disciplinas que se encargan de registrar los grandes acontecimientos que marcan épocas de movimientos masivos, grupales o individuales; así como los orígenes, rituales, imaginarios, cultura, conceptos e ideas que prevalecen en el mundo como fundadores del psiquismo individual.

En estas topografías del sujeto, y de manera muy particular, en las escrituras que agudizan la mirada en lo complejo de la vida en común, tienen sus anclajes las dimensiones intimistas, autobiográficas o demasiado personales. Así, estas miradas se convierten en verdaderos dispositivos de etiquetación, pedagogías del margen que, por medio del diseño artificial y premeditado de interferencias y contradicciones, las cuales pueden cuestionarse sobre su intervención en la realidad, sobre la eticidad de sus prácticas y sobre los

[7] Citado por Guattari: Karl Marx, *Elementos fundamentales para la crítica a la economía política* (borrador), t.I, Buenos Aires, siglo veintiuno argentina editores, 1971, p. 6.

[8] F. Guattari, *Psicoanálisis y* transversalidad, Buenos Aires, siglo veintiuno argentina editores, 1976, p. 180.

diversos factores que empujan las desviaciones de la personalidad marginal, extraen y se apropian de los datos de la biografía de un «caso» para intentar devastar el movimiento social. Lo que el *statu quo* produce como anomia se aísla, se pone fuera, con la intención de esterilizar o, por lo menos, esa es la fantasía de un sistema capitalista que diseña incesantemente la individualidad como capital-rendimiento-interés-producción de un sujeto aislado, que obedece y acepta las reglas. Desde esa mirada, los sistemas sociales construyen y elaboran formas para el control de las personas en común y en su fase particular; mediante dispositivos que se construyen para dotar permanentemente de sentido la manera de imponer una realidad que baña de contenidos la participación de un individuo en la necesidad de cambio.

En este recorrido, el mundo contemporáneo se muestra envuelto en una creciente espiral de violencia, que acorrala al ciudadano común, y se caracteriza por amenazas megalomaniacas de guerra, destrucción, de pruebas de poder nuclear y realidades atroces que han desfondado el sustrato más delirante de la imaginación social.

Posiblemente sea la otra cara del esplendor de las tecnologías de punta, que confluyen en la apropiación de la experiencia masiva de la muerte, lo que toma dimensiones insospechadas en la faceta de la oscuridad, en cuanto al costo social y humano (efectivizado en los millones de muertes de la historia del siglo XX), por la gran catástrofe humana que el desarrollo de la ciencia y del conocimiento han ofrendado al universo de la injusticia que oculta la historia del poder el cual, al mismo tiempo, socava la resistencia del género humano ante la pérdida y la ausencia de destino. Es probable que nos encontremos ante el límite de la capacidad humana para intervenir en la conservación del mundo, y contra el proceso civilizatorio que parece independizarse de la voluntad de los hombres que le dieron una dinámica, como opción de bienestar.

La relación de acontecimientos locales que le dan sentido al proyecto social de nuestro país, es pésimo. Pero no por un

factor exclusivo que pueda afectar el estado de ánimo del que escribe, sino porque la realidad en las condiciones actuales se muestra como un sin-sentido que se refiere a una visión histórico-social de los mexicanos, pero que emerge como una toma de conciencia en la erosión que las expectativas de los ciudadanos han sufrido por más de seis décadas.

Devastación como necesidad del poder de visibilidad, diría W. Benjamin. Pulsión de muerte que arrasa los ecosistemas que nos fundan el psiquismo desde el interior, y perturbación fatal a los contextos culturales que les permiten a los sujetos manifestarse o no, como autónomos en esta vertiente del deseo necrofílico.

A contracorriente, interfiriendo, en correspondencia o al margen, la ética y estética de la resistencia cultural y política permean permanentemente con su significación las emociones esperanzadoras de muchas de las generaciones, y sirven como el alimento que sustenta la pulsión gregaria arcaica.[9] Lo cual disloca el control, la disciplina y la represión que pretende ejercer el estado moderno sobre la ontología del ser colectivo.

Los movimientos de descontento crean y resignifican puntos de fuga, que permiten la invención de imágenes distintas y cualitativamente mejores, puestas a jugar en el mundo de las instituciones, de los grupos y de los sujetos que viven la desalienación como una necesidad urgente en la defensa del derecho a soñar con la utopía.

Es probable que el encargo central que las ciencias sociales enfrentan al finalizar el siglo XX, se encuentre anudado en

[9] La pulsión gregaria de los sujetos colectivos puede ser, en esta forma de presentar el problema, una tautología. Lo es y no. En su negación arcaica, redefine la separación original de la estructura del estado del conjunto social que le dio origen. Es decir, la separación que opera entre representación y representados produce un fenómeno de inversión de sentido monumental, la creación y diseño de sociedades prefabricadas de acuerdo con los intereses y formas de poder del estado moderno. Véase Deleuze y Guattari en su texto *Kafka, los dispositivos de la literatura menor*. Plaza y Janés.

lo anterior. En un proyecto que rescate el deseo y la voluntad de los seres humanos, con un afán por conservar la necesidad masiva e íntima de presenciar y participar en el mundo que nos tocó vivir y cada vez ser más dueños de nuestra herencia colectiva y respetados en la diferencia, única posibilidad de buscarse a uno mismo, y afirmarse en la existencia como una alternativa salpicada de libertad, que nos permita morir en paz.

Sin embargo, lo anterior no escapa de ser una de tantas apologías de las comunidades modernas, que pugnan por los tan anhelados equilibrios de poder en una transición pacífica a la democracia. Tal altruismo se usa demagógicamente en la filosofía de la organización, como uno de los encargos morales que prototipan al sujeto de las instituciones, en una matriz de poder nombrar que manipula tendenciosamente un código semántico que describe una cierta subjetividad, misma que determina el control de lo pensado e imaginado para cada época. Si no, favor de preguntarle a Cornelio Castoriadis.

> Resulta evidente que lo social-histórico sobrepasa infinitamente toda "intersubjetividad". Este término viene a ser la hoja de parra que no logra cubrir la desnudez del pensamiento heredado a este respecto, la evidencia de su incapacidad para concebir lo social-histórico como tal.[10]

Desde esta tesitura, la proclividad de las sociedades autodenominadas democráticas se puede observar en la intención de mantener las guerras de baja intensidad transitando continuamente en la versión instituida de lo que se denomina paz social. La violencia se realiza por medio de la logística amparada en la desaparición del otro; o en la fantasía de omnipotencia que reifica a los sistemas sociales bajo el

[10] C. Castoriadis, *El mundo fragmentado*, Argentina, Altamira, col. Caronte Ensayos, 1990, p. 69.

proyecto de los dominios planetarios, para acentuar aún más el racismo que reina en el planeta. O para imponer la supremacía mediante la maquinización de la violencia: campo fértil que, con la enfermedad, la delincuencia, el asesinato y el suicido logra mermar las esperanzas de millones y millones de seres humanos en un futuro mejor.

...la soledad como vaciedad

Los personajes, reales o ficticios, las situaciones cotidianas e inesperadas, los lugares comunes o extraordinarios, los diálogos y monólogos, las épocas y tiempos míticos que habitan el mundo interno de los seres humanos se traslucen, se muestran opacos, desaparecen o son imaginarios, pero fluyen permanentemente en los miles de relatos escritos por los especialistas, que intentan dar cuenta, explicar o teorizar, los acontecimientos, rupturas y fenómenos que desconciertan al individuo, perturbado por la novela costumbrista que le propone la modernidad.

Individuo perturbado en su intimidad y enfrentado contra la conservación de su integridad, ante la espiral de violencia física, simbólica o imaginaria que en la turbulencia del caos alcanza todas las esferas del mundo social. Incluso la privacidad es la que, como efecto de la transgresión, se vuelca como espejo convexo hacia el campo de la vigilancia y sospecha pública. Tal situación, en la que es apostado el individuo-sujeto-persona, es una caótica que potencia inimaginablemente su capacidad de movimiento, lo cual afecta profundamente los modelos paradigmáticos de interpretación sobre la complejidad de la vida social. Y es precisamente en el campo de análisis y en el concepto de campo, como dimensiones importantes del sistema nervioso de las ciencias sociales –por la asignación de sentido que se determina en estos niveles–, en donde cuestiones de método devienen en el valor de uso y en el valor de cambio, los cuales invierten y traicionan la intención que intenta dar acceso a los problemas de la realidad. Por ello, se desatan muchas dudas sobre las

teorías que conceden el estatuto de constitución, y acaso describen algún elemento de la situación social como objeto de estudio propio a su territorio disciplinario, negando el desbordamiento permanente de los paradigmas de conocimiento prevalecientes en las ciencias sociales, los cuales desvanecen la solidez de los objetos, los virtualizan y los convierten en intercambiables, no sin cobrar un alto costo histórico y social al pensamiento racional.

En lo específico, sobre el sin-sentido que avala el sistema que institucionaliza la razón cotidiana, el cual puede estallar efectivamente en las manos de cualquier enajenado para hacernos visible su evanescencia en unos segundos, derivando al sujeto a la confusión, la inseguridad y a la iconografía de la culpa por haber nacido, ¿cómo se puede interpretar?

Lo que ciertamente resulta incómodo para la utopía desarrollista de globalización mundial, y pone en cuestión de manera muy inquietante el sistema de fetichización de los objetos que caracteriza la imposibilidad de satisfacción de los seres humanos de nuestros tiempos, es que antes que nada la sociedad ya constituida es autocreación y autoalteración del individuo en sí mismo. Lo anterior es, a fin de cuentas, la piedra de toque que dota de valor a la subjetividad que avala la vida social. Entendida como las rutinas, los tiempos ¿libres?, y el sentido de la vida laboral como proyecto de superación personal y comunitaria.

¿ por qué hacemos sociedad?

Pero con todos los conflictos, sistemas de dominación y violencia, ¿por qué se hace sociedad?

A pesar de toda la soledad que nos desborda, de que propaga con mayor fuerza su vaciedad («el abandono del individuo a su suerte»), como valor económico y social se engancha en una dinámica delirante basada en el control y la disciplina del beneficio personal. Esto constituye uno de los proyectos que minan el vínculo con la comunidad y se transforma en el egoísmo neoliberal que prevalece en la

cosmovisión del hombre adecuado para la sociedad gobernada por el nuevo darwinismo social. Forma de dominación colectiva que se basa en la sobrevivencia del más fuerte sobre los débiles, es decir, el individuo altamente competitivo. O que, por lo menos, muchos valores de cooperación, solidaridad, interés por los demás, son invertidos de su sentido original para traicionarlos ante el hombre individualizado.

La exposición temática de lo anterior, puede conducirnos a la reflexión y lectura de los dispositivos sociales que el poder del estado expropia e impone a los movimientos populares, para el control y el diseño de las sociedades *por*venir. Dispositivos que se imaginan y experimentan en los laboratorios sociales que se arman a diario, ya sea para grandes grupos o para las multitudes que se convierten en masas. Pero que tienen una incidencia muy directa en la historia individual de las personas, de los movimientos, de las instituciones políticas, religiosas y morales que indagan.

No obstante, el papel principal que desempeña el azar, lo no pensado y las condiciones de posibilidad que permiten o sabotean imaginar otra lectura y colocación ante la realidad, lo diseñado en el tiempo y en el espacio de las relaciones colectivas para provocar las situaciones por dispositivo, tarde o temprano se revierte sobre la artificialidad del recorte hasta hacerlo estallar.

capítulo II

Los dispositivos imaginarios que trabajan lo real

(Control, descarga y represión en la sociedad contemporánea)

La subjetividad real de los estados modernos, sus verdaderos poderes de decisión, cualesquiera sean los sueños anacrónicos de los defensores de la "legitimidad nacional", no podrían identificarse con una encarnación individual, como tampoco con la existencia de un pequeño estado mayor esclarecido. Hasta ahora, éste permanece como inconsciente y ciego, sin esperanzas de que un Edipo moderno pueda guiar sus pasos. Por cierto que la solución no está en confiar en una invocación y una tentativa de rehabilitación de sus formas ancestrales, precisamente en razón de que la experiencia freudiana nos lleva a plantearnos la cuestión, por una parte, de esta persistencia de la angustia más allá de las modificaciones situacionales y, por otra, de los límites asignables a tal proceso. ¿ El objeto de la terapia institucional no es justamente el de proponerse llegar a la reorganización de los datos de "aceptación" del superyó, transmutándolos en una especie de nueva aprobación "iniciática", vaciando de su sentido la exigencia social ciega de un cierto procedimiento castrador con la exclusión de cualquier otro?[1]

En esta época toda forma de optimismo es patológica

El ejercicio de reflexión presente es un intento por mostrar a la sensibilidad del lector la posibilidad de volver inteligible el mundo de significación represivo y violento que tiende al control de la conciencia, de las emociones, de los modelos de comportamiento en masa, de las motivaciones inconscientes, en síntesis, del *socius* contemporáneo que dota de sentido la existencia y que encarna al estado social de ser las cosas.

En los miles de descubrimientos que ha hecho la ciencia moderna, patrocinada por la industria militar de guerra, to-

[1] F. Guattari, *Psicoanálisis y* transversalidad..., *op. cit.*, p. 95.

dos sus avances tienden hacia la hecatombe final, caracterizada por el delirio de la guerra interplanetaria, en un proyecto funesto de ingeniería tanática por el control del mundo mediante la imposición de la economía neoliberal, con todas las endemias y pandemias que viene arrastrando.

Basta echar una breve mirada a la pobreza extrema en la que sobreviven, como sacrificio que exige la historia de los enfrentamientos de poder, millones de seres humanos: sacrificio que permite, impulsa y atesora el desarrollo científico; y que dejan para un segundo lugar un fenómeno casi de tipo bio-moral, a la manera del pensamiento de Edgar Morin, que se recicla en beneficio de la humanidad: curar el cáncer de piel producido por la fuga de energía nuclear.

¿Están pensando en los usos paradójicos de la energía atómica?

Desde estas miradas, la ingeniería social avanza a pasos agigantados con toda la virulencia y potencialidad del diseño de espacios arquitectónicos para usos públicos, que contengan a las grandes mayorías que se manifiesten en el futuro ya presente, como modelos de correlación y afinamiento de estrategias de gobernabilidad. La calle, los espacios públicos, la plaza, el parque, los espectáculos populares, etcétera, constituyen así dispositivos de laboratorios sociales *in vitro*, que actúan como soportes psicológicos de la normalidad social y de la pedagogía de la anomia que la pone en cuestión.

Sirvan tales argumentos para poner a su consideración algunas notas sobre la resistencia de las turbas, multitudes o colectivos ante los dispositivos de amplio espectro que las violentan o las descargan.

apuntalamiento

En el caso que nos ocupa, intentaremos entender la tensión y las interferencias de tres formas diferentes de pensar, y poner en escena dispositivos que intervienen en algunos procesos de la realidad social para ejercer mecanismos de disciplina, propagar el terror o para recordar, elaborar y desahogarse

como sujeto colectivo de la tragedia más personal y más íntima.

Aquí, en la intersección de tiempo y espacio, el individuo y la sociedad se confunden.

El primer modelo es el concierto de Berlín, en 1990, donde el músico y compositor Roger Waters, bajo el membrete de Pink Floyd, protagonizó la unificación alemana ante la caída del Muro. El segundo dispositivo se configura en los atentados terroristas sufridos en Estados Unidos en 1995, en las llamadas Torres Gemelas de Nueva York y en un edificio de la ciudad de Oklahoma. El tercero se refiere a las manifestaciones de la desaparecida Ruta 100 hacia el Zócalo de la ciudad de México, y la intervención policiaca para su disolución-diseminación de este tipo de movimientos urbanos y regionales que mantienen modelos universales y locales de relación. Poder de persuasión y efectos de resistencia en y desde el margen. Este último es ejemplo de un dispositivo pensado y planeado desde la más destilada violencia simbólica.

Las formas y la ritualística que se emplean para perturbar el ritmo de los acontecimientos pueden observar distintas finalidades, sentidos y direcciones: en tanto control y represión cada vez más sofisticado, invisible y eficaz; para hacer inteligible cómo los dispositivos de seguridad nacional también explotan por «lo no pensado» del modelo que está en juego; o en cuanto dispositivos basados en un performance ético-estético, que pone en relieve la catarsis masiva que propicia la elaboración del duelo, de una pérdida y de una polifonía de encuentros colectivos ante el trauma de la separación. El poder simbolizar (y su traducción emociona) embalados en un proyecto político: la unificación.

Dispositivos que, en conjunto, gozan de una racionalidad muy precisa, porque hacen uso de distintos elementos, vectores y signos que intentan controlar las situaciones y hechos que provienen de lo azaroso, de lo accidental o de lo inconsciente. Tal maquinaria posibilita la producción *a priori* de distintos umbrales, los cuales registran y determinan, jun-

to con niveles de comunicación, la movilización de pesos específicos en un universo donde los valores epistemológicos se interfieren. El diseño de los espacios, así como la distribución que ocupan los objetos, funcionan con el propósito de conservar las jerarquías entre los hombres; el diseño físico torna verdadera la manera de comunicarse: a través de la mirada y la palabra.

Son arquitecturas de los callejones íntimos del alma, que aportan el clima, los tonos y los matices de los laboratorios clandestinos del deseo, el mal deviene en reales a los sujetos participantes.

Los elementos anteriores actúan en la observación de retículas, intersticios, límites, vasos comunicantes y rizomas complejizando la realidad que las ciencias del hombre observan. El manejo del tiempo en interferencia deja entrever, entonces, en su latitud y dilación, cómo muchos tiempos subjetivos se encuentran concatenados, desconociendo la relatividad de la colocación del sujeto que produce la lectura y la interpretación de lo que pasa.

Para traspasar los laberintos de la complejidad del problema, describo a continuación tres dispositivos colectivos, con distintos modelos históricos y políticos, pero que en su peso específico nutren la reflexión sobre el establecimiento,[2] organización e institucionalización de la subjetividad colectiva y sus dispositivos de disciplinarización.

El concierto de Pink Floyd en Berlín 1990; ...ahí donde normalmente existe una grieta puede existir una articulación, Freud *dixit*.

[2] La noción de establecimiento toma en consideración el lugar físico en donde se establece la organización social con todo y su alma institucional. Para este caso, el establecimiento también registra un lugar simbólico en la misma racionalidad de su arquitectura, de sus muros, de la manera de pensar el uso del espacio, como proyecto de control social desde la construcción del muro que separa, jerarquiza y valora, iconográficamente, unas funciones más que otras, ante la vista del usuario.

We don't need no education
We don't need thought control
No dark sarcasm in the classroom
Teachers leave the kids alone
Hey¡Teachers leave us kids alone!
All in all it's just another brick in de wall
All in all you're just another brick in the wall [3]

Roger Waters, líder del grupo, se despide de la franquicia de ese fenómeno del rock que para muchos es y ha sido el mejor de la historia: Pink Floyd. Lo hace aprovechando la culminación de un ciclo de creación colectiva y personal, en un momento de alta densidad de cambio, y a invitación expresa de las nuevas autoridades políticas y civiles para celebrar la reunificación alemana, con un disco clásico de la era moderna: *The Wall.*

Quince días antes, la ceremonia oficial de reunificación ante la caída del Muro logró congregar entre 15 y 20 mil alemanes que apenas unos meses atrás habitaban el mismo territorio dividido en dos, por una ignominia de las tantas que produjo la segunda Guerra Mundial y la consecuente repartición del mundo por los países vencedores. La asistencia al evento histórico de la Reunificación fue encabezada por los cancilleres homólogos de este y del otro lado. El concierto de Waters con su grupo, 15 días después, reunió aproximadamente entre 30 y 40 mil personas.

Muchas de las cosas que sucedieron antes, durante y después del evento multitudinario merecen comentarios específicos y en capítulos aparte. De todas maneras, es posible arribar al conjunto de realidades que tejen la complejidad que abordó este concierto, como un dispositivo a la manera de un performance, aunque sea desde una perpectiva muy particular.

[3] Nosotros no necesitamos educación alguna/No necesitamos ningún control/Ningún oscuro sarcasmo en el aula/maestros dejen en paz a los chavos/¡Hey, maestros! Déjenos en paz a los chavos/Después de todo/no es más que otro ladrillo en el muro/ después de todo, no eres más que otro ladrillo en el Muro.

Las expresiones plásticas de la pintura, el grafiti, la actuación, la teatralización, la danza, el rock progresivo, los textos de las melodías, el hiperrealismo del pop contemporáneo, el sociodrama y la filosofía underground, como grandes deudores del surrealismo y las tendencias modernistas fueron, entre otros vectores del discurso estético y político que se me escapan, orquestados magistralmente por los avances de las tecnologías de punta (video, sonido, imágenes proyectadas, luces, escenografías, control remoto, pantallas gigantes, helicópteros, cine, animación, escenografías hiperrealistas que evocaban a Andy Warhol en escena, etc.), en una suerte de preludio a los actuales mundos virtuales que inundan el mercado libre de la simulación animada y de la manipulación que intrínsecamente contienen.

La parafernalia en el sentido de montaje[4] propone articulaciones múltiples e insospechadas para el mundo de la conciencia. Pero también descubre al rojo vivo sus contradicciones y particularidades que no son complementarias con la crudeza de lo real. El fascismo se revive hasta la parodia de lo grotesco, estupidez creada por la humanidad para no olvidarse de sí misma.

Todo lo anterior, puesto al servicio de una nueva expectativa social que pudo producir un complejo rizoma[5] de los sentimientos más íntimos; de cualquier sujeto que se encontrara atrapado entre los muros de su propio soliloquio.

[4] El montaje dentro de las artes plásticas combina y diferencia a su vez las posibilidades de orden y de azar, en un conjunto que se integra por sus diferencias de materiales, de ritmos, de luces, de líneas y de texturas, en una percepción holística. Desde esta propuesta, la realidad subjetiva emocional de miles de personas es tocada y movida por diversos discursos que en su integración potencian una intención: la de sensibilizar y hacer descargar el trauma históricamente concebido por los colectivos humanos a gran escala.

[5] El concepto de rizoma se basa en un texto del mismo nombre, escrito por Deleuze y Guattari, a propósito de las conexiones por debajo de la tierra entre raíces que viajan desde muy lejos, para hacer la metáfora de lo insospechado. Véase Deleuze y Guattari, *Rizoma*, Premià.

Todo esto organizado y diseñado como una gran crítica al totalitarismo, y como un túnel del tiempo viajando hacia el pasado inmediato, hacia la fractura de la separación, del dolor y de la muerte, para retornar a un mundo del reencuentro y de actualización del drama que atraviesa la vida del hombre moderno.

...biografía igual a imaginario social

Un descubrimiento que inquieta y asombra por sus efectos colectivos en los espectadores, es que el concierto está basado en un disco, y que el autor escribe y graba con una marcada intencionalidad autobiográfica, pero desborda con creces lo pensado para el mundo de la experiencia íntima porque provoca el movimiento de la maquinaria que desencadena las emociones e imágenes que emana la multitud.

Entre todos los discursos éticos, estéticos y *melancólicos*, aparece un elemento perturbador: la proyección de la vida íntima de un artista en la pantalla de las carencias afectivas de la muchedumbre, que sufre y vive, en un eco polifónico que resuena desde lo más personal y único en todos los subterráneos por los que transitan los gritos profundos que se reprimieron en secreto, en la clandestinidad que experimenta la desaparición sin más del otro.

La palabra de uno, en la generación del hombre fragmentado, resuena en la multiplicidad de los silencios que se enterraron vivos en las tumbas individuales del olvido y de la indiferencia, para hoy ser desenterrados por el recuerdo, que se resiste a la impunidad de la versión del vencedor que se impone en la historia.

Pero en la incertidumbre que genera la certeza absoluta, la situación en la que se llevó a cabo el concierto por la Unificación, sus trazos de sentido estético-político y sus deslizamientos yoicos, en una multitud de anonimatos, fueron necesariamente colectivos, como las inscripciones de abandono, pérdida y soledad. El retorno a la identidad nacional como reparación de la presencia del otro.

Los desencadenamientos que se fugaron en los abrazos del reencuentro: hermanos, padres, hijos, amigos, primos, abuelos y nietos nos mostraron, entre una complejidad, por lo menos dos dinámicas, dos inercias. La exterioridad y la continuidad de la mirada que se produce ante la caída del Muro, y el estremecimiento ante la apertura del paisaje, ante la ampliación del horizonte nacional y filial, encuentro entrópico y centrífugo que se experimenta ante el cara a cara con el otro, ese extraño tan cercano, tan distante y tan íntimo.

Es posible que los momentos entrópicos, escenificados por la masa como descargas de alto voltaje, los provocara lo pensado de antemano en el concierto, de manera intencional, desde su organización, planeación y puesta en acto, para intervenir en la reactualización de los vínculos que violentaron traumáticamente, en los mismísimos intersticios y bordes de la educación sentimental, al ciudadano alemán, castigado y dividido. Al arrancarlo de los vínculos que mantenían vivas las relaciones más inconfesables con los otros, pero que desaparecieron de pronto por decreto, en un pasado todavía muy reciente para la sensibilidad nacional teutona. La disección del vínculo amoroso, filial, amistoso, de labor o de vagancia, fue arrancado de tajo.

Relación fundante del psiquismo individual, que se amputó sin pudor por la negociación dada en los círculos del poder de los Aliados, como ganadores de la contienda, después de la conflagración. Ese desmembramiento es una de las victorias.

Tal vez todo esto estaba presente en los movimientos inesperados y azarosos de la subjetividad, que propiciaban el desarrollo del espectáculo y la posesión y mesianismo que contagiaba al individuo de sociedad, como tendencias utópicas que atraviesan, en busca de sentido, las mentalidades colectivas de la reparación del trauma nacional y de la emergencia de la esperanza de futuro.

La intimidad se revela con toda su naturaleza y poder expresivo: en la como/unión masiva del reencuentro; en la reflexión de país portando en una *poetik* romántica; en un

proyecto que se refunda en la necesidad estética que sublima la mirada, el volver a mirarse frente a frente con los miles y miles de fantasmas que vuelven a tomar cuerpo ante la caída del Muro; con la contundencia de la ausencia de los que intentaron cruzar la barrera y ya no están, con la impotencia que genera rabia por el sin sentido de la separación y lo absurdo de las fronteras.

La autobiografía es, entonces, en el impensado de los dispositivos, un microcosmos que contiene, en germen, todos los elementos imaginarios y subjetivos para volver a confiar en un proyecto de sociedad, como una necesidad esperanzadora, como un callejón de salida, y poder inventar el futuro de una relación distinta con el mundo y con los otros.

el Muro como estrategia de violencia de la desaparición

Otro momento del dispositivo consistió en el simulacro, durante el concierto, de levantar nuevamente el muro por unos minutos y provocar así el recuerdo de la experiencia de separación. Lo cual ocasionó un clima muy emotivo, intenso y doloroso; el acontecimiento del recuerdo personal impactó la movilización de la memoria colectiva con soportes y disparadores eminentemente estéticos. La infraestructura del dispositivo contuvo, en parte, la catarsis; sin embargo, a medida que se levantaba la gran barda, crecía proporcionalmente la expectación y las reminiscencias de un sistema dictatorial que se construyó en la pregunta más íntima del ser: ¿quién soy, quiénes somos?

El muro instalado por el espectáculo, se levantó justo en una de tantas calles, que en realidad fueron divididas en dos países con formas de gobernar distintas. En ese mismo sitio, se reconstruyó una pequeña parte de la tragedia, que en su manejo logró capturar por dos o tres horas la dimensión del hecho que se inscribió en la realidad del mito de la historia reciente de Alemania. La proyección de grafitis, que melancólicamente sig-

nificaban los mensajes de ambas partes de la pared, presagiaban ya el volverse a ver, aunque como lo escribió Pablo Neruda, «...nosotros los de entonces, ya no somos los mismos».

Este ejemplo basta para ilustrar la producción de sentido que los dispositivos colectivos imprimen a la catarsis y a la elaboración del trauma de miles de sujetos reunidos en la misma plaza por el mismo acontecimiento; resignificar la memoria colectiva.

del terrorismo urbano a los dispositivos de seguridad nacional de Estados Unidos

Otro sistema de construcción de dispositivos de amplio espectro, es el sistema de Seguridad nacional de Estados Unidos. Intento reflexionar sobre esta cuestión, a sabiendas de que, para trabajar un tema tan delicado como lo es la seguridad nacional de un país, se requiere conocer a fondo sus dispositivos, proyectos y encargos nacionales con respecto a las libertades, derechos y obligaciones que plantea un sistema que garantice seguridad a los ciudadanos comunes y corrientes; aunque la intencionalidad se invierta en un sistema de persecución y fabricación de culpables, hasta que no comprueben lo contrario.

Pero también es importante indagar atentamente en las marcas simbólicas de un saber cultural, que actúa de manera no pensada en los dispositivos de amplio espectro, los cuales generan un clivaje en el sujeto social para organizar la visión del mundo dominante. Asimismo, nos encontramos ante los dispositivos que responden a esta racionalidad para su resguardo-espionaje; es decir, como un sistema de seguridad nacional que protege la vida en común, vigilándola.

La problematización que propongo es el inicio de un camino donde se intenta arribar a lo anterior como datos inobjetables, como los signos que definen la posición de los estrategas nacionales de la inteligencia de seguridad, cuando ante el primer bombazo, como dato inobjetable, siguen

apostando a mantener el mismo modelo de protección de las instituciones sociales.

Por ahora, la idea tiende algunas líneas y tramas para volver inteligible la subjetividad inmanente, en la producción de máquinas de vigilancia, que los servicios de inteligencia oficiales ponen en práctica para desaparecer a los enemigos reales, inventados o imaginarios, que potencialmente pueden atacar la paz social impuesta dentro de un Estado-Nación.

Son dos los atentados terroristas recientes en la historia de Estados Unidos que llaman mi atención: el bombazo en las Torres Gemelas de Nueva York y el atentado a un edificio de Oklahoma, los que, entre muchos otros, nos hacen reflexionar muy seriamente sobre los valores culturales que se han desarrollado y conservado en la tradición del «mundo libre», y que están considerados por millones de norteamericanos como fundantes del «sueño» y de la forma de vida del estadounidense. Entre los baluartes que soportan la subjetividad del ciudadano común, se encuentran la familia, la comunidad y la noción de país que otorga posibilidades de trabajo y progreso.

No pretendo exponer un análisis exhaustivo del imaginario radical que configura la mentalidad de la polifonía cultural y étnica de los norteamericanos, sino hacer una lectura de los aspectos sociales e históricos que dibujan de modo deliberado gran parte de las aspiraciones de confort del pueblo de Estados Unidos, básicamente multicultural, en el que sólo una parte de blancos se definen por su alto nivel de ingreso y por ende de consumo. Cuestión que por demás es significada y contenida como utopía de civilización por sus instituciones superdesarrolladas por el capital,[6] derivada de identidad nacional.

[6] A propósito, el filósofo y sociólogo francés Jean Baudrillard nos dice, desde su peculiar forma de mirar a nuestros primos, principalmente en sus obras *Memorias frías* y *América*, ambas publicadas por gedisa, que el pragmatismo del norteamericano consiste en poner en la realidad –sin que medie reflexión alguna, lo que se imagina. Por lo que no existe mesura ética, ya que puede echar al mundo cualquier cosa que se le ocurra, pero

Así, algunas ideas de la filosofía y la hermenéutica que sirven de soportes a la vida cotidiana de los ciudadanos norteamericanos recaen en la infancia como proyecto e inversión colectiva que apuesta a la esperanza de futuro.

El dispositivo de seguridad nacional que resulta de esta forma de interpretar el humanismo de origen protestante se puede observar en la maquinaria de racionalidad que se despliega después del bombazo en las Torres Gemelas de Nueva York (1996), como un analizador natural que denuncia la ineficiencia y labilidad del aparato de seguridad nacional, en el país más poderoso del mundo.

El mandato y la demanda explícita del presidente Clinton para reforzar y efectivizar el cuidado y defensa de las instituciones públicas y privadas, no se hace esperar. Lo cual coloca, inexorablemente, lo que Estados Unidos representa simbólicamente en el imaginario del concierto internacional, determinado por las aldeas globales, la mundialización y la economía-mundo, en el marco interno del proyecto monopólico de la defensa e imposición de hacer y procurar justicia.

La lectura del desborde de lo pensado, se plantea desde la logística empleada por las instituciones encargadas de velar por la seguridad nacional. Ante la petición presidencial, se responde con reforzar «los escudos humanos» de la defensa institucional, formada básicamente por un ejército de niños que pagaron un altísimo costo por ser parte del laboratorio de experimentación americano, menospreciando la valoración universal que los países árabes puedan darle a sus formas de intervención imperialista, basadas en valores espirituales del desarrollo familiar y de la seguridad al proceso social que requiere la infancia, como fundamento de cualquier filosofía del mañana, ante la ceguera bélica y omnipotente que produce el resplandor imperialista de la intervención basada en la doctrina Monroe.

---

sin historia, pues no tiene espejo en cuál reflejarse, para detenerse críticamente a replantear su proyecto de sociedad.

Resulta prácticamente inconcebible, ante la situación mundial de resentimientos y pausas históricas para la venganza, marcada por miles de amenazas que se llegaron a cumplir por parte de los mundos fundamentalistas, que no se tomara de manera seria para la protección y el cambio de estrategias en la Seguridad Nacional, por parte del país más violento y agresivo que siempre ha demostrado ser Estados Unidos desde su creación.

La ingenuidad y narcisismo que se hacen visibles, son los signos que definen la posición de los estrategas nacionales de la inteligencia de seguridad, cuando, ante el primer bombazo, como dato inobjetable, siguen apostando a mantener el mismo modelo de protección de las instituciones sociales.

Un ejemplo posterior al bombazo en Nueva York, y que por sus condiciones de posibilidad se muestra como muy impactante, es el edificio que fue hecho estallar en la ciudad de Oklahoma, y que denunció mundialmente la prepotencia norteamericana al mantener intactos, como dispositivo de seguridad, los escudos nacionales basados en el valor universal de la infancia. Me refiero a una organización que se protege teniendo en función una guardería en los dos primeros pisos de su edificio. Guardería infantil que en el imaginario de la seguridad nacional, funciona como armadura para garantizar el buen curso de las actividades que en los niveles posteriores desarrollan la DEA, la CIA y las agencias dedicadas al control del tráfico de armas y drogas.

¿ Quién o quiénes tienen más responsabilidad histórica en el infanticidio; los guardias de la seguridad que ponen a los niños como barricadas que resguarden las labores de inteligencia nacional, o los terroristas que no respetan los valores que los norteamericanos transfieren a la familia y a la infancia?

el sindicato de la Ruta 100 viaja en tranvía

El apego a las normas y a la ley, establece un campo de invisibilidad para los actores obedientes. Sólo la transgresión

inaugura un campo de visibilidad del sujeto, aunque inevitablemente sea objeto de sanción lo que convierte al infractor en infame, y al mismo tiempo le da historicidad y posibilita la creación de nuevas formas de sujeción y de creación de lo nuevo.

Durante el año de 1995, en la ciudad de México, asistimos como testigos impotentes de la impunidad, a una injuria y a su monto de resistencia cotidiano.

En esta ocasión, me refiero a los acontecimientos que marcan la desaparición de la organización sindical de la Ruta 100, como una metáfora más del tema que convoca este texto, por la forma en que el estado mexicano involucra a la organización de trabajadores del transporte urbano de la ciudad más grande del mundo con un partido proscrito, y alegando el desvío de fondos a Chiapas para financiar las actividades guerrilleras del EZLN. Tal relación de actividades y hechos de subversión es un asunto que conmociona y altera no sólo la relación de fuerzas políticas en el país, sino el uso real de los poderes y de su capacidad efectiva de represión.[7]

Del mismo modo, el diseño de objetos en lucha colectiva que implica la resistencia civil, cohesiona a muchas organizaciones oficiales e informales de trabajadores. Son objetos sociales que simbolizan equidad y transformación de la vieja y caduca estructura, enfangada en la corrupción y en la impunidad; objetos que se cargan, se imantan, se atraen y se repelen en su ocurrir por la vía utópica del pacto comunal, que se debe volver a inventar como contractual.

[7] La alteración de la vida nacional, durante las elecciones presidenciales del 94, planteaba entre muchas vertientes de impacto en el campo de lo político, el problema de la eticidad y de la estética social, en cuanto se refiere al grupo guerrillero EZLN, que captó y concentró en su lucha, posición y proyecto, la única vertiente ética –por encima de los partidos y de las organizaciones oficiales– que garantizaba, con la mano en las metralletas, la necesidad de transparencia y respeto de las elecciones. Y en lo estético, como creación de formas y objetos de la democracia nuevos. Nuevas relaciones con la organización total de la república mexicana, con base en el respeto de las garantías de autonomía y de la cosmovisión que se resiste basada en la diferencia.

Estas organizaciones, en lo general, han obtenido su base social a través de los choferes que transportan a las poblaciones del margen de lo urbano a las zonas industriales. En un permanente viaje del centro a la periferia y de la periferia al centro, tal actividad, entre muchas otras capacidades adquiridas, les ha permitido, como clase, una colocación privilegiada para la escucha, reflexión y maduración del proyecto de acción ante la inconformidad que todos los días expresa y comunica la pobreza.

En un ejemplo de aprendizaje por indignación solidaria, el sufrimiento propio es paradigma de conocimiento de una realidad que por la fuerza de la resistencia genera la moraleja que recorre a los demás. Colectivo marcado por la involucración diaria en los problemas de la clase trabajadora y subempleada por la crisis actual. Son, en suma, grandes grupos sociales que durante el trayecto en los camiones de la Ruta 100, de ida o vuelta, crean diversas formas de enfrentar el rigor de la crisis, mediante las posibilidades que da el humor, la ironía y la perversión de la resistencia.

Con sus camiones de pasajeros, en las colonias y barrios más desprotegidos de la ciudad, los choferes, al escuchar y ser partícipes de las quejas y reclamos populares ante la carestía, la corrupción y la impunidad con que se sigue generando la violencia del modelo de estado sobre las comunidades más depauperadas, han generado, como clase trabajadora, una fuerte politización de su origen de clase y, a la vez, una sensibilidad sobre el sentido de las demandas colectivas de la gente que transportan todos los días.

Esta procedencia, fungió como la filosofía del gremio que agrupó a una gran comunidad de choferes del servicio público del transporte urbano. Y que, en un momento de alta densidad histórica para el país –aparición del grupo guerrillero EZLN, inicio de las actividades pactadas por el Tratado de Libre Comercio, el costo económico que produjeron los errores del mítico diciembre después del cambio de poderes y del fraude electoral que se venía arrastrando impunemente desde 1988, entre muchas otras cosas–, configuró el

campo político para la *chivatización* del sindicato, por la supuesta relación directa con los guerrilleros lo cual también puso al descubierto sus posibles nexos con autoridades del gobierno del Departamento del Distrito Federal.

Contradicciones y ambivalencias que amenazan la tranquilidad del país, la congruencia de la subversión y la lógica de la resistencia frontal contra las instituciones del estado, cosa que, por lo demás, no carece para la población de un estatuto de verdad histórica en la que transita el descontento de miles y miles de mexicanos.

La discursiva y perorata gubernamental transformó de un día para otro a los trabajadores de la Ruta 100 en colectivo peligroso para la seguridad nacional, por el atributo estatal que se abroga como legítimo *el poder nombrar* para transferir sentido[8] al movimiento, calificando a los inconformes como personas desviantes, lo que en corto tiempo definió oficialmente la versión que al instante fue propagada por los medios (con sus honrosas excepciones, que no cedieron ante la presión gubernamental para que manipularan el mensaje), y así convertir a los líderes sindicales en delincuentes y estafadores.

Esto permitió, con el escándalo público de desprestigio a las demandas legítimas del sindicato de la Ruta 100, desplegar un gran telón oscuro, que logró debilitar hasta su desvanecimiento el sentido propio del movimiento.

Lo que se arraigó en el juicio que condiciona a la llamada opinión pública, en la suspicacia y en la ironía del humor popular, fue la participación activa y decisiva que tuvo en lo intelectual, político y económico el Departamento del Distrito Federal, sobre todo de sus autoridades máximas; respecto a lo flagrante de la participación en el desvío de fondos que el Partido de los Pobres realizó para patrocinar al EZLN

[8] Después de decenas de marchas, que se dirigieron a la toma del primer cuadro de la ciudad, y que sorprendentemente tuvieron el carácter de intensas y elocuentemente masivas, ya que fueron apoyadas por diversos sectores de asalariados del país, en apoyo incondicional a la causa abanderada por los trabajadores del sindicato de la Ruta 100.

con la anuencia del entonces regente de la ciudad de México, Manuel Camacho Solís.

La violencia se ejerció en la depuración del escenario, que devastó el modelo resistencial de la anomia sustentada en el apoyo de la masa, como un catalizador de riesgo para la dinámica enloquecedora que puede adquirir la ingobernabilidad.

Tal demarcación simbólica de los límites de acción del sindicato, su descrédito con base en la difamación –así como la participación definitiva que se develó respecto al manejo financiero del sindicato de muchos funcionarios públicos que laboraban en el equipo de Camacho Solís–, tomó a la masa que permanentemente se dirigía al Zócalo como un laboratorio social en vivo, como un paradigma de los dispositivos que describen la intencionalidad del estado, en la que fundamenta la puesta en escena de dispositivos de control social.

No podemos aceptar que todo el dispositivo es producto de la voluntad y de la razón del ejercicio del poder de Estado, pero sus no pensados e imaginarios suelen ser más corrosivos y disuasivos que lo que el poder logra imaginar de sí mismo y de los efectos que produce su puesta en escena como pedagogía del terror.

La resistencia mostrada por los choferes ante la traición de sus líderes es digna de mencionar. Sobre todo, porque la traición al movimiento es parte constitutiva del dispositivo que se pone en marcha. Asimismo, el ocultamiento y la evasión que el gobierno mexicano ha usado para negar la autoría en el desvío de fondos por parte de los funcionarios del DDF (en la época de gestión del ya mencionado oscuro personaje), es un elemento pensado por la logística del dispositivo.

Es destacable la tenacidad mostrada por la resistencia de un movimiento típicamente urbano, con procedencia migratoria de la provincia al centro. Resistencia que se encuentra anclada con raíces profundas en la pobreza que inunda a la periferia;[9] mentalidades colectivas que generan

[9] Es necesario recordar el inicio del proyecto de la Ruta 100, que podía proponerse como la necesidad de urbanizar los, ya en ese entonces,

expectativas por la complejidad y el deslumbramiento del capital centralizado en la ciudad; lo que no dejan de simbolizar los chiapanecos alzados en armas, a la manera de un gran analizador de la situación de crisis social, institucional e individual por la que estamos atravesando.

Una opción que toma el poder para hacer visible su ejercicio represivo lo demuestra contundentemente la policía, cuando pone en acción un dispositivo centrado en la violencia y en la generación de pedagogías que esparcen el terror como moraleja; y en el cinismo, como máquina de estado calculada y con efectos en lo concreto que diseña premeditadamente el dispositivo. Resultado de un promedio de tres manifestaciones diarias al primer cuadro de la ciudad por lo menos en las últimas tres décadas[10] y en las que se han puesto en escena todos los métodos de represión concebibles y también los que, aun ahora, ni siquiera se pueden soñar.

hechos y la novela del dispositivo

El escenario es el que, por décadas, corresponde como regla de indivisibilidad matemática a la matriz de sentido que imanta

---

crecientes asentamientos humanos en la periferia, mediante la construcción de calles, pavimentación y alumbrado público, como una especie de filosofía del desarrollo y del progreso civilizador, que doma a las sociedades salvajes, primitivas y bárbaras, para incorporarlas al momento brillante del neoliberalismo, de la globalización de las aldeas-mundo. La otra cara del mismo espejo, es el monto de subversión y descontento social que, día a día, los operadores de las unidades escucharon como reclamo y descontento de los asiduos pasajeros, quienes con frecuencia eran sus hermanos, sus tíos, sus compadres, sus mujeres, sus padres, sus abuelos, sus hijos; así como sus contrarios: los extraños, los rateros y los enemigos.

Imaginario que le da sentido a la negatividad social que simbolizan, como caldo de cultivo, los camiones de Ruta 100 entrando a las comunidades de alto riesgo (ej.: Santa Fe en la época de Los Panchitos); el viaje colectivo de ida y vuelta a la ciudad se pactó como necesidad de solidaridad con las múltiples roturas que tienen los bolsillos del pantalón y los del alma.

[10] Para ser exactos, del 68 a la fecha: 31 años.

el campo de lo meramente político, por lo que se desprende de la historia de más de 65 años de dominación partidista.

Una institución sindical de oposición, que tradicionalmente vuelve sobre la repetición de lo conocido por esperado, ya que históricamente se realiza lo que se sabe como fundamento de lo contundente, puesto de manifiesto en la suspicacia. Manejo paradójico de una parafernalia, que actúa en la logística de la exclusión que carga de poder a la orden oficial que efectúa la desaparición, por edicto, de un gran colectivo que pone en cuestión todo el andamiaje de dominación y poder que el Estado usa como conservador artificial de su caducidad. Acción de permanencia que es fantasmatizada por el poder que confiere la hegemonía del Poder a lo real, a lo verdadero, en suma a lo que es y no es legítimo, en contra de lo que considera socialmente válido o desviado.

Historias y relatos que se dirigen por distintos cauces hacia el mismo océano de desconfianza, pero que en la lógica de sus explicaciones y argumentos describen, de primera mano, el modelo de decadencia institucional que mediante la corrupción ha desmantelado el proyecto filosófico de una clase política que se niega a desaparecer.

Pasando a la relatividad de los hechos, podemos plantear lo siguiente: una de las manifestaciones de los trabajadores de la Ruta 100, se protagonizó a principios de 1996 con la intención –como miles de otras–, de tomar el Zócalo de la ciudad.

La manifestación se encaminó al centro de la ciudad, sede de las instituciones que representan los poderes de la Unión Republicana. Y el dispositivo policiaco puso en acción su experiencia, desde la que se pensó, diseñó y trabajó en la necesidad de hacer evidente la efectividad con la que penetra un dispositivo de control y dilación en la masa, que se supone organizada.

En este desorden de ideas, lo que desencadena el acto de represión es la instalación de un laboratorio que se encarga de investigar. Tal metodología parte de los efectos de control imaginario y subjetivo que se han podido observar, al

menos –como ya lo mencionamos más arriba– por más de 15 años en manifestaciones de toda índole. Lo que ha permitido de antemano corroborar, en el monto de realidad acotado por los métodos, la ausencia de otros vectores de lectura y la interpretación que prevalece en la llamada opinión pública.

Allí, en el mismo lugar en donde la escena adquiere sentido en la medida en que la negatividad es determinada por una parafernalia de control del estallamiento, que imaginariamente provoca el miedo del tumulto, ante lo que de manera irremediable está por venir, como control del descontento.

Lo que se realiza, en la actualización del temor del sujeto colectivo, es una especie de profilaxis de la violencia simbólica, que aprovecha la situación para aparecer en vivo, determinando e imponiendo la secuencia formal como libreto de la normalidad vigente, que describe el escenario y el clima en los que deben desarrollarse los acontecimientos.

La medida correctiva es una ortopedia que endereza la desviación mediante aparatos punitivos para hacerla corresponder –violentamente, con dosis exacerbadas de tortura mental y física– con las tendencias subjetivas que marcan la razón y la cordura, a las que necesariamente debe remitirse y acotarse la experiencia del sujeto afectado -entre otras muchas dimensiones de sentido-, por el anonimato de la masa y sus consecuencias de contagio ante la pregunta existencial que da vida a la voluntad personal, transferida en los otros; o ante la invisibilidad del individuo, prefacio del instante que permite a la muchedumbre inventar la libertad ante la institucionalización de la oposición y de la disidencia. Prefiero la subversión –decía el juglar– a la revolución.

Aquí, en este nudo de incertidumbre propiciatoria de culpables y de chivos expiatorios, entra en acción la logística de la experiencia y mentalidad policiaca para legitimar su intervención. El dispositivo de control actúa sobre la noción de lo polisémico del tiempo en que transcurren los acontecimientos.

La complejidad de ritmos y cronotopos que atraviesan el mundo sensible, en los que ocurren y se evaporan significativamente las experiencias del sujeto, son en sí mismos un orden social, una lógica, es decir una racionalidad, que en su nivel pedagógico e imaginario hace valer una moraleja, de dimensiones inconmensurables, a la masa que se organiza, se enardece y se disuelve en el aire pero que se convierte en realidad, en el paso que las sociedades fuertemente represivas dan, para desarrollarse en el símbolo civilizatorio del que actualmente gozan las sociedades altamente disciplinadas.

Sin embargo, al mismo tiempo, la puesta en escena del dispositivo dota a la policía de un buen margen de posibilidad de predicción, elemento imprescindible en la ciencia de la gobernabilidad inventada ya por el príncipe Maquiavelo, que se avala en los años en que esta corporación castrense se ha dedicado a disolver cualquier indicio de oposición masiva con dirección a la Plaza de la Constitución, con la fórmula predilecta que los gorilatos latinoamericanos les han heredado en línea de sangre directa, y que caracteriza la dictadura que impone el orden mediante el garrote vil.

Un promedio de tres a cinco manifestaciones diarias, durante aproximadamente cuatro décadas, que han partido y parten de todos los puntos del país, con una gran diversidad de demandas y de visiones de México. Las mismísimas estadísticas oficiales no me dejarán mentir, en cuanto al aprendizaje al que han sido sometidos los diversos cuerpos y corporaciones encargados del orden público, ante este flujo perpetuo de migraciones locales o foráneas al Zócalo de la ciudad.

Pero en su fase más invisible y panóptica, ahora el dispositivo ha adquirido una inteligencia y eficacia inconmensurables en la producción e impactos que la maquinaria de violencia policiaca ha construido con base en la corrupción, experiencia e impunidad que actualmente caracterizan el perfil del policía moderno.

Sin lugar a dudas, el dispositivo demostró a las masas inconformes que durante muchos días marcharon hacia la plaza central más importante del país –por lo que el Centro sigue simbolizando como espacio mítico de fuentes y signos sagrados importantes–, que la matriz de sentido del estado es la que dispara los resortes del sistema de significación de la marcha multitudinaria, catalizador que reactualizan las multitudes de cualquier estado de la república cuando se dirigen iluminadas y motivadas por el cemento de cohesión que genera la dimensión dialéctica del socius, del ethos y de la polis, que en la urdimbre de la identidad nacional se trasluce como nudos de vínculos administrados en las familias extendidas y vaciadas que animan la militancia del sindicato de Ruta 100.

El vínculo de identidad, que ocasiona el milagro del encuentro del reconocimiento y de la conflagración afectiva que promete toda nueva relación con el otro, efectivamente nos consterna por lo ajeno de su injerencia en nuestras alcobas privadas. El desconcierto se trasmina en el efecto de lo siniestro, cuando el espejo rompe sus cristales que repelen el monólogo ante la interrupción abrupta de la palabra; ante la aparición de la mirada intimista e incisiva por su indiferencia; ante el espectáculo que hemos construido en la soledad y que consideramos propio, único e incompatible por su unidad.

No obstante, la identidad es una dimensión del imaginario social casi inasible, escurridiza y de difícil inteligibilidad, por todo aquello que transcurre en el término y que alude a lo desconocido, a lo inadmisible e inobjetable. En la polisemia de sentidos, la identidad como clivaje se vuelve virtualmente un extraño que siempre ha sido nuestro vecino.

La identidad, entonces, es un proceso que se convierte en un poder nacional sobre el sujeto, por el solo hecho de nacer en un territorio.

El sentimiento y forma cultural del pensamiento ante lo ajeno también es arma que se empuña como respuesta activa a la amenaza externa a las fronteras, que suele convertirse en

paranoia, *pathos* que delimita el campo en que se define la agresión real, simbólica o imaginaria. Ataque al cerco étnico que, como caldo de cultivo, mantiene las condiciones de reproducción de los sentimientos de raza, nación, religión y pasiones deportivas.

Acontecimiento que desnuda todo lo que es desconocido, por la amenaza a ese mundo endeble que conservamos como propio ante lo que se muestra como externo y perteneciente a nuestro prójimo. El sentimiento xenofóbico es un parapeto de nuestras novelas traumáticas y nuestros complejos como sujetos.

Pero la identidad colectiva, ante la defensa del extraño, es también, de alguna manera, un objeto de resistencia y, por lo tanto, autoproducción en la defensa bio-moral del sí mismo.

El embobinado de la fuerza que surge en el horizonte de visibilidad de la protesta, es la desbandada perfectamente realizada en el orden temporal de la proximidad del cuerpo a cuerpo, que facilita la indiscriminación de la parte que se confunde en el conglomerado. La participación colectiva toma la plaza, se despliega y se repliega en el crecimiento desmedido de la corrupción de una parte del conjunto social, y desde una multiplicidad de redes y vasos comunicantes, forma y es parte de un sindicato que por ley, se asegura oficialmente, de un día para otro se encuentra en calidad de fantasma.

El estado usa una vez más la atribución que él mismo se asigna, para poder nombrar o mantener en el anonimato y en el margen a todo lo que se le ocurra.

La moraleja de corroboración que se desprende es distinta. Porque en otro momento de la historia sindical del gremio, el significado que el transporte público detentaba en el panorama de la urbanización, era asignado por la lógica del sistema de crecimiento del espacio de la ciudad, planificado en un modelo de progreso, para llegar y dar transporte a los habitantes de los barrios y ciudades marginadas que carecían de esta vital forma de comunicación con los centros productivos de la ciudad. Por eso, se consideraba inconcebible una huelga o una desaparición de la institu-

ción por edicto, así como de los usos y costumbres creados por la entrada en servicio de estos trabajadores del volante.

Ningún granadero, policía o vigilante disparó un solo tiro. No se dio un garrotazo, no hubo necesidad de lanzar gases lacrimógenos, ni de utilizar palabras que provocaran una agresión física de algún participante. Cuando la multitud llegó a un puente con calles laterales, éstas fueron tomadas por la policía para canalizar a la masa, y centralizar al contingente en un cuerpo compacto que se limitara a la calle principal. Se le dirigió hacia otra plaza con un fuerte dispositivo policiaco, que sólo hizo la parte de barrera para trabajar a la multitud como ganado vacuno. Fueron conducidos dócil y hábilmente por el cuerpo policiaco hacia otra plaza; hecho que por sí solo aseguró que la movilización se disolviera poco a poco, de la manera más suave, sin una sola provocación, sin un solo tiro, sin malas palabras, sin la tradición primitiva que desencadena la barbarie, como pedagogía de la modernidad.

¿Podemos imaginar lo que en ese momento pasó por el psiquismo del sujeto, que estaba convencido de arribar a la plaza central del Zócalo y de repente, de manera casi imperceptible, arriba a una plaza distinta y la manifestación poco a poco se disuelve, presa de la confusión inducida?

¿Qué sucede con la intencionalidad y la legitimidad colectiva de resistirse, como forma que intenta detener la devastación de las organizaciones colectivas independientes?

¿Y qué queda de la noción del proyecto de transición a la democracia, ampliamente difundido y publicitado por el estado político mexicano? ¿A qué se refieren después de los miles de ejemplos que abierta y cínicamente nos demuestran día a día lo contrario?

del folclor popular

Un escorpión, ante el umbral de una enorme charca, intenta, sin éxito, cruzarla para alcanzar la otra orilla. Mientras, una gran rana atemorizada ante la presencia del venenoso animal, trata de no ser descubier-

ta por la muerte próxima. El escorpión, en un rápido giro, descubre al corpulento batracio y, ante el terror de éste, le hace una propuesta ventajosa para ambas partes. Mira –le dice el escorpión–, si me permites cruzar la charca sobre tu lomo, te prometo que no te haré daño y así los dos llegaremos al otro lado a salvo. La rana duda del humanismo de la propuesta, sobre todo por venir de quien viene, aunque después de algunos rodeos y vacilaciones, acepta. La primera parte del viaje acuático transcurre sin complicaciones, pero justo a la mitad de la charca, cuando la rana se ve más concentrada en perfeccionar su nado para agradar a su sui generis *pasajero, siente un dolor intenso en el lomo, que la hace voltear sorprendida y mirar fugaz pero fijamente al escorpión, exigiéndole una respuesta, a lo que el bicho rastrero contesta: ¡Lo siento mucho!, pero está en mi naturaleza...*

del folclor institucional

En el siguiente planteamiento, algunas de las ideas, teorías e hipótesis que se ponen en juego invocan lo que Deleuze y Guattari llamaron la maquinización del deseo del individuo como una realidad social. Pero también, en este caso, como maquinización delirante del estado y del poder, que impunemente reticulan los diversos planos con los que se suceden los acontecimientos de la vida considerada como real.

Las estrategias y logísticas del fenómeno estatal se muestran con toda su opacidad en los dispositivos calculados que intervienen en la sensibilidad de los sujetos, generando distanciamientos lisos y estriados entre la intimidad de la escena social que le da sentido al deseo individual.

En este caso, llamaremos dispositivos artificiales a los modelos de subjetividad colectiva que intentan obtener datos, signos, huellas, fragmentos y códigos del acontecimiento que investigan. Por lo que los dispositivos artificiales están pensados desde un discurso o campo normativo del lenguaje, para un cierto momento y época histórica en situación institucional.

El otro hilo de pensamiento va en busca de las urdimbres, de las tramas y retículas que emanan procesos de signi-

ficación, pero que permanentemente quedan omitidos del dispositivo, y de lo que se intenta producir en la realidad del acontecimiento de manera artificial. Lo cual, paradójicamente, no cesa de ser inminentemente real, en la concepción que Spinoza le adjudicó a la idea de Dios, como natural al *socius*.

> Es muy probable que haya sido intolerable (blasfemante) escuchar la palabra spinoziana cuando formula que el hombre se cree libre pero, en realidad está sometido y hasta avasallado por sus propias pasiones y las de los demás, especialmente las afecciones procesadas; religiosas y políticas. Las falsas ilusiones debilitan nuestra potencia de obrar; la sociabilidad imaginaria que ostentan las religiones sólo implica una retracción de la tendencia social natural y la perfección del hombre. Perfección que para Spinoza, no es sino la realidad misma y ninguna otra virtual, posible, ponderada o postulada.[11]

Los dispositivos producidos por la conciencia y la voluntad de los especialistas para hacer hablar al ser terreno, trabajan a la manera que describió Bachelard: demuestran una institucionalidad inducida por método. En otras palabras, producen los fenómenos que desean observar.

En el beneficio que concede la duda, el segmento que deslinda el dispositivo es el mismo que, tarde o temprano, se desborda hasta estallar el recorte que intenta hacerla hablar.

Por su parte, los dispositivos naturales son los que produce la historia para analizar el desempeño de la sociedad en sus proyectos cotidianos de imaginar y hacer real el presente. Pueden ser individuales, grupales, colectivos o de grandes masas nacionales, como las guerras o los fenómenos climatológicos y telúricos; como los movimientos estudiantiles, obreros, campesinos, de organizaciones no partidistas, etcé-

[11] G. Kaminsky, *Spinoza. La política de las pasiones*, Barcelona, gedisa, 1990.

tera, o fenómenos tradicionalmente vistos desde lo individual: el suicidio, el homicidio, el robo, etcétera.

A este respecto, la reflexión se articula sobre tres modelos o dispositivos artificiales, que proponen una lectura de la situación caótica que ha desencadenado la racionalidad moderna, en la forma de ponerla en juego, de instrumentarla y de legitimarla desde algunos paradigmas prevalecientes en las ciencias sociales; así como de los fenómenos que provoca y del problema ético de base que destapa, en el horizonte de la sociedad por venir del siglo XXI.

De esta manera, la cuestión central que anima este ensayo es la siguiente pregunta: ¿podremos detener y resistir el inconmensurable desarrollo de la racionalidad de control social que produce violencia y terror como proyecto de vida íntima y comunitaria?

Lo anteriormente expuesto, retoma tres maneras de pensar y poner en la realidad dispositivos de control y creación social. La interferencia entre los distintos dispositivos parte de una cierta intencionalidad que apenas se empieza a esbozar y se escapa de las manos. Desde el hecho histórico que marca la unificación, pensado de manera gozosa por Roger Waters para descargar en una propuesta estética las fracturas cargadas por varias décadas, hasta la suavidad de la dureza que se ejercita en la violencia que deviene en invisible, lo que recae sobre la subjetividad de la comunidad que desencadena la psicosis individual.

Existe una razón, una logística, una complejidad de máquinas que producen e inscriben una fuente inagotable de sentidos al movimiento colectivo. El estatuto del sujeto moderno cabalga imaginariamente en este símbolo de la cultura autoritaria.

Las ciencias sociales mantienen un vínculo de estrecha complicidad con esta forma de ver y estar colocados en el mundo, ya que si en algo se han destacado –en el pensamiento que incide en la historia actual–, es en el conocimiento que han puesto al servicio del control y la represión del individuo; así como en los dispositivos institucionales que han pro-

ducido y permanentemente mejorado para el control del deseo de cambio como necesidad vital que anima todo proyecto social.

Desde este punto de vista, son muy pocas las intenciones de producir dispositivos estéticos que exploren la necesidad de caos ante la sociedad cibernética que controla la ontogénesis del hombre del siglo XXI.

Los dispositivos inducidos de manera artificial en el rizoma individual, grupal, institucional o de grandes colectividades, se encuentran ante un gran reto en la vertiente milenarista que designa el modelo de subjetividad hacia el fin de siglo, o para otras formas de entender el mundo.

Este nudo en la condición humana traza la cada vez más disminuida capacidad de invención y creación colectiva de otra forma distinta de implicarse con el mundo que nos rodea y nos funda desde la intimidad como individuos. La avanzada del control estatal para transformarnos en sociedades altamente disciplinarias como el nivel superior de las sociedades represivas, que aprenden, a fuerza de padecer la historia, a economizar la tortura física del cuerpo para poder, cada vez mejor, exprimir el último jugo del alma, sin dejar huellas en la superficie reveladora de la piel, que, al ya no amoratarse con el castigo inaugura otra época histórica en el uso y desmembramiento del cuerpo.

Ahora la tortura es directa con los hilos imaginarios que sostienen la corporeidad, pues el fondo es la forma, la envoltura es el regalo y la tortura que marca al cuerpo de manera definitiva, es la que ya no se evidencia en la epidermis. Por lo mismo es más inobjetable.

capítulo III

Los ajusticiamientos colectivos

un niño como cualquier otro

Faustito es un niño que ya no esperaba la mamá, porque el padre la abandonó con dos hijos, hace nueve años. En contra de todo lo que ella podría imaginar, la última vez que volvió a ver al padre del chamaco fue hace cinco años, curiosamente la misma edad de nuestro personaje real, simbólico e imaginario.

Para el niño, la comunidad del norte del estado de Veracruz es su único mundo, el que, por cierto, ha empezado a crecer, desde hace algún tiempo, con la presencia en el aire de avionetas que avientan bultos a la gente, cosa que pone a todos muy contentos, ya que se la pasan esperando a que regresen los ruidos de los motores, que se van haciendo más nítidos mientras se acercan y les avienten más mercancías, las cuales, efectivamente, han aumentado sus niveles de vida y de consumo en todos los sentidos.

Lo único que realmente tiene preocupados a los habitantes del lugar, es la permanente presencia de la policía judicial, del ejército y de mucha gente desconocida, en busca de un grupo de asaltantes de carreteras que se presume son oriundos de esa población. Forajidos que ya desde unos meses a la fecha se habían convertido en el terror de los pasajeros de los autobuses locales y foráneos. Por eso, la presencia de tanta gente armada le da una composición social muy específica a esta comunidad, la que inevitablemente cae dentro del universal Juan Rulfo y sus mundos mágico-mítico-religiosos, que desafortunadamente para muchos sólo son literatura.

Esa mañana, el niño corrió a jugar con sus amiguitos y compañeros de preprimaria del turno vespertino. Correteaban hábiles y se encaramaron en las veredas serpenteantes de la vegetación, que poco a poco ha empezado a ceder sus exuberancias naturales. Pero la mañana no se parecía a las otras; era diferente, el aire estaba enrarecido por un ruido que aterraba pero al mismo tiempo despertaba a tal grado la curiosidad que no se podía uno detener hasta descubrir su fuente:

un clamor enardecido, la justicia divina que enloquece y desencadena la pulsión de muerte que anima a la turba.

Mientras uno de los niños comenta que la gente está enojada, el estruendo inunda el ambiente y crece en intensidad hasta volverse insoportable; otro niño cuenta que es porque su padrino y sus tíos agarraron al señor que mató a su madrina. Entonces, incontroladamente por la curiosidad, corrieron a la plaza que estaba repleta de gente adulta, anciana, de señoras, de niñas, de más niños y adolescentes.

Se podían oír miles de gritos, gemidos, onomatopeyas, palabras sin sentido, groserías y silencios interrumpidos por el espasmo que provoca el desencadenamiento de la turba, corto-circuito de la gente enardecida en plena efervescencia. Algunos hombres jóvenes, maduros y viejos, autorizados por las miradas maternas de acicatamiento, golpeaban con violencia y rencor a un sujeto bañado en sangre.

La muchedumbre pedía y exigía desenfrenada el castigo al delincuente. El desencadenamiento de lo innombrable adquiría su propio vértigo. ¡Que lo lastimaran más!, hasta el paroxismo de aventarlo ante el quicio de su destino: la muerte ejemplar, producida por una comunidad que en nombre de todos, la vuelve real con sus propias manos, con la misma alma colectiva que en ese momento posee a todos.

Las señoras del pueblo que todos los días se formaban para comprar la leche y el pan, las mismas que todos los días llevan a los niños a la escuela, eran las más enfurecidas. El poder soterrado de la mujer campesina tomaba del cuello al macho y lo arengaba a hacer justicia con la propia mano. La orden de las mujeres se había expresado con todo encono en las calles y plaza del pueblo. El consenso fue inmediato ante la iconografía del ojo por ojo. La retaliación que en el escenario del terror comunitario se vuelve una moraleja colectiva, a la manera de un gran ejemplo ético llevado a los límites que marca la incineración del objeto del mal, en la visión de la memoria colectiva que invoca la utopía de la purificación y de la invención-retorno al año cero de la humanidad.

Ninguno de los participantes, observadores y morbosos, alcanzaron a entender las implicaciones de la condena; algunos no querían mirar el final para recordarlo menos siniestro: un encargado lo roció con un líquido inflamable y le prendió fuego. Ante el primer incendio que le provocaron al condenado, se taparon la cara o voltearon la mirada. Sólo un camarógrafo osado, encargado y espontáneo, con el pulso que marca lo inconcebible, filmó el asado de humano que ejecutó el llamado clamor popular.

Otros menores, acorralados en la angustia, fueron apresados por los nervios, dislocamientos y desenfrenos de los adultos que trastocaban todo lo pensado y concebido normalmente por la razón comunitaria. El ambiente estaba marcado por un reír maniaco e histérico, como en un coro encarnado por una danza endemoniada.

Todos corrían física o mentalmente, metidos y tomados en sus corporalidades por una danza dionisiaca, representada ésta en distintas direcciones y con ritmos desquiciados, en una armonía que interpela una liberación de las pulsiones, en un ritual con itinerarios desconocidos viajando delirantes por los intersticios de un tiempo social e histórico que ocasiona configuraciones de imágenes de distintas procedencias en la mentalidad de los pueblos milenaristas, cegados por la euforia y la fascinación que provoca el retorno de lo sagrado a la escena de lo íntimo, que se vuelca sobre lo público como cemento de lo compartido por todos, ante la impunidad de la autoridad, que no acaba por hacer justicia.

Lo anterior es un evento de imaginación de la horda salvaje en acción, que intenta elevar la tierra al nivel de los cielos, en su afán de purificación y transparencia del mal, como didáctica del proyecto que avala y le da sentido al proyecto de vida en común. (Aunque el sociólogo francés, Henri Desroche,[1] corrobora una máxima de Zeus, cuando nos recuerda que es más bien el Todopoderoso el que jalará la tie-

[1] H.Desroche, *Sociología de la esperanza*, Barcelona, Herder, 1976.

rra al cielo, antes de que él tenga la humillación de descender al mundo cotidiano que habitan los mortales.)

Lección que es impartida, en todos los niveles de virulencia dialéctica, para ancianos, hombres, adolescentes, mujeres y niños, en el mismo escenario y con una complejidad de sentidos que todavía no alcanzamos a adivinar, a pesar de los intérpretes oficiales del catastrofismo. Filosofía inmediata que los medios de comunicación le imprimen a lo que básicamente se pone al alcance de todo el público, mediante la televisión, la radio y la prensa.

una pequeña disgresión del cronotopos[2] de la escritura

Dentro, fuera, al lado y por encima de lo que intrínsecamente nos sugiere esta problemática, un espacio aparte ocupan los nunca bien vilipendiados intelectuales de Estado, la llamada *intelligentsia*.[3] Noción que, curiosamente, surge en Hungría y para el resto del mundo libre entre 1973 y 1974, ante la opresión del muro de concreto que separó lo posible de lo reprimido; en otras palabras, el mercado de la economía de Estado, a su vez colectivismo ideológico del individualismo social.

Para el tema que nos ocupa, el fenómeno del trabajador de las ideas al amparo del patrocinio del poder instituido, aparece con una dimensión de equivalencia metafórica, muy lúcida en la comprensión argumentativa que confiere sentido y hegemonía a la palabra de nuestros intelectuales, encargados de conservar la idea generalizada que sostiene la normalidad por decreto, entre los pliegues y repliegues de una subjetividad con texturas que van de lo liso a lo estriado.

[2] Cronotopos, es una noción que se refiere al tiempo y espacio en el que se producen los acontecimientos. Julio Cortázar y Henri Lefebvre, en diferentes momentos de sus trabajos, usan esta palabra compuesta como una forma de precisión en la escritura.

[3] Konrad y Szelenzyi, *Los intelectuales y el poder,* Madrid, Península, 1981.

> El espacio liso y el espacio estriado –en el espacio nómada y el espacio sedentario,– el espacio en que se desarrolla la máquina de guerra y el espacio instaurado por el aparato de Estado, no son de la misma naturaleza. Unas veces podemos señalar una oposición simple entre los dos tipos de espacios. Otras debemos indicar una diferencia mucho más compleja que hace que los términos sucesivos de las oposiciones consideradas no coinciden exactamente. Otras por último, debemos recordar que los dos espacios sólo existen de hecho gracias a las combinaciones entre ambos: el espacio no cesa de ser traducido, transvasado a un espacio estriado; y el espacio estriado es constantemente restituido, devuelto a un espacio liso.[4]

El poder nombrar desde este rizoma simplifica en desiertos de sentido la exuberancia de la selva de símbolos y de insospechadas retículas, y los nudos y vasos comunicantes que incesantemente bañan de creación estética y necesariamente ética, la necesidad utópica de la sociedad. Pero esta dimensión de textura del tacto, a la vez, inventa lo estriado como resistencia y lo liso como institución; éste es uno de los problemas de fondo que el Estado normativo encarga al intelectual –y que se convierte en compromiso que cabalga en una moral, en un algo que detenta una visión de hablar, decir, interpretar, escandir y traducir, a nombre del entendimiento del pueblo–, como una labor demagógica y pedagogizante; lo que el sistema quiere decir cuando oficialmente se refiere a que todo está en calma, no pasa nada, y siguen existiendo

[4] F. Guattari y G. Deleuze, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, España, Pretextos, 1988, p. 483 y *s*. Es posible que aquí, los autores del texto, sacudan telúricamente la estructura lógica de la causalidad y sus efectos; así como el paradigma que sigue soportando la idea de que a mismas causas mismos efectos. Invariancia ante la turbulencia del conocimiento no pensado, el que necesariamente permanece como fuente de la implicación cuando se interviene en el terreno.

niveles de gobernabilidad; lenguaje que por múltiples medios el gobierno arrebata a la sociedad civil.

La inversión del sentido, de la creación incesante de la sociedad, de formas e imágenes nuevas, opera como dispositivo de educación sentimental, afectiva y motivacional, en la que el campo de interpretación y de traducción de lo que sentimos, tememos y nos conmueve no tiene un sustento legítimo para la convivencia social, por lo que no debemos sentirlo por edicto ante el sentimiento que marca el pensamiento liso y las estrías de la pasión que se complejiza.

Así, en la complicidad, los escritores comprometidos con el proyecto de modernización y pagados por el sistema político oficial, afirman contundentemente, mediante comentarios de opinión en el televisor, en Internet, en la prensa, en las revistas, en la radio, que no existe ningún elemento científico en las ciencias sociales, políticas o económicas que justifique una tesis como la de las pedagogías que propagan y profundizan la violencia de los estados autoritarios, para imponerse a sus sociedades.

Esta postura es un analizador regio de la caducidad de las texturas estriadas que conforman la afectividad social y que se distienden en lisas, como un sistema de simplificación y economía del pensamiento del sujeto. La soledad y el aislamiento se instalan en la conciencia individual, ante la complejidad del terror y la persecución que se cotidianiza en la mismísima pareja amorosa yo-otro. La imagen erótica del universo estriado queda cooptada por lo liso de las recetas sexuales que propaga la sexología oficial. Sin olvidar que, según Foucault, la perversión o la anomia se regeneran con la caótica que imagina la lucidez que, a su vez, resiste lo estriado.

La secuencias de escenografías se refractan, se curvan en miles de efectos, con una velocidad inversamente proporcional a la capacidad de olvido. Tiempo de la historicidad, que carga el trauma del pensamiento crítico y que se destina a las comunidades lingüísticas de las izquierdas ilustradas, las cuales se cobijaron bajo una discursiva pasiva y autocomplaciente, amparada bajo la moral militante de la disciplina

de partido. Una de las más duras y siniestras purgas del pensamiento de oposición, se operó con el exterminio de los partidarios sinceros y con los miles de opositores que paranoicamente construyó el sistema, con la manipulación abierta y simulada de la opinión pública.

Pero fuertemente determinados por estos influjos y reflujos del poder, son los nunca bien vituperados intelectuales de Estado, los que entran en el ¿arte de la propaganda macluhiana de vender ideologías?

El mensaje es del orden de lo trágico, de lo inevitable, en todos los registros que intentan hacer comprensible la brutalidad del primer hecho (la violación y muerte de una mujer de la comunidad) y la consecuente retaliación de la horda que se vuelve extrema. De manera efectiva –por el impacto simbólico– en el público presente, o en los espectadores cautivos, que con la transmisión en cadena nacional de las imágenes, en horario tres estrellas, fuimos telespectadores consumistas de la inmolación como condena del hartazgo, que propiciaron todos los mirones de un pueblo. Lo que se impone como castigo que ejemplifique en uno el múltiple.

Tales imágenes y secuencias penetraron el mundo de la intimidad de los millones de televidentes mexicanos, además de dar la vuelta al mundo y conmover a muchos países extranjeros ante la moraleja del dispositivo, que caracteriza al grupo de fraternidad –terror como una modelo inconmensurable, en sus valores de terror y propagación del miedo: ¿se acuerdan de Canoa?– para la virtualidad de la imagen educativa que se trasmite por la televisión para todo público.

Las anteriores relaciones narrativas ya son tradicionales en la conformación de la historia de las mentalidades de las sociedades modernas, urbanas y rurales. La diferencia es que no habían tenido, potenciadas al universo de la comunicación masiva por un lente de video, la visibilidad, crudeza y manejo del sentido que alcanzaron estos acontecimientos de enjuiciamiento y veredicto, en un campo normativo del uso del terror como pedagogía colectiva, en la repetición obsesiva y tendenciosa que la televisión, la prensa y la radio

mexicanas se encargaron de imprimirle al ajusticiamiento comunitario realizado en el estado de Veracruz.

Los niños lloraron poco; casi todos por morbo, por parálisis, por incertidumbre o apenas de reojo, miraron atentos el mensaje que emitieron los tres incendios provocados por el alma colectiva, que fatalmente padeció el cuerpo del difunto.

Fuenteovejuna, todos a una...

Después de un grotesco y vergonzoso vía crucis, para los verdugos y para el victimado, no había dudas morales en la reunión satánica que se llevaba a cabo a nombre de todos; ésos que se autonombran todos, ante la mirada complaciente de los otros que se llaman míticamente los demás. Precisamente, es la suma inconcebible de las partes lo que desborda en lo más íntimo los resortes de la plebe, de la turba que expropia la moral que la gobierna, para gobernarse con base real en un asesinato cometido en común. Lo siniestro se escenifica, como una dimensión intrincada en la normatividad, al estampar las miles de manos del Leviatán su firma en un papel, el cual energéticamente se imanta, convirtiéndose en acta de legitimidad en el recuerdo y en la memoria comunitaria, como una gran marca que se superpone a las instituciones oficiales; por lo que el anómico no se entrega a la PJE.

Los acontecimientos que se transmitieron en directo y a todo color, perturbando las conciencias televisivas, liberaron los tiempos de las orgías de sangre, latentes, condensados, replegados y despegados en los vínculos que dan origen a la relación con los otros. Tiempos desatados en torno a la salvación del alma colectiva. La instauración de una época pasada, por confluencia e interferencia de recuerdos y activaciones míticas en la imaginación social, es *leitmotiv* recuperado de la tradición pero que en la época contemporánea desconoce la historia de la simbolización del mal y con esa ley se impone.

Así, cuando las comunidades logran recrear los tribunales de la Santa Inquisición que tiranizan los impulsos más caóticos de las hordas humanas, éstas se experimentan y se piensan abandonadas a la incertidumbre de su destino. Y para dialogar con Marshall Berman, diré: todo lo sólido se disuelve en la caída libre de las instituciones, que mantenían la ética del entorno.

Lo anterior, en plena recta final del siglo XX, sigue planteándonos un fuerte reto en la complejidad de las sociedades modernas, ante el retorno al mito original judeo-cristiano del sacrificio humano, en aras de la purificación que conduce al nivel de lo sagrado.

¿El Estado inconsciente es una metáfora del pensamiento adventista, que presagia el fin del mundo en la política, en el amor, en la ética?

Es decir, ¿el Estado que está por venir, es una metáfora de la historia individual, entre el rictus del rostro y el valor de uso y/o de cambio del sexo?

hibridación y sagacidad como resistencia

A mi parecer, en toda fundación de sentido hay un fenómeno de hibridación cultural que señala –si es que todavía existe algo en nuestro mundo con valor universal que siga interpretando lo local– el mestizaje de las civilizaciones contemporáneas, pero no en un proceso de acomodación y adaptación al modelo de dominación colonial, sino con la virulencia de la resistencia ante el dominador, haciendo convivir en la misma realidad dos nociones del mundo totalmente antagónicas entre sí. En esta paradoja de violencia, estética y contrasentidos, no hay fusión; hay tolerancia ante la frustración como estrategia y sagacidad para la resistencia activa.

La hibridación del ritual azteca subyace bajo las huellas y fragmentos de significación del acto de poder-terror que caracteriza al déspota, cuando se trasluce en el símbolo social, mítico y religioso que representa la sangre, la denigración del valor social del cuerpo, su desmantelamiento como recinto

sagrado, en préstamo, para darle cabida al alma, o para ofrecer, en el frenetismo que pierde al poseso, su cuerpo destazado como tributo a Dios, suavizando la vivencia de muerte a la vista de todos, con una dosis de saña y de moraleja, que por su hiperrealización llega como mensaje inobjetable a toda la masa de testigos, mirones, *voyeuristas* y sádicos que fueron presas del magnetismo que confiere al individuo el anonimato de la muchedumbre, cuando con su observación complaciente ante el festín, se potencia y se anula.

en la escuela...

En la escuela los maestros prefirieron continuar con las actividades, para que los niños no se impactaran con el aquelarre que escenificaban sus abuelos, padres, tíos y hermanos allá afuera. El director dio una clase de civismo a los niños de sexto año, en sustitución de la maestra Conchita que no fue, olvidando la plática de sexualidad que había prometido.

> A ver niños, pongan atención en el pizarrón y las manos sobre sus pupitres...Guarden silencio y quiero la vista fija al frente.

Afuera, la cátedra que brinda la comunidad al sentido de la convivencia humana, va en aumento de intensidad y violencia viva. El acusado ya para entonces parece el espectro de sí mismo. La turba sin rostro lo ata a un árbol, le rocía gasolina y le prende fuego en tres ocasiones. Afortunadamente para el televidente, sólo se pasa *al aire* una sola vez la escena –si es que lo anterior conserva algún grado de fortuna–, aunque la televisión comercial y privada se encargan de hacer escarnio del morbo obsesivo, al pasar la imagen de un grito original en el centro de gravitación donde históricamente hubo un pacto con el otro. Grito de muerte despellejada por las llamas del fuego que simboliza la depuración del mal, ante la ausencia de códigos éticos que lo exorcicen en beneficio de los demás.

Todo lo que puede no ser ya una imagen por su hiperrealismo, se transmite alarmistamente y de forma religiosa, a todas horas y en múltiples canales de televisión.

El poder mirar, en la pantalla del televisor, las escenas *en vivo* de un linchamiento, en horario comercial del tipo tres estrellas, en cadena nacional y desde la ¿comodidad? del hogar, rebasa con mucho el discurso y la moralidad de los locutores noticiosos, así como de los artículos y notas periodísticas que intentan plantear una explicación grotesca para invalidar lo que todos ven: la realidad incontrolable y caótica en la que se encuentran las instituciones sociales del país, las cuales son puestas en cuestión violentamente por la revuelta comunitaria contra la autoridad institucional.

En la escuela del pueblo el aire se enrarece y los gritos se avivan en el cauce de un rumor que presagia la muerte. En el ambiente cualquier objeto puede quedar suspendido. La realidad escolar intenta defensiva y ofensivamente denegar la clase de civismo nacional, que recorre las calles empedradas de la conciencia del pueblo enajenado por la venganza.

la plaza pública como visibilidad de todos

En la plaza, la constatación de la experiencia entra por los propios ojos. Los adultos, ante la contundencia de las evidencias, no tienen nada que decirles a los niños sobre lo que ellos mismos están mirando. Las imágenes del acontecimiento se obtienen como un producto de la subjetividad colectiva, que determina que todo lo que es real, antes tuvo que ser imaginado. En la escuela, la historia de lo sucedido, tal vez tendrá el mismo efecto de terror pedagógico, pero las escenas que les sean trasmitidas, de forma verbal y visual a los alumnos, estarán ya mitificadas y significadas por un relato imaginario.

¿Cuál mensaje es más determinante en la formación del psiquismo infantil? ¿La desencadenación del ethos como corroboración de un orden social y divino del orden absoluto? ¿La demagogia de la Secretaría de Educación Pública y sus

conceptos de civismo? ¿O la irrupción de la correspondencia de ambos sentidos en la confusión de la horda envilecida?

horda, identidad, tradición...

Las comunidades agrarias, rurales o marginales, como desechos humanos y urbanos de las grandes ciudades en México, nos revelan en la actualidad diversos problemas que se encuentran arraigados en los imaginarios sociales más tradicionales, y que se remontan, en su significación, a las creencias que avalan los usos y costumbres que la cotidianidad del llamado pueblo mexicano produce como imágenes religiosas, políticas, de represión, de violencia y de corrupción. Tal maquinaria discursiva e iconográfica, tristemente dota a la colectividad de lo que peyorativamente se denomina identidad nacional. Temporalidad de los procesos de significación de la memoria colectiva que se remonta al antes, durante y después de la llegada de los españoles.

No obstante, estos sistemas y modelos de subjetividad no pierden su efectividad en la mentalidad de los mexicanos contemporáneos, ya que a pesar de su larga y densa antigüedad ciertas costumbres y ritualísticas comunitarias nos siguen sorprendiendo por la forma en que han socavado, con sus acciones decadentes, la mínima confianza, que los habitantes de una comunidad rural o semiurbana mantienen en las autoridades políticas, en la aplicación de la ley y en la necesidad de volver equitativa la distribución de la justicia. Las comunidades toman el lugar de analizadores de la ciudad y de la ingobernabilidad que caracteriza a nuestra colectividad.

Hoy, las personas que trabajan en la necesidad de ahondar en la inteligibilidad del vacío nacional se encuentran fuertemente amenazadas por los discursos oficiales que pretenden cínicamente denegar la realidad de millones de seres humanos mediante declaraciones que intentan psicotizar[5] al gran

[5] La relación que mantienen íntimamente la estructuración del psiquismo con el orden social imperante, la establece Gerard Mendel en *Descolonización del niño*, México, ERA.

público cautivo de los medios de difusión masiva. Lo que vimos, no lo vimos; lo que pensamos no existe; lo que la gente siente no es correcto, y se necesita creer y tener confianza en los grupos políticos que están en pugna por el poder.

correspondencias y desencuentros

Instituciones de encierro, comunidad y realidad social, al parecer mantienen una rizomática de vasos comunicantes con respecto a las miles de relaciones que se establecen entre instituciones de encierro y ciudadanos, entre normalidad y paz social, entre crisis institucional y pérdida de autoridad, entre descomposición y rebelión.

El desfondamiento de las prisiones en relación con el concepto de readaptación ha quedado sin sentido, y más bien parece un chiste de humor negro.

Dos vectores de ajusticiamientos, seis en cinco días, la estancia previa en la cárcel de los ajusticiados y el atentado a la noción de propiedad; la pedagogía escolar, la clase de civismo y el comportamiento moral; la vivencia de los niños sobre el acontecimiento de ajusticiamiento; temporalidad del hecho cronológico: 24 horas; temporalidad pedagógica: los próximos años de la existencia de los observadores precoces; tiempo tradicional: más de cinco siglos; tiempo virtual: apenas los instantes en que se trasmite la imagen a todo el territorio nacional. ¿Qué hay detrás de todo esto?

Para los niños que presenciaron directamente el ajusticiamiento y fueron sujetos del imaginario colectivo del ojo por ojo, ¿cuál es la moraleja de esta pedagogía del terror?, ¿cuál es la lección? ¿Qué tipo de ciudadano se forma desde esa conciencia de ser sujeto de sospecha colectiva y ser presa del mismo fin presenciado, no por televisión en forma de caricatura grotesca, sino por la proyección del Fuenteovejuna, en el socius de la comunidad que le da sentido a la formación y transmisión de modelos y valores a la infancia?

¿Cuándo se detiene la capacidad de simbolización de una comunidad entera, tomada por el vértigo del enfrentamiento crudo, ante el puro símbolo? ¿Cómo se impacta la subjetividad con estas moralejas que pesan como losas en la conciencia de una comunidad entera?

capítulo IV

La sociedad del señor feudal y la violentación de los derechos de los niños

entrada

> ...el modo de producción asiático [...] implicaba la aparición de un modelo social de expropiación del poder colectivo en aras de un poder centralizado cuya forma humana dominante –el déspota o padre de todas las comunidades a él sometidas– asumía el papel de único propietario. Una parte del todo colectivo humano, un hombre, asume en su propia corporeidad individual la representación del todo o, más bien, es el todo mismo el que emerge soberano en él.[1]

Este capítulo viene trasladando varias cuestiones sobre la manera en que se produce, crea, construye o inventa la realidad social.[2] Entre las que podemos visualizar, se encuentran preguntas y nudos problemáticos como los siguientes:

> *a)* El umbral del siglo XX, es una máquina histórica en donde convergen, divergen, se concentran y fugan una gran multiplicidad de tiempos y ritmos, en los que transitan los acontecimientos desde la noción de realidad que se plantea como normal. El tiempo, los ritmos, las contradanzas y sus silencios, su cadencia y medición, son elementos sonoros que provocan la invención de imágenes, y la realidad social es una caótica de discursos encontrados y tejidos en las urdimbres de lo complejo. ¿Se puede hacer inteligible la complejidad de la realidad contemporánea, en la que en millones de familias de todos los lugares de la geografía mundial –no importa la clase social, la comunidad lingüística, ni la procedencia religiosa, ideológica o política–, los

[1] L. Rozitchner, *Freud y el problema del poder*, México, Folios, 1982.

[2] P. Berger, *La construcción social de la realidad*, Amorrortu. Una de las muchas cuestiones que sigue inquietando el pensamiento del hombre contemporáneo, es la que le plantea la realidad social y las formas de representación individual que el sujeto inventa, como plantea Castoriadis, a partir de un nada de representación.

Proto-edipos o Pater-déspotas siguen iniciando sexualmente a sus mujeres, sin importar que sean hijas, sobrinas, primas, hermanas o niñas?

¿Este acto de poder mítico en la fundación social, sigue siendo efectivo como ejercicio pleno de las facultades que se atribuían al señor feudal en los siglos IX, X u XI de la era cristiana, en el umbral del delirio tecnológico de punta?

b) Otro tiempo, más voraz y vertiginoso por la velocidad que lo caracteriza, por las espirales insospechadas que describe, está perturbando la cosmovisión del mundo que está por venir, en los proyectos de las sociedades despóticas descritas más arriba.

Me refiero a una dimensión de la realidad actual, que está fuertemente impactada por las tecnologías de punta, como son las telecomunicaciones y su penetración y alcance incuantificable en las esferas privadas y públicas; la red de Internet y la transportación del mundo de la informática a nivel espacial y planetario; la realidad virtual y la ingeniería genética que ha ido aún más lejos de lo imaginado el genoma humano.

¿Cómo imaginar tal complejidad, para poder pensar la realidad desde la diversidad de las dinámicas, velocidades y puntos de reposo, en una incesante interferencia que vuelve caótica y turbulenta cualquier teoría sobre el equilibrio y la conservación de la estabilidad?

c) Otro momento, al mismo tiempo presente en la noción colectiva que sostiene lo real, es la lucha que actualmente se manifiesta en muchos países del mundo por parte de comunidades, organizaciones y grupos, como forma de resistencia del yo-otro ante lo nacional, ante la amenaza continua de perder la autonomía y la libertad que los seres humanos adquieren por derecho de nacimiento. Es, por así decirlo, un sistema de repliegues retráctiles y defensivos, por la ambivalencia, incertidumbre y desconfianza que conforman la estrategia de las tecnologías del yo, ante lo que está

por venir como sociedad adecuada a sus formas de gobierno.

El proyecto del pronóstico, como ciencia y tecnología de la dominación, se hace visible en el horizonte de las hegemonías políticas, pero se enfrenta a las fuerzas impensadas de la interferencia colectiva.

El magma de la creación, en todo momento, se muestra incontenible como fenómeno de contracultura, como estética y ética que subvierten el orden normatizado. Así, los catalizadores que animan la resistencia local, se pueden leer en los idearios filosóficos–utópicos que animan a las minorías sexuales, raciales, religiosas, políticas, delincuenciales, mentales, artísticas, manicomiales, indígenas, urbanas, étnicas, marginales y contraculturales y han ser reconocidos por la oficialidad para la expropiación subjetiva, que en el campo de lo real necesitan concretar, para hacerse presentes en el universo de la legitimidad de existir como grupo anómico. Por la democracia de las minorías.

la autonomía, el entrometido y la subjetividad...

Son diversas las nociones de autonomía, los caminos, senderos, brechas, túneles, pasadizos y cuevas subterráneas que las comunidades toman resistencialmente para no ceder y para resignificar el ser, con respecto a las culturas de imposición que engendran el margen.

Pero tal vez lo que sí muestran las anomias culturales, como modelo universal, como equivalencia o como estatuto de comparación con otros mundos culturales, es la inconformidad, la protesta, el accidente, el azar y lo inesperado, como sistema de significaciones imaginarias que preparan y proyectan una noción comunitaria de futuro y bienestar; sistema esperanzador que necesita del monto de realidad cotidiana como promesa de mañana, ante la contundencia de la muerte que fija muy claramente el límite de la vida terrenal.

Así como su equivalente de negatividad, el tallo central que posibilita la tiranía, como condición de presente, como ausencia de pasado, como sistema de significaciones imaginarias que resisten ante la imposibilidad.

En suma, como ciclos rituales, neuróticos, viciosos y retardatarios, que determinan los núcleos monolíticos del autoritarismo feudal; mismos que, a su vez, conservan celosamente, como un mito legendario, amenazadoramente mortal e inconfesable, el mecanismo que fragua la dominación del déspota, por la autorización individual y la concesión comunitaria que efectiviza su poder como Proto-Edipo o Pater-Familias.

La pendiente fatal de la historia que descubre Foucault, nos permite indagar sobre las roturas, la confusión, los desgarres, las inversiones de sentido o las huellas y fragmentos que despide el avance histórico del lenguaje, ante los abismos de lo grotesco que la dominación del déspota viabiliza.

La narrativa social inventa la ficción que funda toda realidad concreta, objetiva, tranquilizante por su asignación racional que le atribuye un espacio; espacio, tiempo, diseño de objetos y arquitectura que esconde, silencia o disfraza, ante la violencia desencadenada por el sistema educativo basado en la imposición del mensaje bañado por el terror, la negatividad de la dialéctica que dinamiza la resistencia: en un intento de neutralizar la simbolización colectiva, cuando la censura al evitarla la potencializa como subjetividad que inventa lo real.

En la paradoja, la resistencia colectiva conforma un universal, moral, mítico y al parecer consustancial a la historia del desarrollo de las sociedades: la acción reguladora y punitiva de la moraleja, que se impone, no importando la diferencia étnica, como crudeza de la hiperrealidad del acto poder que normaliza la realidad.

La velocidad, densidad, textura y virulencia de la experiencia inmediata que percibimos como marca del absoluto, como inevitables que lógicamente deshilvana el mito del eterno retorno, la descarga del múltiple ante el uno, es una máquina delirante que se desata, implosiona y se disuelve; pero

que aliena en la incertidumbre, clima, tensiones, censuras y coerciones que efectivizan la estrategia de institucionalización, como un soporte del psiquismo y su conservación normal. Es posible que tal imantación de lo vivido, con respecto a la potencialidad de la imagen que lo sublima, condensa, desplaza y proyecta –todo al mismo tiempo y con una rapidez vertiginosa–, germine el campo de aparición del sentido de lo virtual, por su caricaturización y descualificación, en una estética de lo grotesco.

Como clivaje de las conciencias individuales, como discurso pedagógico del poder del Estado, lo virtual disloca las redes de significación de lo real en los sujetos, en la recreación cotidiana del doble que nos suplanta en los momentos que son eternos y trágicamente instantáneos, por su intensidad y espesor histórico, y confunden lo propio con lo extraño.

el prójimo como vaciamiento del sí-mismo

El prójimo es un extranjero que itinera en los interiores arquitectónicos que traspasan mis fronteras. Ese desconocido se manifiesta en mis espacios abiertos, toma mis callejones empedrados y los convierte, sin mi consentimiento, en plazas públicas; es al que, entre dobleces, arrugas y manchas de tinta, siempre me encargaba de esconder hasta que apareció. Yo soy mi vecino que se hospeda en los refugios, hoyos y cavernas del terreno escarpado de secretos de mí mismo, y que fatal e indescifrablemente yo mismo desconozco de los demás.

El vaciamiento del objeto y la potencialización de la imagen provocan la virtualización de lo real, de lo sentido, de lo visto, de lo pensado, de lo imaginado, de lo olvidado y recordado ante el forastero.

Virtualización, entrecruzamientos y accidentes, que funden la densidad que todo cuerpo, entidad o símbolo entrañan en un registro visual, en una forma de mirar, en una forma de sorprenderse y disolverse como entidad física, en una siniestra rampa hacia la evanescencia. Sensación que tiene sen-

tido hasta el extremo de discontinuar y suplantar la participación directa del hombre en su entorno, por una simulación de imágenes virtuales que instalan un estatuto de estar y no estar, de ambientes artificiales de compromiso individual con una causa, léase con una operación a control remoto de un *game*, que compromete y banaliza la acción.

Ese otro imaginario de nosotros mismos permite interrogar al entrometido al volver turbulenta la percepción del sí mismo, que se refleja en los espejos, en los reflejos, en las miles de imágenes que se pierden inmediatamente entre los bordes imaginarios del infinito, y que concreta y objetivamente nos dan noción de lo real.

Los intrincados laberintos de espejos, los diálogos perdidos en la melancolía del individuo y los intersticios secretos que atesoramos como únicos, anárquicos e ingobernables, se atisban en las miradas arrugadas del autoritarismo que se afila en el ojo panóptico.

Son rituales, campos de significación de la cotidianidad, que hacen visible la norma del contrato establecido en común. El hábitat, su diseño, la ocupación del espacio por los objetos, la espiral de violencia y su moraleja, son muros de encierro de los horizontes abiertos de la vida psíquica, que se anudan entre pliegues, despliegues y repliegues, atrincherando en una acción colectiva la intimidad del sujeto, que se creía gobernado exclusivamente por el desconocimiento incómodo de su inconsciente y se enfrenta al *ethos* de la cultura.

Empero, el ser humano no puede seguir evitando el punto de apoyo subjetivo y real, que es centro de gravitación y caja de resonancia de lo general y ocupa la díada amorosa como analizador regio del impacto desconcertante del quiebre del imaginario social radical en la necesidad de comunicación dialógica que imagina, inventa y crea en el diálogo, en el encuentro, en la guerra simbólica que determina todo vínculo, cuerpo a cuerpo, la imposibilidad de intercambio subjetivo de lo propio.

La imposibilidad de dialogar corresponde a la inversión de lo social en un campo de desvinculación donde lo virtual,

como simulación de los objetos, es lo que toma el espacio del volumen, del tacto, del frente a frente, inaugurando maquiavélicamente la comunicación a la deriva con un mensaje que navega en el universo cifrado de la cibernética; que posiblemente no ejerza un sentido contundente sobre el campo normativo de sentido; que enraiza el mundo simbólico y tradicional y que conserva un modelo de representación individual, monolítico, dogmático, secular y por tanto invariante, en la fundación original y mítica del psiquismo.

En el ámbito del análisis de lo colectivo, la vertiente del imaginario histórico-social destina los equilibrios, usos e impunidad del poder, para limpiar el terreno de obstrucciones que opaquen la nitidez con la que se puede mostrar como vertical, autoritario y cruel, para que nada se interponga ante la visibilidad y transparencia de los mundos individuales que se resisten en el anonimato de la masa, en una huida estratégica hacia la oscuridad que brinda lo clandestino. No importa, para este engranaje maquínico, la clandestinidad de su depredación pronosticada por el estado inconsciente.

Tal vez lo anterior sea una especie de estética de la crueldad, que caracteriza a toda sociedad que se enrola en el tiempo civilizatorio, un lapsus en el imaginario de la impunidad del poder que marca irremediablemente límites concretos para la conciencia considerada por la razón especializada como salvaje, primitiva, inocente y precoz ante las diferencias de modos de producción que se inscriben en la historia. La devastación de la interpretación racional, abarca desde las etnias que sobreviven a la edad de la piedra, en pleno siglo XX, hasta las conductas de los niños de preescolar, en sus juegos a la hora del recreo.

el gran *lapsus* en los derechos de los niños

El lugar, la indiferencia y el maltrato del que son objeto los niños de todas las clases sociales de nuestro país, es un fenómeno que ejemplifica los vínculos entre lo local y lo universal, y que mantiene lazos insospechados de correspondencia

con el proceso civilizatorio de fin de siglo y su punta de lanza, el modelo de globalización, que arrastra entre los sedimentos de su filosofía el exterminio de las minorías que se siguen resistiendo a la imposición que este proyecto implica: la desaparición del margen, pero no por inclusión, sino como ocultamiento.

El avance de las tendencias desarrollistas del nuevo orden mundial y los límites compensatorios que un orden cultural confiere por contagio a los descarriados que el mismo modelo produce, constituye la otra cara de la legitimidad ante la orfandad de los niños abandonados a su suerte, no importa si custodiados por las costumbres de la familia, o si determinados por el universo abierto de la calle.

La infancia como estadio de conciencia y etapa del desarrollo del sujeto constituido como integral, se valora socialmente como inmadura, carente de algo que tendrá que adquirir para obtener un código constitucional de derechos y obligaciones como individuo independiente. La infancia es territorio de todos, menos de los sujetos que la detentan.

El proyecto en negativo de la etapa social de la infancia, es no ceder al mundo simbólico, coercitivo y disciplinario del adulto, como resistencia inconsciente e imaginaria y como signo de la lucha que le encarga al niño en particular la sobrevivencia de la especie, en la compleja red de la dialéctica que le asigna Edgar Morin a la frase de Goytisolo; vivir de muerte, morir de vida; como *poiêsis* de la naturaleza, que lúdicamente inventa al niño.

Como cerco biológico, el imaginario infantil actúa como fantasía de la conciencia en formación, ante la distensión del centro y la permanente amenaza de volver lisos los pliegues más íntimos, más privados y aparentemente silenciados a secretos, ya que se corre el riesgo de ir más allá, de caer en los territorios de significación imaginaria contra el poder del Estado, sin reparar en el centro de significación que germina en la familia despótica, donde el poder adquiere sentido.

los límites de la democracia infantil...

Desde esta argumentación, un fenómeno que no podemos seguir soslayando en el discurso que sostiene la democracia para todos, es el que viven miles de niñas y niños de todas las edades, quienes son permanentemente acosados y violentados sexualmente por los miembros de su misma familia consanguínea o ampliada. El padre, el padrastro, el hermano mayor o el tío son, de manera frecuente, los agresores sexuales que encubre la familia –en ciertos casos son las mismas mujeres (las madres) de los niños(as) violados o acosados–, en el uso de la sexualidad despótica.

Asomarse a este fenómeno de abuso y victimización de los niños que la sociedad adulta lleva a cabo, nos abre y esconde diversas mitologías, prejuicios y aristas que se siguen viviendo en los núcleos familiares como libretos oscurantistas, pertenecientes a los mundos más siniestros, inconfesables y vergonzosos de sus novelas íntimas. Ya que, tal y como lo define la versión de Marx y Engels, al poseer a los hijos como mercancías, al conferirles un estatuto de objetos de propiedad, mano de obra y mercancía de intercambio, son y han sido símbolos de la riqueza con la que cuenta la familia patriarcal en el mundo comercial del adulto.

...algunos datos que delinean el campo de la dominación despótica

El trabajo que enfrentan los psicólogos clínicos en las instituciones asistenciales y privadas no está exento de problemas y trabas de todo tipo para su realización. En lo que se refiere a los propósitos de este escrito, los obstáculos se localizan en el mapa de la sociedad y sus conjuntos, en el nudo que sigue transfiriendo y dando sentido a la horda familiar. Como un mito de las mentalidades tradicionales que se proyecta en el horizonte de la cultura; como un parricidio, crimen cometido en común por los hermanos, que se desliza inmediatamente después de la muerte del déspota, como un dispositivo

histórico de retorno al origen y de máxima confusión e indiferencia del intercambio entre huérfanos.

Dimensión del imaginario mítico que prevalece hasta nuestros días, como movimiento dislocado de los tiempos que concurren en el acontecimiento social que determina la fundación psíquica de los sujetos, en el centro del vínculo yo-otro. Dimensión mítica que, al reactualizarse, da sentido y una dirección determinada a la manera de pensar, sentir y actuar de los integrantes de una familia, de una pareja, de una organización, de una comunidad, de un grupo o de un individuo en soledad, en el presente, con toda su complejidad mágica y real.

En el horizonte de visibilidad de lo social, lo mítico remite a los resortes libidinales de violencia institucionalizada, que se manifiestan como posibilidades imaginarias de presente para el sujeto colectivo. Pero también como imposibilidad de aprehensión del magma que crea el campo de posibilidad para inventar todo lo nuevo, y que modifica el socius del inconsciente.

En este caso, la sociedad despótica, como imaginario que conforma la mentalidad colectiva y en la red de sentido dominante, mantiene vigente el principio de la propiedad que le asiste al señor feudal (amo-déspota-tirano), que lo seculariza como depositario de la representación teológico-política, que simboliza las grandes extensiones de la tierra que habitaba una comunidad, sus animales, casas, árboles, ríos, manantiales, montañas, mujeres, hombres y niños: la figura del Uno que describe Étienne de la Boétie. De tal forma que el derecho de pernada era equiparable al derecho de posesión del todo, por tanto de la vida y muerte de sus súbditos.

El Pater-familias es la función sacra, inexorable, dogmática y absoluta. Es campo de dominio simbólico, dispositivo de poder que se instala en los intercambios de la sexualidad, de la economía y del tributo al capital, marcados por la correspondencia humana y sus anomias como fetiches altamente valorados.

El dominio del déspota se establece en el alma del deseo del individuo, tiranizado por el capital y su territorialización como censura de la pasión anárquica; como plusvalía del orden ignorado, impensado e invisible, que se muestra monolítico, brutal y determinante para la subjetividad del individuo.

La iniciación sexual del padre a los hijos –hombres o mujeres–, es la del tiempo de alta densidad histórica que remite al tótem producido en la cosmovisión del pasado, como una máquina que la dotaba de una existencia individual en el mundo, centrada en la ley absoluta del tirano; la que encarna a los dioses que piden tributo de sangre, virginidad, purificación y muerte.

notas y reflexiones sobre un caso ¿ concreto...?

Aunque es inagotable la argumentación anterior para tratar de hacer inteligible la condición en la que se encuentra la infancia en las sociedades despóticas tradicionales, a continuación propongo algunas notas y reflexiones sobre el caso que nos ocupa. Se trata de un equipo de trabajo profesional y especializado en clínicas de tratamiento a niños con problemas de aprendizaje, conducta y lenguaje, formado por psicólogas que ofrecen sus servicios en una institución de asistencia pública en la ciudad de Cuernavaca, Morelos.[3]

[3] Es preciso, para el propósito del texto, establecer el campo de normatividad de sentido en que se lleva a cabo la asesoría académica e institucional, desde la maestría en psicología clínica de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). Dramatizada en una de las emergentes del equipo de terapeutas, por el momento de alta densidad histórica, caracterizado por el incremento desorbitado de homicidios, violaciones, robos bancarios, secuestros, asesinatos, ejercicios de impunidad y corrupción a todos los niveles por los que atraviesa actualmente el estado de Morelos, ocupando el índice más elevado de inseguridad y violencia de toda la república mexicana. Situación que trabaja en la mentalidad colectiva como retícula de interferencias que, entre otras muchas cosas, propician el descubrimiento de un dogma individual y de un monolito histórico que imponen sus límites a la imaginación social. En este momento de densidad histórica, de hiperrealización de la violencia simbólica, toda amenaza de muerte se vive como impotencia del sujeto ante la impunidad de la devastación.

La práctica consiste en la terapéutica de niños considerados especiales, como hiperquinéticos, con deficiencias en el aprendizaje o con problemas afectivos familiares; enviados, canalizados o destinados por sus maestros, por psico-pedagogos, por psicólogos o por los mismos familiares. Solicitud de ayuda especializada, emitida desde las diferentes partes implicadas en la demanda de corrección, que permite instaurar un dispositivo de ortopedia social en la enfermedad del núcleo familiar.

El equipo de psicólogas, además, comparte un espacio de formación académica en la maestría en psicología clínica de la UAEM.

Un factor determinante, por su peso y densidad de sentido en el campo de implicación del equipo de especialistas encargados de diagnosticar y tratar la anomalía del niño, es el proceso de formación en el terreno y las respuestas que genera en el cuestionamiento ético sobre el etiquetamiento psicológico. Esto disloca permanentemente la nomenclatura con la que deben ser etiquetados los pacientes al acompañar, escuchar, observar, cuidar y amar a los niños todos los días, muchos meses y en ocasiones algunos años; despierta una escucha muy interesante sobre la situación de maltratos familiares con los que son victimados en sus casas los niños con los que trabajan. El modelo teórico de estigmatización del niño especial, se disloca ante el simbolismo de la violencia familiar que lo produce como emergente del conflicto. Cabe mencionar que, algunas de las terapeutas, están casadas y tienen hijos.

El equipo se encuentra también fuertemente interferido por la necesidad de formación académica y el interés que demuestran por pensar y dar respuesta a la situación de los niños con los que conviven. En el análisis de la implicación con la que se involucran en los entramados complejos de los niños que atienden, ha sido determinante la manera de actuar bajo una propuesta ética de intervención clínica que ayude a los niños –aunque sea con un granito de arena–, a salir del trauma de la violencia familiar con la que son educados por

sus propios padres. En este punto, ante la impunidad de lo social, la sobreimplicación parece ser la única forma de no perderse en la indiferencia profesional.

la reunión en el seminario-taller de investigación en la maestría en psicología clínica

El grupo, formado por 12 estudiantes mujeres, terapeutas, maestras de educación especial y educadoras, trabaja sobre un ejercicio de observación que les pido como una tarea no obligatoria. Una compañera relata una de las observaciones que hace con los niños de su trabajo, cuando les presta un juego de dominó. Va narrando los intercambios, el lenguaje, deslizamientos y formas de participación de los pequeños actores, en su manera de visualizar e imaginar el juego y en el juego.

Las disputas, los pequeños desacuerdos y las diversas maneras de proceder de los niños involucrados en el juego, la llevan a plantear al final una moraleja sobre cómo se podría bautizar el rol asumido por los pequeños participantes.

Durante el relato de observación la compañera toca, muy de pasada, casi como un referente que se pretende marginal, el caso de una niña que fue violada por el padrastro. Sin detenerse en este dato continúa la descripción de lo que había observado, ante lo cual le pido que me cuente qué pasó con la niña violada que aparece de manera lateral en su trabajo. Entre varias alumnas me cuentan lo que ha sucedido en la práctica profesional que llevan a cabo: la constante confirmación del ultraje físico y simbólico al que los niños son sometidos por sus propios parientes, y la complicidad de la red familiar para sumergir la violentación en el silencio, para no denunciarla, para mantener esta pedagogía-terror con todos sus dispositivos de educación sentimental que gobiernan la intimidad del niño con virulencia y brutalidad pero en secreto.

Después del relato de la biografía de dos niñas cuya historia está fuertemente marcada por el abuso sexual, el tercer caso no dejaba de ser igual de espeluznante, pero con la dife-

rencia de que la compañera que narraba, por su participación activa en la denuncia de este hecho, estaba amenazada de muerte por la misma madre de la niña, quien junto con su hermano mayor fue detenida por este delito.

La niña envuelta en este pandemónium, durante su estancia en la institución –donde se le daba terapia de lenguaje porque no podía pronunciar bien los dos últimos fonemas de los nombres de sus padres– se acerca con confianza y cariño a su terapeuta, quien a su vez corresponde de la misma manera. Es una niña humilde, que permanentemente quiere comer y pide dinero con ese fin; ante lo cual las terapeutas se cooperan para comprar y darle comida. El día del descubrimiento del maltrato, la niña opta por guardar la comida, cambiando su actitud cotidiana de devorarla inmediatamente, ya que cuando come –explica–, luego le dan ganas de ir al baño, lo cual trata de evitar porque sangra y le provoca dolor.

Las terapeutas insisten en que coma; ella accede y poco rato después quiere ir al baño, adonde la acompañan y comprueban que efectivamente sangra.

La sospecha de que la niña ha sido y está siendo violentada sexualmente crece ante la afirmación hecha por ella misma de que su tío, hermano mayor de su mamá, le ayuda a hacer la tarea, le pide que se siente en sus piernas y le hace... y le pide que ella con sus manitas le haga...(*sic*). Ante esto, las compañeras terapeutas deciden que un ginecólogo revise a la niña, pero dada la situación éste no quiere comprometerse con un diagnóstico; entonces se remiten a una ginecóloga, quien accede, ausculta a la niña y les da un diagnóstico firmado que incrimina al tío, directamente, de violación.

Las terapeutas contratan a un abogado y el violador termina en la cárcel después de un careo frente a frente con la niña, la que termina por decir que era su mamá quien la mandaba con el tío, sin escuchar sus protestas.

La madre cae tras las rejas, pero acusa a una de las terapeutas de ser la responsable directa de que ella y su hermano estén en prisión, amenazándola de muerte. Tales acontecimientos se llevaron a cabo en la ciudad de Cuernavaca,

Morelos, estado del país con uno de los más altos índices de violencia, secuestros, asaltos bancarios, muertes inexplicables, vandalismo, narcotráfico y corrupción.

En el párrafo anterior tuve que hacer uso del diccionario que da paso a lo deslumbrante de la nota roja en nuestros medios sociales. Pero no con el afán amarillista de la exacerbación, sino con la intención de dibujar el campo de significación social y la espiral de violencia, en donde se emite una amenaza de muerte ante el atrevimiento de develar lo innombrable, en el repliegue más íntimo de la conformación de la conciencia cívica del ciudadano que, nacido en este siglo, al votar en las próximas elecciones del año 2000, pasará a ser un ciudadano «nacido el siglo pasado», en el ejercicio pleno de su mayoría de edad.

Miles de preguntas inquietan, perturban y estremecen cuando los niños que hoy están siendo educados de esta manera, tendrán sobre su destino que inventar el mundo del mañana.

la complicidad despótica del director

El conflicto aborda y analiza con su virulencia a todas las instituciones implicadas en la emergencia de la situación. Las compañeras hablan con el director de la institución en la que se desempeñan como especialistas contratadas para dar terapia a los niños, establecimiento en el cual han atendido a la niña del caso que aquí se expone.

El director, ante el conflicto, les niega el apoyo y la defensa institucional de sus derechos como trabajadoras a tener seguridad personal en la profesión que realizan, y les solicita que no lo lleven más lejos: les pide evasión, olvido, indiferencia ante la impunidad.

¿Qué relación guarda la actitud del director con la ética del tratamiento y de la intervención terapéutica hacia los niños, desde el punto de vista institucional?

la posición profesional de las terapeutas

¿Hasta dónde llega el límite de la intervención pedagógica y terapéutica?

La ética del profesional de la salud mental, es una problemática fundamental en el terreno del trabajo psicológico. La condición moral, religiosa, cultural, política, sexual, de clase social, etcétera, del sujeto que estudia este campo del conocimiento humano se encuentra fuertemente implicada en la toma de postura, en la colocación y en lo que se interpreta frente a los acontecimientos de la realidad. Son elementos que organizan la subjetividad y pautan significativamente el proceder del especialista, con respecto a cómo lee el mandato social del que es objeto. Pero sobre todo, es la relación de fidelidad que mantiene el profesional del fenómeno *psi*, con respecto al método de interpretación (escuela psicológica o corriente de pensamiento) que legitima su conocimiento sobre la situación que le toca vivir.

De la manera como interpreta el trabajador de la salud mental la demanda de atención, sus encargos sociales, variedades y compromisos, podemos vislumbrar la neutralidad, el manejo de la distancia óptima o el involucramiento y distanciamiento que pide el análisis de la implicación en la situación en la que interviene.

Algunos de nosotros, como profesores, tratamos por diversos medios de aprender a pensar, con nuestros interlocutores, los diferentes elementos que esbozan la lectura del campo de implicación, la cual continuamente atraviesa la práctica y la reflexión sobre los asuntos que nos competen.

Planteamos la diferencia semántica –política y de uso– entre términos como implicación y transferencia, con la idea de que ambas nociones proceden del campo de intervención terapéutico con niños, y, además proponen dos lecturas complementarias y diferentes, constituyendo así, para la inteligibilidad del acontecimiento, una paradoja procedente del campo de la política, en tanto actuación en el mundo respecto a situaciones críticas que piden una actitud política del in-

vestigador ante las respuestas que el terreno le devuelve, tal vez, con más virulencia que la acción misma que genera la presencia del observador en el terreno, lo que constituye de inicio una intervención.

La respuesta del terreno y de los individuos que lo habitan, genera la disyuntiva entre entrar a fondo en la indagación y develación de la impunidad institucional y familiar –que por definición marca el trauma psicológico–, o distanciarse, para definir la calidad y clasificación del fenómeno patológico del sujeto, con la no involucración en la situación que lo afecta.

El deslizamiento del terreno de los hechos –que marcan la complejidad de lo social en el psiquismo– al terreno del análisis psicológico, la interpretación, el diagnóstico y el tratamiento terapéutico, en abstracción del imaginario que le da origen, es ortopedia y corrección que se encubren como institucionalizadas y legítimas.

la convivencia de diversos cronotopos

Las reflexiones finales llevan a considerar la calidad, textura, peso específico y densidad de la diversidad de tiempos que se concatenan en el hecho anterior y, en general, en la configuración de la realidad social.

La temporalidad histórica de los siglos XI y XII, que funda el psiquismo del súbdito feudal en la delegación simbólica que la colectividad hace en la figura del déspota, como lo es el derecho de pernada, mantiene una fuerza y dinámica actual, en íntima convivencia con el tiempo de la velocidad y aceleración de las tecnologías de punta de finales del siglo XX. Confluencia, entramados y arrastres de los sedimentos del pasado, que generan en el ciudadano contemporáneo una especie de sacudimiento ontológico ante la contundencia del mito y la ficción del presente.

Al parecer, los derechos de los niños que se interesan por la defensa de su intimidad, todavía se encuentran ante un largo, oscuro y secreto camino por recorrer. Una de las piedras

angulares de la sociedad despótica, de la dominación de las mujeres y del uso y abuso de los niños, se encuentra precisamente en el derecho imaginario y perverso que todavía se atribuye el padre con respecto a la vida de sus hijos. Este fenómeno es un proceso de sometimiento y violencia extrema, que sigue ahora depauperando la calidad afectiva y mental de miles de niños y niñas que son iniciados sexualmente de esta manera, con la complicidad de las mujeres.

Es posible que las relaciones sociales que se inventan y se reafirman, en la comunidad del ahora, estén sostenidas por el ritual monolítico que sigue sacrificando a los niños, como cultura de la violencia en pago por el alto costo del modelo civilizatorio del progreso moderno.

> Transacción y sometimiento donde el poderoso y sometedor se hace amar por el sometido, y lo encuentra como una condición deseada de su propia existencia.[4]

[4] L. Rozitchner,... *op.cit.*

capítulo V

El paradigma del homicida viaja en el metro

Quien entra aquí,
lo abandona
la esperanza.
DANTE, *La Divina Comedia*

De las múltiples cuestiones de fondo que nos plantea la pregunta guía de este texto –¿qué produce la violencia en la sociedad mexicana actual?–, no se puede seguir omitiendo para la lectura de los acontecimientos sociales marcados por la violencia, la percepción personal que empuja a los individuos a la experiencia del límite que conduce al abismo. Experiencia del sujeto desde lo más íntimo, que actualmente caracteriza al universo de desesperanza, en el que se encuentra inmerso nuestro país y, en este caso, la ciudad de México específicamente.[1]

El submundo de la intolerancia circula como discurso transgresor al de la realidad, que angustiosamente intentan sostener las maquinarias oxidadas del Estado. La alteración de la cotidianidad toma forma concreta en el aumento considerable de los delitos de sangre: masacres, asesinatos, multihomicidios. Esta retícula adquiere sentido en las tramas personales, que bosquejan las voluntades autónomas o enajenadas; homicidios o suicidios escenificados por sujetos que optan por quitarse la vida y no reparan en la ética del derecho a existir de los demás. Son novelas del orden de lo trágico, que inquietantemente abultan las estadísticas como casos

[1] Para Eliot Jacques, las instituciones sirven de soporte a las ansiedades psicóticas de los individuos, lo cual quiere decir que, para todos los sujetos, es muy importante sentirse soportados, identificados y pertenecientes a un todo organizado bajo una razón social; lo que permite la pregunta que indaga sobre el desbordamiento de las instituciones sociales y políticas ante el descubrimiento de los cimientos asentados en la corrupción de los vínculos oficiales. Es importante hacer notar la correspondencia que la ciudad de México mantiene con otras ciudades capitales densamente pobladas, y con sus periferias como el medio rural de Chiapas, Morelos, Guerrero y Oaxaca; como imaginario que baña de significado el modelo de violencia institucionalizada por el Estado.

aislados e individuales, pero que ganan espacios en las sociedades urbanas, alteradas por el delirio.

Los accidentes de la naturaleza (erupciones volcánicas, maremotos, terremotos, incendios, etc.), así como las fugas de energía nuclear, las guerras, las hambrunas y la extrema miseria, que han afectado sensiblemente el destino de las multitudes organizadas, han sido y son de consecuencias abyectas en la ecología del planeta y en el psiquismo del individuo.

El destino del deseo y su hábitat de realización, sin duda merecen un comentario aparte por la capacidad de destrucción que han adquirido las máquinas de represión masiva (máquinas de repetición que usan pólvora para eliminar a un mundo de personas por segundo; máquinas automotrices, de guerra o nucleares), las cuales pueden ocasionar en fracciones de un suspiro verdaderos holocaustos masivos de consecuencias incalculables; pero que, a fuerza de repetirse con más frecuencia e intensidad, se han vuelto más comunes y cotidianos, al grado de convertirse en residentes naturalizados de nuestra llamada normalidad cotidiana y del sujeto colectivo que le da vida.

Es probable que en la visión de la realidad del ciudadano, el significado que adquieren las expectativas de bienestar y satisfacción sean los motores más efectivos que animan el sentido de la vida, el cual se ve fuertemente afectado por la incertidumbre y el miedo en que la sociedad moderna despliega las explicaciones convencionales de los actos de devastación del ser humano y de lo que lo rodea, pero de manera más impune.

Lo anterior, es un terreno fértil para la propagación de la corrupción y de la violencia. El estallamiento del orden de simulación cotidiana se precipita y cada vez es más visible en el horizonte de percepción institucional la degradación de las redes más lábiles del vínculo yo-otro. Invasión de los terrenos más íntimos, que como moraleja propone –de manera explícita– la pedagogía del terror con la que educa el Estado a la población, desde una microfísica del poder.

Si este boceto de la realidad es válido, aunque sea de manera relativa, las interpretaciones especializadas y científicas sobre el porqué de esta situación tan crítica ya no alcanzan, nunca han alcanzado, para hacer inteligible la complejidad de la intolerancia civil, por la cual atraviesan los vínculos más íntimos, como imaginario de relación del individuo con el otro.

...el ejemplo

> Se plantea la necesidad de condenar, pero no se ve la razón de por qué castigar –a no ser la razón exterior insuficiente del ejemplo–. Habiéndose convertido entonces la razón del crimen en la razón de castigar ¿cómo castigar un crimen sin razón? Para castigar se necesita saber cuál es la naturaleza del culpable, su dureza de corazón, su maldad, sus intereses o sus inclinaciones. Pero si no se cuenta más que con el crimen por una parte, y con el autor por otra, la responsabilidad jurídica, seca y desnuda, autoriza formalmente el castigo, pero no puede darle un sentido.[2]

Entre los muchos eventos que ejemplifican lo anterior y lo rebasan en demasía, está el caso de un agente de la policía judicial de no más de 20 años de edad que, en 1996, en la ciudad de México, aborda el Metro por la mañana y en el lapso de unos minutos realiza una de las escenas más controvertidas y grotescas, por los altos índices de sin sentidos, que pueden devastar los callejones más recónditos de la conciencia ciudadana de cualquier hombre común y corriente. Acontecimiento que cimbró la conciencia nacional, por la declaración del homicida sobre los motivos de su crimen, trasmitida por todos los medios de comunicación.

En esta historia biográfica, comunitaria y convulsa, existe una necesidad existencial, urgente e inmediata: la autoriza-

[2] M. Foucault, *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990, p. 246.

ción sea ésta sexual, religiosa, judicial o psicótica. Obsesión que, como objeto, lleva al personaje a extremos inimaginables.

La complejidad de las relaciones sociales, las insospechadas correspondencias de miradas y lenguajes, sus desencuentros y simbolizaciones siniestras aceleran, detienen o sincronizan los diversos ritmos y tiempos que producen, según Foucault, la vida de los hombres infames.

Pero lo que no se puede calcular, en esta ciencia de inventar el perfil del criminal que confirme los rasgos antisociales y de alta peligrosidad del sujeto que delinque, son las consecuencias de esta reducción de la complejidad del fenómeno social –en la simplificación y ocultamiento de la impunidad, con la que actúa el poder del Estado que estigmatiza a un solo individuo, culpándolo de todo lo demás.

El Estado se atribuye la versión oficial, que se impone como real, en la cotidianidad del tránsito y de los vasos comunicantes en que se sumerge toda persona en la urbe.

El judicial mata, con disparos de arma de fuego, a dos mujeres y hiere en una pierna a un hombre, dentro de un vagón del metro que viene de la estación La Raza. Los hechos, todavía calientes en la memoria de miles de personas que se enteraron del aquelarre que se llevó a cabo en un transporte moderno y suburbano, ya se mitificaron, tanto en el folclor nacional como en la discursiva de los especialistas.

Desde ciertas lecturas de estos actos de violencia extrema, una interrogante nodal se impone: ¿ cómo deriva en un actor solitario la condensación de las diversas dinámicas de patologización de lo social? La culpabilidad o no, por el lugar en el que quedan colocados las víctimas y el victimario, carece de importancia para el fenómeno de la estigmatización; lo principal es que actúa como foco que ilumina el caos y la devastación de la imaginación social, poniendo al individuo desviado como culpable absoluto de todos los males que nos aquejan como comunidad.

El reto, para las ciencias sociales que trabajan la crítica, es tratar de no individualizar –como sólo un producto de una

imaginación enferma– con el arquetipo que la psiquiatría le ha impuesto al delirio, a la alucinación, a las distorsiones de la personalidad y a los soliloquios. Al individualizar así el fenómeno, sólo se evita entrar en la complejidad de las lecturas sociales, acto que por omisión, paradójicamente, legitima la culpabilización del sujeto como única salida.

No se pretende, entonces, recargarse del otro lado de la interpretación, que sociologiza el fenómeno de la violencia extrema como una estructura en desorden, que necesita del endurecimiento de sus métodos de corrección de las desviaciones.

El proyecto de poder y de control colectivo deriva en un nudo de preguntas y cuestiones que hay que resolver: ¿la multiplicación real, simbólica e imaginaria de más centros penitenciarios consagrados a los delincuentes de alta peligrosidad; ejemplos biográficos aislados de ángeles negros de una mitología que transmite su mensaje, su enseñanza y su conclusión?

Esto quiere decir que necesitamos como sociedad ¿más Almoloyas de Juárez? ¿Aprobación de la pena de muerte? ¿Reducción de la edad penal? ¿Más presencia de la policía en la calle, en todas sus presentaciones, para que se incrementen geométricamente las denuncias vecinales y el índice de violencia provocado por el dispositivo sumario de las fuerzas del orden?

En la misma tesitura, la interpretación que la criminología oficial deja caer sobre la infancia del delincuente, o sobre los arquetipos de la sociedad que lo condicionan a transgredir la ley, la norma y la moral del socius instala como dispositivo de saber hermenéutico la máquina de producción del delincuente, su caracteriología y su corrección. La diversidad de las instituciones convocadas en la condena determinan los límites de acción espacial y temporal del sujeto anómico; son los clivajes simbólicos y precisos que emanan de los muros concretos del encierro, como exclusión y castigo que se inscribe como marca en el aprisionamiento físico del cuerpo al que se recluye.

El ocultamiento, distorsión y tratamiento amarillista han distinguido a los medios masivos de comunicación, éstos lo han hecho intencionalmente para no permitir la difusión de otro modelo de lectura del acontecimiento, en la más cínica manipulación del mensaje, al igual que las comunicaciones oficiales. Por lo tanto intentaré problematizar esta situación desde otro punto de vista, en el ejercicio de escritura que sigue.

Aunque el hecho que describo no tiene como propósito basarse en una verdad objetiva y literal del suceso, cosa por demás imposible a pesar de la obsesión con la que se hacen registros del magnicidio en la nota roja, escribo con la intención, tal vez fallida, de no caer en un comentario a la noticia o en un ensayo periodístico.

El punto de interés que anima la escritura de los acontecimientos del texto, está en la construcción de metáforas y de analogías que pueden ayudar a pensar los fenómenos de violencia y el aparente sin sentido que los anima por cuanto perturban el presente.

Creación, invención y poética que se intentan con la elaboración de una mirada crítica, que nos permita retomar los viejos problemas con una visión diferente, complementaria, antagónica y que pueda incorporar lo no pensado de la sensibilidad del acontecimiento estético en el de la dimensión literaria.

Los párrafos siguientes son un intento para repensar el modelo, las estrategias y el imaginario social en el que se basa la institucionalización de la personalidad del sujeto; sujeto de la violencia y violencia del sujeto que despliega como redes fragmentadas que impactan su entorno. No sabemos si el impacto es contraviolencia que alimenta la resistencia del grupo o desquiciamiento individual en las sociedades contemporáneas.

En este caso, como se dice, para muestra basta un botón.

Edipo en el vagón del metro, *persona non grata*

> ...estoy comenzando a sentir la embriaguez en que te sumerge esta vida agitada y tumultuosa. La multitud de objetos que pasan ante mis ojos, me causa vértigo. De todas las cosas que me impresionan, no hay ninguna que cautive mi corazón, aunque todas juntas perturben mis sentidos, haciéndome olvidar quién soy y a quién pertenezco.[3]

Edy, durante la adolescencia, fue sorprendido por el juicio inquietante que el morbo ejercía en la mirada de su madre, cuando se acariciaba con su primo entre las oscuridades que propicia el secreto, a puerta cerrada, en su cuarto. Esto pudo haber sido un hecho real en la historia del personaje, o básicamente literario. Pero en este caso, lo que importa es la fantasía colectiva que analizaron formalmente los medios de comunicación al dedicarle cientos de hojas de papel, tiempo de imagen en el televisor, así como innumerables comentarios de Especialistas en el Tema, transmitidos en las ondas de radio. Un lugar de peso lo ocuparon las extensas y complicadas escrituras, que a propósito del tema se publicaron en revistas de opinión, para explicar y tratar de cotidianizar el acontecimiento.

El punto de alta densidad que interesa, es que el loco, protagonista de este relato, impulsado por un nudo complejo de conflictos acumulados en su infancia que se precipitan en la etapa de la pubertad, se inscribió a un seminario católico, en el mismo momento en que estaba cambiando de voz y le emergían de las profundidades de la represión autoritaria del macho, sus tendencias homosexuales.

Durante un instante de duda, se dejó llevar por la tentación de dedicar su existencia entera a anclar sólidamente sus demonios a una idea metafísica: Dios; para que durante su

[3] Saint-Preux, *La nueva Eloísa*. J.J. Rousseau, 1761, citado por C.Dumoulié, en *Nietzsche y Artaud. Por una estética de la crueldad*, México, siglo veintiuno editores, 1996.

apostolado de novicio confirmara, al paso de los días y de los meses, su imposibilidad sacerdotal y, después de una breve estadía, claudicar.

En muy poco tiempo aparece en un escenario aparentemente extremo al del seminario, con las mismas preguntas y más angustiado, pero embalado en un proceso más complejo que va creciendo en sus adentros con intensidad.

El personaje, acicateado por la degradación que genera la duda, aparece guiado por la hipersensibilidad que caracteriza al psicópata, en una institución equivalente: la policía judicial. Institución a la vez paradójica y contradictoria, por la expresa contundencia y solidez que imprime a sus acciones basadas en el poder que otorga la corrupción, en y dentro del mundo concreto y real, lejos de las abstracciones divinas, pero íntimamente ligado a ellas.

Posiblemente, el nombre del sujeto se condense en su apodo analítico: *Edy*, el cual buscaba desesperadamente a su padre en la imagen especular, que invariablemente le devuelve la confusión de la ausencia o del vacío que impregna su identidad, misma que experimenta en la incertidumbre de dos instituciones –en el papel, iglesia y policía– radicalmente opuestas por los objetos de influencia que las definen: el apresamiento del cuerpo y la liberación del alma.

Sin embargo, ante la totalización y equivalencia de los métodos de disciplina y control de los sujetos, la iglesia y la policía se tocan en los extremos. Es decir, los métodos de expiación y confesión de la culpa, que mediante diversas vías de tortura extraen las instituciones que vigilan y condenan el alma para debilitar el cuerpo o las que laceran el cuerpo para sobreponerse al dominio del alma.

...por la boca del verdugo habla la voz de la víctima, Deleuze *dixit*

La institución religiosa y la máquina judicial están centradas en un dispositivo imaginario muy distinto y también espeluznantemente similar: la relación entre los dispositivos ima-

ginarios para extraer la confesión de la conducta desviada. Ambas visiones del mundo son componentes de la parafernalia del Estado para infligir una condena que, en la excepción de la regla, se basa en otorgar el perdón como pedagogía de la tortura colectiva, la cual guía las buenas conciencias individuales.

Son dos dimensiones que se muestran con diversos proyectos y orígenes, pero que, en el mundo moderno, convergen en la configuración de la moral y de la disciplina que proponen como instrumentos de las sociedades por llegar.

Cabe mencionar, que en la institución policiaca en la que ingresa Edy, para ser admitido se le somete a un proceso de selección, que incluye un curso propedéutico, entrevistas y exámenes psicométricos. En síntesis, es aceptado como agente secreto de la judicial, avalado por el método de selección que el lenguaje psicológico pone al servicio de la policía, legitimando el perfil del judicial.

Se puede asegurar que esa madrugada retornaba después de varios días de andar perdido en algún lugar de la región del Bajío.

Aseguran testigos, y él mismo, que estuvo tomando por varios días.

Alquiló por dos noches de larga espera, un cuarto en un hotelucho de mala fama. Se la pasó esperando a su amante, pero éste nunca llegó a la cita. Edy, en la caída al vacío, decidió regresar a la ciudad de México. Compró un boleto de autobús; estaba nervioso, desconcertado, no sabía bien a bien qué era lo que estaba sucediendo a su alrededor, ni qué cita determinante le preparaba el encuentro de su historia personal con las repercusiones de la realidad actual. La moneda de su destino estaba inevitablemente en el aire.

Subió al camión y se hundió en el asiento. En el trayecto, lo único que lo mantenía alerta eran las lágrimas que corrían intermitentemente serpenteando su rostro, sin que el rictus se inmutara; justo en el momento más profundo del insomnio, que lo tomó como rehén en el tránsito a la ciudad, comenzó a rebelarse.

El quiebre de la subjetividad se aproximaba a la metrópoli.

Llegó poco antes de las cinco de la mañana, por lo que tuvo que esperar a que abrieran el metro para transportarse hacia algún lado, hacia cualquier referente que todavía conservara algún sentido.

Las puertas de la estación se abren y Edy se apresura para llegar al andén, donde aborda el primer convoy del día. A esas horas de la mañana todavía hay asientos disponibles pero decide quedarse de pie, recargado sobre los tubos de una de las puertas de acceso. Suponemos la fase anterior al brote: el sujeto va deprimido,[4] triste, angustiado, con una sensación que no le era ajena en el pecho, pero que lo hacía sentirse muy extraño.

...la mirada reprobatoria de la madre como gatillo

Todo era absolutamente indiferente, hasta la intersección de dos formas de ver el mundo. Lo perturban unos ojos femeninos que se clavan en su persona hasta el límite del delirio. Sale de su ensimismamiento e intercambia fijamente la mirada con la señora que lo observa sin perder detalle.

De inmediato, sobreviene una pausa, contiene un chispazo en la implosión del vacío que gobierna el escenario de hiperviolencia, el cual se congestiona de sin sentidos, al tiempo que Edy saca de entre sus ropas un revólver –de uso exclusivo para las fuerzas del orden– y le dispara dos balazos a la cabeza, sin mediar una sola palabra. Otra señora, atónita, mientras mira al poseso, como intentando pedirle una explicación que sea capaz de detener lo inexplicable, recibe dos disparos mortales que dejan su cuerpo fulminado al instante.

[4] Aquí se puede recordar la vieja teoría del psiquiatra argentino Enrique Pichón Riviere, en el estudio y desarrollo de la noción de depresión, no como un síntoma, sino como eje o enfermedad única de la cual se desprenden todas las demás distorsiones de la personalidad. Véase E. Pichón, *Del psicoanálisis a la psicología social (el proceso grupal)*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Un pasajero le sale al paso y recibe un disparo que le revienta en la pierna.

El sujeto fáustico, con sólo tres pasos encuentra de frente las puertas del vagón. El metro empieza a detenerse ante la próxima estación de La Raza. En la escena del parricidio, levanta el arma aún caliente y se la pone en la sien cuando el vagón se detiene. Él duda; las puertas se abren, y delante de su rostro aparece un niño que se dispone a ir a la escuela. Edy baja el arma, la guarda despacio en uno de los costados de su cuerpo, entre sus ropas, y camina lentamente, sin prisa, hacia los andenes de salida.

En el infierno recién inaugurado en un vagón del metro, también hay un héroe.[5] Llega al lugar del crimen, justo uno o dos minutos después del acontecimiento, a inspeccionar qué pasó. Es un policía preventivo que coincide con la misma edad del homicida, que tiene aproximadamente 21 años. Tarda poco en recuperarse del impacto que genera el asomarse a lo indescriptible.

El hombre que se atrevió a interponerse al asesino y al terror se desangra pero tiene la lucidez para dar las señas particulares del psicópata. El adolescente uniformado corre a buscarlo hacia la salida de uno de los andenes. De pronto se topa con el multihomicida; las señas particulares coinciden, es muy joven, camina lento, ahí va.

Pero hay algo muy inquietante y siniestro[6] que no concuerda con lo que acaba de suceder. Edy va aparentemente tranquilo, como si no hubiera pasado nada; tratando de mostrarse imperturbable, sin un solo gesto que deje entrever la masacre que carga en su cuerpo.

Es tan bueno el intento por pasar desapercibido que, por instantes, hace titubear al perseguidor, hasta que éste se atreve a detenerlo armado con su macana, sabiendo que el asesi-

[5] Este muchacho es policía auxiliar y, ante el cumplimiento de su deber, fue ampliamente publicitado y usado su ejemplo para convertirlo en uno de los héroes de la sociedad civil.

[6] Entendiendo por siniestro, cuando el símbolo ocupa el lugar de lo simbolizado.

no está armado con una pistola. Salta sobre Edy, pero se delinea para la inteligibilidad del fenómeno otra cosa curiosa: el inculpado no ofrece una franca resistencia, más bien se somete al arresto fácilmente. Al parecer, el retorno del desquebrajamiento anunciaba que ya todo había pasado.

La detención y traslado a las oficinas del Ministerio Público pareció sólo un instante; los reporteros perseguían afanosamente la nota roja para teñirla de amarilla, se peleaban la primicia, el encabezado de las primeras planas. Edy calla con un silencio que lucha por no manifestarse desde el interior, ante el micrófono con el membrete de Televisa. Pero visiblemente molesto por la demanda incisiva del reportero, contestó: «No quiero hablar para Televisa porque ustedes todo lo tergiversan; luego van a decir que los maté porque los quería robar y no fue así, los maté por depresión.»[7]

lecturas oficiales transmitidas a los medios de comunicación a través de sus especialistas y autoridades correspondientes encargadas de explicar el caso a la opinión pública

JEFE DE LA POLICÍA JUDICIAL: [Edy] No estaba de servicio, faltó por varios días a su trabajo, por lo que no se puede culpar a la institución.

[7] Tal vez en esta declaración, realizada pocas horas después del acontecimiento de terror que privó por unos minutos a bordo de un vagón del metro en movimiento, podemos asistir a la ruptura de una cierta eticidad presente en el discurso dominante de la criminalística, cuando el hecho en concreto se vive por su ejecutor como algo menos importante como lo es, para el asesino, cuidar su imagen transmitida y difundida a todo el país y al extranjero, a través del televisor. (*24 Horas*, horario tres estrellas, vía satélite y en cadena nacional.) ¿Qué lugar ocupan ya los medios masivos de comunicación y las tecnologías de punta que los desarrollan día a día, en la conciencia de participación de los sujetos, con respecto a sus grupos e instituciones de referencia?

Sobre estas cuestiones parece ser que nos hemos olvidado de plantearlas a tiempo, y ahora, quizás, ya resulta demasiado tarde.

Sergio Sarmiento: (locutor de Tv Azteca): Es un evento de sangre que sólo se veía en las sociedades altamente industrializadas, como en Estados Unidos, afectados por los ex combatientes de la guerra de Vietnam. Pero si ya sucedió en nuestro país, no es cuestión de asustarnos, sino de incrementar las medidas de seguridad.
El Regente: Por eso insistimos en incrementar la vigilancia en el Metro y los operativos de revisión de los pasajeros para ayudar en el desarme de la sociedad.
La reportera: Pero en este caso no habría servido de nada porque el homicida es judicial y portaba la credencial de la corporación, lo que lo habilitaba para usar y llevar el arma con la cual cometió el crimen.
El Regente: [...]

¿cómo imaginar una lectura distinta?

La explicación convencional sobre este tipo de hechos violentos trabaja por lo menos tres momentos de análisis.

Primero, los argumentos que se centran en la historia del sujeto, en sus traumas y complejos edípicos, lo que da como resultado una mala resolución de la identidad sexual. La combinación de todos estos elementos, desde una cierta matriz dominante de interpretación especializada, propone la mala elaboración de modelos culpígenos, y por lo tanto la producción de mentalidades psicopáticas. La conclusión para este sistema de verdad, es la locura de un sujeto que de pronto revienta y se lleva *entre las patas* a los demás.

La segunda vertiente de opinión y análisis, privilegia el ámbito de producción de lo social por sobre otros elementos, pero se ubica en el centro de la obviedad al trabajar el problema de la pobreza extrema como proceso social desestabilizador, cuestión que, por lo demás, es la línea de análisis que homologa todas las lecturas al crecimiento de la imposibilidad social para conservar y hacer crecer las expectativas de bienestar personal y colectivo.

La tercera lectura plantea la íntima vinculación en la que se encuentra la constitución del psiquismo con la degradación de la estructura social; pero como una investigación propositiva en cuanto al vacío de nuestra era.

Es necesario un breve comentario más, sobre cada una de las vertientes de opinión especializadas, que intentan volver inteligible la hiperviolencia subterránea que se experimentó a bordo de los vagones del metro.

El argumento que este deplorable acontecimiento generó en los periódicos y canales televisivos, básicamente se resume en una fraseología que se caracteriza por sus adjetivos descalificativos y condenatorios al sujeto que fracasó en su moral de adaptación al clima de extrema violencia que inunda nuestros tiempos; tiempos en los que el sujeto es fuertemente distorsionado por la incapacidad que denota para contener sus accesos sociopáticos de locura.

el fenómeno *psi*

En esta postura oficial, los hechos sólo son datos de una casuística sin sentido, pues la historia personal del asesino, a los ojos de los profesionales *psi*,[8] siempre tendrá datos que puedan ser producidos como causas de su peligrosidad. Empero, la sociedad en su conjunto, sus formas de gobierno y la institucionalidad de lo ético, no están bajo discusión y más bien aseguran, como respaldos de la identidad del sujeto, la culpabilidad y el castigo personal, mensaje ampliamente difundido y publicitado por los voceros del Estado. Como dijo McLuhan, el medio es el mensaje, como única forma de ortopedia social.

[8] Cuando me refiero a los profesionales *psi*, lo hago pensando en el intenso y profundo trabajo que desarrollan los esposos Castel en Norteamérica, investigando la psiquiatría de sector, en donde descubren el proyecto de intervención en la gestión de riesgos comunitarios de todos los profesionales marcados por el fenómeno de ser psicoanalistas, psicólogos, psiquiatras, psicoterapeutas, psicosintéticos, psicobióticos, psicoenergéticos, psicoecológicos, psicosomáticos y anexas.

La máquina de control y producción de la condena, actúa sobre la exaltación de la culpa individual y la atenuación de los aspectos sociales, políticos, económicos y morales que llevan al delincuente a cometer el ilícito.[9] Esto da paso al enrarecimiento del ambiente de convivencia colectiva, ya que se decanta en un clima de vigilancia vecinal centralizada en las actitudes individuales.

Lo anterior recuerda la consigna que surgió inmediatamente después del triunfo de la revolución francesa, y de la cual da testimonio Rousseau en su clásico *Contrato social*: «Que el camarada vigile al camarada, para que no se traicione el buen curso de la revolución.»

El corte sociológico y psicosocial se encuentra con un problema ineludible en la interpretación de estos eventos de hiperviolencia y de sangre: el desbordamiento de lo pensado y analizado para estos casos, en donde el hecho en sí mismo pone al descubierto los límites concretos de las especulaciones en las que se asientan las verdades que han levantado grandes edificios dedicados a las teorías sociales, que por siglos han determinado la explicación de la manera de pensar, sentir e imaginar de pueblos enteros.

La incapacidad que los lenguajes especializados han mostrado para replantear un orden social distinto, se objetiva en los conceptos que interfieren la práctica y se deniegan en los terrenos de la creación y recreación de la diversidad de las formas sociales.

Esto es, para no ir más lejos, el asalto de la dimensión de lo complejo a los campos normativos del lenguaje especializado, que se centra en la simplificación de la realidad por el

[9] Aquí es interesante poner en tensión el discurso de algunas tendencias ecologistas-humanistas, que antes que nada culpan al sujeto de sus hábitos de consumo y de su relación con la naturaleza, sin tener en consideración el sistema de producción que hegemoniza la relación de la sociedad con sus entornos naturales y con sus ecosistemas, como lo son y lo han sido por décadas, la devastación indiscriminada de selvas y bosques, de recursos minerales, de fauna, flora y pesca. Y qué decir del gobierno francés con sus seis pruebas nucleares en el Atolón de la Polinesia.

camino del método. Es, asimismo, la explosión de un orden social, sólo conservado intacto en la ritualística de investigación que indaga sobre la nosografía de una ficción: la sociedad producida y territorializada *ad-hoc*.

Cuestión que al sustentarse en la actualidad, es altamente peligrosa en cuanto a la maquinaria de violencia y de propagación de terror que engendra. Es, por así decirlo, un Estado social de cómo deben ser las cosas, noción que intenta hegemonizar, con estos fines que se transforman en medios, lo diverso de su propia negatividad –justo en el tránsito a la democracia– para controlar y reprimir las demandas de descontento que provienen de las policromías de los modos y maneras de ser del mexicano; con todo y las yuxtaposiciones culturales que ponen en cuestión la identidad colectiva que el poder político ha impuesto como dominante para muchos de los sectores que integran la subjetividad y el imaginario de las comunidades que dan vida y bañan por sí mismas de sentido la realidad nacional.

lo complejo de la diversidad

> El éxito y eficacia de este mensaje sólo es posible en una sociedad que ha sustraído al individuo no ya del producto de su trabajo, sino de la imagen y confianza de sí mismo: su fracaso no es entonces sino el testimonio de su íntima inferioridad. La disolución psicológica de lo social transforma así toda carencia en estigma personal. Es más, al gravitar la responsabilidad sólo sobre el individuo, las tomas de posición colectivas o revolucionarias pierden todo sentido. El resentimiento o desajuste social, que podían antes canalizarse –y purgarse– en la lucha o denuncia de las estructuras sociales de dominación, sólo pueden ahora traducirse en ansiedad, en sorda e impotente conciencia de marginalidad, y de culpa sin otra salida que la autoaniquilación.[10]

[10] X. Rubert de Ventós, *de la modernidad*, Barcelona, Península, 1980, p. 261.

El desorden, la crisis, el azar y la permanente rebelión de la violencia de la realidad ante nuestros métodos para atraparla, para interrogarla o para penetrar en su complejidad, nos plantean más preguntas y obstáculos que dispositivos de respuestas a interrogantes que, en un pasado inmediato, todavía eran dignas de cierta reflexión sobre el producto más preciado para la explotación del hombre por el capital: el deseo y su máquina de producción social.

En este rizoma de pensamiento, el aumento desorbitante de la criminalidad en el país se encuentra relacionada con las reformas económicas de las últimas décadas, que han terminado por minar las expectativas y esperanzas en un futuro prometedor para la grandes mayorías de habitantes que se ven desplazados por el mundo concreto del desarrollo y el progreso. Nociones que impulsan una visión del mundo, en donde todos los valores sociales se transforman en capital y mercancía, para luego desvanecerse en el aire.

La estrategia neoliberal de globalización de los mercados es, fundamentalmente y antes que nada, una intervención directa sobre la intimidad y la privacidad de los sujetos, inaugurando otra época: la invasión de la esfera privada por parte de la esfera pública. El producto es un mundo normativo que toma por asalto, con otra moral, el mundo de la desviación y de la perversión social, en el sentido de una inversión de la eticidad del vínculo.

En este horizonte de percepción:

¿Dónde se encuentran los clivajes del psiquismo individual que dotan de significado al movimiento comunitario de inconformidad?

¿Cuáles son las posibles vinculaciones contemporáneas entre formación y estructura del psiquismo, y sus soportes institucionales y políticos?

¿Qué lugar ocupan la incertidumbre, la violencia y el cinismo en la vinculación de las instituciones con sus sujetos?

¿La decadencia de la sociedad mexicana es también la degradación del sujeto en su conducta ética y moral?

Desde mi punto de vista, estas cuestiones no pueden seguirse ocultando o soslayando en la interpretación que los analistas e intelectuales confeccionan respecto a hechos de violencia extrema por el efecto bumerang[11] que generan. Es necesario trabajar la formación de tendencias de opinión distintas, a partir de reflexiones basadas en la ética y sus efectos en la sociedad, y ello con el proyecto que cada quien, legítimamente imagina como modelo de mejoramiento y bienestar. Lo cual incluye la lectura de la negatividad social desde referentes tomados del ritmo social e histórico en que se transforman los imaginarios colectivos que producen lo real. X. Rubert de Ventós afirma:

> En cierto modo, toda sociedad diseña de antemano las formas de contestación posibles: una sociedad que ha personalizado y transformado en valor personal o en significado objetivo, todos sus imperativos, no permite otra salida que la destrucción de este sentido mismo: la violencia revolucionaria sólo se supera así al precio de dejar su lugar a la violencia gratuita. La disolución de la realidad social culmina y se bifurca así en dos corrientes o alternativas perfectamente complementarias: el terrorismo y el cinismo.

[11] Es decir, los medios a través de Voceros Autorizados, lanzan interpretaciones académicas, partidistas, gubernamentales. Interpretaciones que el medio homologa y no respeta en su peso específico ni en su diferencia; por ello se produce lo que desea evitar. El medio es el mensaje. Evitar la violencia por medio de la manipulación del mensaje, con un contenido ideológico e imaginario que coloca a la mayor parte de los mexicanos como ciudadanos que todavía no han cumplido la mayoría de edad, por lo que el Estado se abroga la tutoría-paternalista del sujeto, es una cuestión que por lo demás produce violencia contestataria, sobre todo cuando se intenta estupidizarnos.

capítulo VI

El imperio de lo siniestro o la máquina social de la locura

alta densidad histórica

Una lectura de la complejidad que entrañan los acontecimientos sociales, se podría guiar por la noción de alta densidad histórica, como una metáfora del océano que se distiende y se repliega en crestas, ondulaciones, estallamientos, caóticas y marejadas, por los que ha itinerado la humanidad y los sujetos que la conforman a lo largo de los siglos. Como momentos en el tiempo y en el espacio del discurso histórico, altamente poblados de datos y acontecimientos que, en su correspondencia y particularidades, bañaron de sentido las llamadas épocas clásicas que han dado por resultado la mitificación y ritualística del pensamiento, el cual caracteriza al devenir humano que adquiere el sentido de la vida.

Así, los acontecimientos sociales que provocan las luchas de resistencia colectiva contra los sistemas que se basan en la impunidad del poder, la guerra, las enfermedades, la pobreza, la muerte, la locura y sus correspondientes sistemas de negación y olvido, pertenecientes a los momentos densamente cargados de sentido que las culturas, en los diversos ritmos de su historia, indiscutiblemente pactan, de manera implícita y simbólica o explícita y deliberada, los contratos de paz que sirven de garantía válida para las comunidades en el camino de regreso a la razón, que es la suma del proyecto de institucionalización democrática. Democracia impuesta por la globalización de los centros internacionales del capital, que inevitablemente, como ejercicio del autoritarismo, está sostenida por una masacre cometida en común.

No obstante, el concepto de democracia trabaja la relación del ideario pragmático y cínico, que se establece entre la intencionalidad del poder y la contundencia con la que actúa, mediante sus dispositivos de control en la normalidad social que, *de facto,* aparece en la visibilidad de la opacidad del terror.

La regulación de la normalidad ocupa el espacio y el tiempo histórico-social en el que se realizan los acuerdos y pactos civilizatorios; es una invasión que, al mismo tiempo, esboza la refundación de un campo de vinculación ética, de confian-

za mutua. Campo social de encuentro que la hegemonía imaginaria de los dispositivos institucionales se encarga de invertir en la simulación e impunidad que, como contrato social legítimo, encubre.

Lo peor es que los dispositivos de la dominación que invierten la memoria de resistencia histórica dan en el blanco más recóndito de la subjetividad humana y generalizan el terror como respuesta a la autonomía de pensamiento. Efecto, engranaje y maquinaria, que propagan la moraleja que siempre se dirige a la contundencia de la pedagogía de la violencia, con la que se atribuye el Estado el poder nombrar, para normalizar la función de todos los objetos que interfieren el espacio de la oposición.

En el margen, desde la fuga, desde la inmovilidad estratégica o desde la ironía sin concesiones, la resistencia del ethos social, en nuestras bocas, efectiviza la identidad colectiva como símbolo compartido, en la posibilidad de enunciación de metáforas, de paradojas y contradicciones, que, como imaginario, se encarnan objetivamente en capacidad de resistencia.

Resistencia de paradojas, en la inteligencia del socius, que despliega el movimiento rebelde que se manifiesta en vivo, en el presente del aquí y del ahora. Resistencia que se niega a someterse a una rúbrica de cláusulas y condiciones, pactadas mediante una firma de pacificación, en un papel documentado por el Estado.

Una conducta a contracorriente, ante el sentido de la vida individual que se energetiza en el campo de lo colectivo, permite la activación de la resistencia étnica, de las minorías amenazadas con la desaparición. El contrato social, que se resignifica a diario, incuba la idea latente de la guerra sucia y de baja intensidad, la exclusión eterna de lo que se opone, conduce al definitivo silencio de los cadáveres o, en el último de los casos, a la clandestinidad del pensamiento que los reifica y sublima.

Pero también, en muchas ocasiones, la repercusión que la biografía del sujeto colectivo tiene en la red social que cons-

tituye su entorno, es un punto neurálgico para la reactivación de la rebelión masiva contra el orden establecido, por el monto de representaciones que se condensan en su acción emergente como individuo.

Una mirada atenta nos permite detenernos en este punto, en donde el proyecto utópico de la democracia, como defensa a lo que desencadena el acontecimiento de encontrarse con otro ser humano fracasa ante la intolerancia, la represión y la espiral de violencia que desata, en los cercos étnicos, de las minorías que luchan para autodeterminarse.

Efectivamente es extraña e íntima la corriente afectiva que imanta y estremece a los sujetos colectivos, al encontrarse horizontalmente en interdicto ante la existencia del otro. Es como el establecimiento de un estado de terror por la incapacidad de salir de sí mismo, de ese mundo interno cada vez más desconocido y que se disuelve fácilmente, justo en los límites difusos del anonimato que ofrece la masa.

En la incertidumbre que crea lo profundamente extraño, germina el prejuicio del racismo, del odio y envidia del otro, lo que eriza la piel del sentimiento de lo siniestro. El reconocimiento-desconocimiento de la semejanza y el derecho del otro a la diferencia, es una de las claves de cimiento del imaginario social.

Uno de los problemas, es el orden con el que se organizan y adquieren sentido nuestros afectos y son representados por la vida psíquica, bajo la significación imaginaria preexistente en el lenguaje, en la determinación inconsciente y en la memoria colectiva. Los vasos comunicantes, las posibles relaciones y las sociedades utópicas que ya existen o que están por inventarse, son impensables, pues conducen a las fronteras de lo delirante, y de sus vinculaciones y desvinculaciones, con el imaginario social de devastación y creación de la sociedad instituida.

Como ejemplo de lo anterior, están las instituciones de ortopedia social que coinciden en el proyecto de control y disciplinarización del hombre. Lo anterior puede ser observado en la práctica que lleva a cabo de manera muy eficiente

la psiquiatría moderna, que se orienta al análisis de la sociedad y de las comunidades que la hacen existir.

El discurso hiperespecializado que se encarga de investigar, interpretar y definir el proyecto de control de la mentalidad social está en confluencia de pensamientos culturales diversos, en el concurso de modelos y dispositivos de experimentación social, donde se trabaja con el modelo de disciplina colectiva e individual que está por venir.

De tal forma que el hospital psiquiátrico y la cárcel son establecimientos privilegiados de la historia de silencio, ocultamiento y confabulación, que han mantenido la mayoría de las comunidades de profesionistas en esta área, manipulando las nociones de enfermedad mental, delincuencia y normalidad, como un dispositivo de control del pensamiento en el plano de su definición y participación política.

Tal complementariedad metodológica se inspira en la filosofía positivista del equilibrio y la armonía que deben de sustentar el estado de salud de los sujetos colectivos.

La máquina de depuración del caos, del desequilibrio y de la pérdida de control, toma vuelo con la aplicación masiva e indiscriminada de las técnicas y herramientas de la psiquiatría moderna en el individuo, en la familia, en la comunidad, en las instituciones y en la plusvalía del Estado. Engranaje que ha hecho de la locura y la psicosis colectiva un proyecto de ingeniería mental, en la que el prójimo y el extraño se hunden en el desasosiego, en la confusión y, por ende, en la pérdida del sentido histórico del estar en el mundo. El movimiento es demoledor, se traduce en campos de rizomas de significación que cabalgan en las mentalidades colectivas, como huellas y fragmentos de un pasado que legitima la razón de Estado que impera en el presente. Y pone al individuo, después del gran festín, de la orgía dionisiaca, de la fiesta y de los mitos que efectivizan la razón de la muerte, en el umbral de su desaparición como metáfora.

Entonces, el sistema de agresión al rebelde mental adquiere espirales insospechadas de violencia en la fracturas psíquicas que fundan la cosmovisión de los individuos por la

marca del imaginario social. En esta tesitura, la comunidad lingüística autorizada para el ejercicio del poder de clasificación científica de las desviaciones individuales confiere a la disciplina una tecnología altamente desarrollada y sofisticada para mantener bajo control el curso de las enfermedades psiquiátricas, y el del discurso médico-especializado que aún se sustenta en posturas profundamente deterministas, como la que sostiene que la esquizofrenia es hereditaria; por lo tanto, es de esperarse que hijo de madre o padre esquizofrénico padezca de este mal, pues ya la ingeniería genética se encarga de determinar el destino de un sujeto aun antes de su nacimiento.

Es, precisamente desde esta hermenéutica, que se sigue diagnosticando y estigmatizando a la locura como un mal que debe exterminarse, recluirse o por lo menos volverlo invisible, como pedagogía inobjetable de la contundencia disciplinaria, con la que actúa la moraleja de conservar la razón en el individuo.

> Entre lo lleno y lo vacío, entre la superficie y el abismo, el yo se encuentra en una posición inestable, nómada [...] Abismo superficial de agujero (imagen utilizada por Nietzsche en relación con la mujer) el yo, es para Artaud, una realidad agujereada que, como una fuerza sombría, no deja de abrir brechas en la realidad.[1]

cordura y tolerancia...

Cordura y tolerancia son argumentos privilegiados por su presencia en muchos proyectos nacionalistas. Son valores democráticos que las sociedades modernas tienden sobre la conciencia cívica del sujeto ante los grandes cambios y acontecimientos que ha sufrido el pensamiento mundial, sobre

[1] C. Dumoulié, *Nietzsche y Artaud. Por una ética de la crueldad... op. cit.*, p. 126.

todo ante la difusión de las tecnologías de punta y el desbordamiento que provocan, a gran velocidad, de cualquier límite ético y estético.

De esta manera, conservar la razón y la paciencia ante la permanente violentación de los más mínimos derechos humanos es un discurso de poder en ejercicio de los medios de comunicación, que no obstante su invitación a la cordura y a la calma son, por eso mismo, una amenaza velada que prolifera en el agudizamiento de la paranoia social, lo cual genera miedo al contagio por contacto con otro ser pensante, activo, virulento, sexuado, pasional.

Es así que las plazas públicas de las protestas colectivas del siglo XXI están ya fuertemente determinadas por la ausencia del cuerpo de los individuos en el espacio público, como un resultado funesto de la indiferencia y el cinismo de los Estados modernos ante la devastación del planeta, de su atmósfera, de sus sociedades y, obviamente, del hombre; así como de las representaciones del mundo que lo sostienen en él, como ser eminentemente crítico del orden social que le tocó vivir.

Aquí es donde los límites entre indiferencia e intervención son, efectivamente, dos mundos distintos que se deslindan y se confunden continuamente. El mundo del orden social y el del orden psíquico se complementan y se desconocen en un movimiento permanente de autonomía y correspondencia, de introspección y de necesidad de estar presente con otro, de reflexión personal y de identificación colectiva con el anonimato que ofrece la masa.

El enfrentamiento entre las crisis sociales y psíquicas sobreviene terrible y al mismo tiempo deseado, ya que la microcirugía que opera entre lo privado y lo público pertenece al registro de lo siniestro, como intuición, sensibilidad y conciencia del sujeto en la sociedad.

La precisión con la que actúa el desquebrajamiento de la sociedad y de las instituciones en la organización psicológica del sujeto puede ser clasificada bajo todas sus patologías por el desbordamiento del caos que engendra en el mismo nú-

cleo familiar. Es decir, que el enloquecimiento de una persona es un movimiento que llena un espacio y se determina como tiempo histórico-social, en el que se lleva a cabo la exclusión del alienado mental, racial, sexual, intelectual, jurídico, político, etcétera.

La enfermedad mental de las colectividades es, también, el tiempo de la historia de la razón hegemónica, como un tiempo de ejercicio de poder y del amplio despliegue subterráneo de sus novelas negras. Pero también es el tiempo de la aparición del derecho a la diferencia.

Desde esta lectura, se delinean en el paisaje los distintos mundos que se desprenden del análisis de todos los desechos humanos, los cuales terminan en el manicomio, en la cárcel, en los tribunales de menores, en los asilos, en las calles, dentro de un clóset o en la marginalidad de los basureros sociales. Y a la intimidad de la muchedumbre es arrojado el hombre desechable; a la virtualidad del ser que se experimenta detrás de las pantallas modernas del computador, con la amenaza permanente de la muerte del sujeto; así como con la esperanza de refundación utópica del yo.

> Uno mismo y los demás no pueden pensarse seriamente, ni un solo momento, si están radicalmente divorciados del campo histórico social, en el cual y por el cual, únicamente son posibles.[2]

Pero, lo más inquietante de las redes del vínculo yo-otro, es que generan un clima raro, necesario y denso, difícil de transitar pero que despierta la curiosidad, la pasión y el interés por descifrarlo desde el goce. Lo otro, del vínculo yo-otro, es la experiencia del abismo, en la correspondencia emocional y afectiva del hombre con lo que lo funda como tal y sus equivalencias urbanas: la soledad. Mas, paradójicamente, abismarse es la condición del desconocimiento pleno de sí mis-

[2] C. Castoriadis, *Los dominios del hombre: las encrucijadas del laberinto,* Barcelona, gedisa, 1988, p. 14.

mo como origen de la conciencia, lo que protege al individuo del saber, la vía como adquiere la idea de estar en el mundo, lo que nos hace sujetos de conciencia.

Es como el acto amoroso de protección instintiva, cuando cubrimos los ojos de los niños ante el fallecimiento de alguien, para que no vean la muerte en vivo; esto corresponde a la ética de una crueldad valorada por la comunidad, como fuente de la educación sentimental moderna.[3]

Lo siniestro, entonces, toma la escena cuando el niño observa de frente el rostro del cadáver a través de las rejillas de los dedos del acto humanista que intenta cegarlo; es entonces que el símbolo pierde su capacidad de simbolización; cuando se desvanece la metáfora del infierno y estamos ante la presencia real del Diablo.

distensión del soporte institucional de la esperanza

El porqué pensamos lo que pensamos, y el porqué deseamos lo que deseamos, y no otras cosas diferentes a las que conocemos, consciente e inconscientemente es, a mi parecer, un nudo importante en el debate sobre la locura, sus vínculos y su no complementariedad con el imaginario social de la época. Nudo de relaciones desequilibrantes y conmovedoras, por las consecuencias morales, existenciales, éticas, políticas, económicas, psicológicas y libidinales que cotidianamente movilizan a las colectividades humanas. Las cuales se manifiestan bajo una multiplicidad de preguntas que dan origen a escuelas, instituciones, iglesias, sectas religiosas y fanatismos extremos, constituyendo una respuesta inmediata a la pérdida vertiginosa de sentido de lo viejo frente a la delirante resignificación del caos que afecta profundamente la imagen del fin del milenio.

El resultado es alarmante, por el vaciamiento del sentido que acarrea el vivir en estas sociedades reales e imaginarias. Por la convivencia de las formas culturales más añejas de la tradición con las más modernas, contundentes e incompren-

[3] C. Dumoulié, *Nietzsche y Artaud. Por una ética de la crueldad...,op.cit.*

sibles formas de vida tecnológica. Por la pérdida de credibilidad en los discursos y acciones de la autoridad y de los representantes sociales. Por la violencia del exterminio que amenaza todo lo que se opone a su avance arrollador.

La disolución de los soportes institucionales de la esperanza se puede observar en la desafección que afecta a todos aquellos grupos y personajes que se encuentran abandonados a su suerte, en una suerte de explotación y sometimiento a las condiciones más extremas de la pobreza. Lo anterior muestra la contundencia con la que el proyecto civilizatorio produce marginación.

Pero la desafección es también incertidumbre, que se agudiza en la mirada fulminante del otro como economía del control utópico de lo total. Es en el mismo compañero de trabajo, en donde el sistema se efectiviza en un dispositivo de expiación, en el que todos somos culpables a menos de que, permanentemente, comprobemos lo contrario.[4]

El saldo actual es una ecuación altamente complejizada, que plantea la corrupción de la diversidad de formas de vida, las cuales básicamente atemperan la eticidad de una cultura y la traición abierta e impune de los contratos sociales que garantizaban la mínima convivencia con los demás. Acuerdos éticos que estallan con toda su virulencia en la llamada última trinchera,[5] con los problemas que esto entraña para el sujeto alienado por la razón prevaleciente en el sistema; y para la idea de futuro que la pareja en sí misma porta, como una gran encomienda social: desencadenar la creatividad y sus diferentes formas de sabotearla.

> El sujeto-simulacro, que no está sostenido por ningún principio, por ninguna *arjé*, no es un ser: se reduce a la dinámica de la motilidad, al recorrido fugitivo de la

[4] Aquí el concepto más cercano a la idea del párrafo es el de angustia, como una maquinaria que pone invariablemente en escena a la culpa como sistema de dominación colectivo.

[5] C. Pérez, «La última trinchera», en *Tramas*, núm. 9, México, DEC/UAM-X, junio de 1996, pp. 119-123.

> superficie, ocupa sucesivamente todos los lugares, adopta humorísticamente todas las imágenes, para rechazarlas todas. La fuerza del humor, en efecto, permite a la anarquía desencadenar su poder insurreccional en una estrategia rigurosa, que libera sus crueldades y protege de cualquier recaída, haciendo inoperantes la fascinación del Orden y el deseo de pureza.[6]

La microfísica de la ciudad amorosa que se puede observar en las relaciones entre dos, es un analizador de la sociedad, en donde la espiral de violencia abre infinidad de incógnitas que se despejan de mil formas distintas, volviendo los ejercicios de autoritarismo e impunidad impredecibles. Lo que, más temprano que tarde, hace que estos ejercicios de uso y abuso del poder, para reprimir física o simbólicamente al sujeto y a su representación individual, se vuelvan más virulentos en la vida psíquica de las personas y en las maquinarias institucionalizadas que las gobiernan. Aunque, continuamente, estos dilemas de poder son tocados por la cuota de azar que una sociedad se da a sí misma para inventarse.

En este devenir, el humor y la ironía se activan como una forma de desencadenamiento de la inconformidad y de lucha contra la muerte.

resistencia individual y resistencia comunitaria

Desde este bosquejo, la resistencia del sujeto colectivo para no someterse a un orden implícito y explícito al que deben seguir el pensamiento, las ideas, las formas de desear y de soñar es, a la vez, una forma de inscribirse en los correlatos colectivos, que toman voz y cuerpo en la resistencia comunitaria ante la imposición autoritaria de la ideología del Estado. Esta oposición al poder institucionalizado[7] es, probablemente, uno de

[6] C. Dumoulié, ...,*op.cit.*, p. 125.

[7] Fuertemente representado por la familia, la escuela, el mundo laboral, la penitenciaría y el manicomio, como instituciones equivalentes en sus métodos de vigilancia y disciplina.

los nudos generadores del enloquecimiento individual y de la psicosis colectiva que reina en nuestras épocas.

> Si, como lo recuerdan Laplanche y Pontalis, "lejos de tratar de fundar la fantasía en las pulsiones, Freud hacía depender el juego pulsional de las estructuras fantásticas antecedentes", debe admitirse que la formación originaria de fantasías, lo que yo llamo imaginación radical, preexiste y preside toda organización de la pulsión, incluso la más primitiva, que es la condición de acceso de esta última a la existencia psíquica...[8]

El imaginario social preexiste al inconsciente; lo histórico-social es fuente de significación de la fundación del psiquismo. La mentalidad, la imaginación, los mitos, los rituales, los movimientos sociales, las utopías, las masacres, la locura, la desviación, la delincuencia, la guerra y las creencias colectivas, entre muchas otras formas de sedimentos de recuerdos, son la máquina desiderativa que afecta al sujeto de la conciencia y a la conciencia del sujeto como tal. Y a su capacidad de invención del futuro. Así, la coincidencia entre desorganización afectiva y caos social, es cada vez más nítida por los movimientos de resistencia que engendra.

no quiero ser un pez de mármol naufragando en las profundidades ceremoniosas de algún psicoanalista

Así, el imaginario deviene en el derecho que el sujeto tiene sobre sí mismo, porque histórica y socialmente la fundación psíquica se adquiere como derecho a ser, en el incesante baño de significaciones imaginarias que le confiere sentido a lo que en la actualidad interpretan los especialistas, hasta la obsesión por método, como producción inconsciente individual.[9]

[8] C. Castoriadis, *La institución imaginaria de la sociedad*, vol. II, Barcelona, Tusquets Editores, 1989, p. 198.

[9] Desde esta perspectiva todo sujeto es colectivo y toda psicología social, por definición, política, si la definición de política se basa en la

La resistencia histórica, que se puede observar en los sujetos al negar, sublimar, proyectar o evadir la conciencia social dominante, tiene uno de sus anclajes en la ceguera que el ser humano manifiesta para conocer sus propias implicaciones como tal. Gracias a esta minusvalía de la invidencia es por la que podemos, efectivamente, soñar, componer música, dibujar, escribir poemas y grafitear en el cielo cualquier utopía.

Puro imaginario radical, pero no como negación neurótica, sino como afirmación ontológica del ser. Lo que descarta la fraseología médico-psiquiátrica, que ha dado nombres especializados o científicos a la anomia, como enfrentamiento existencial del hombre con un cierto modo de producción de verdad. Nombres como lo son las clasificaciones de neurosis, psicosis, esquizofrenia, histeria, perversión, desviación, catatonia, oligofrenia, etcétera, que carecen absolutamente de una mirada que trabaje la marginalidad y la desviación, como resistencia activa ante la devastación de las imágenes que intenta la homogeneidad del poder. Resistencia del individuo, siempre presente, ante el discurso que interpreta la historia de la enfermedad mental en abstracción de la realidad social que la origina.

Lo anterior, toma sus justas dimensiones desde la perspectiva del imaginario social que preexiste al desencadenamiento de la crisis, que adquiere un sentido de exclusión, sobre

---

relación subjetiva que el individuo construye y adquiere de su entorno. Pensar la psicología política como una rama de la psicología social, diferenciada y con objeto propio de estudio, es una argucia estratégica del proyecto neoliberal que implica, y que se inicia, con una lectura que funciona como la hermenéutica del poder y la hegemonía, que actualmente se atribuyen ciertos guetos como verdad única y legítima en la interpretación de autores como Le Bon, Tarde, Freud y Canetti. Sin tomar en consideración que dichos autores fueron y siguen siendo hijos de su época, antes que nada determinados en su fundación psíquica como sujetos eminentemente políticos, a pesar de que algunos de ellos se declararan, en su tiempo, como apolíticos. Lo político, es un intento fallido por vaciar de sentido las múltiples lecturas que implícita o explícitamente, de manera voluntaria o no, son eminentemente políticas, como la posibilidad de imaginar la política, es decir la relación inmediata con el otro.

todo, en los cuadros de la personalidad individual que son definidos desde el discurso médico el cual, de entrada, estigmatiza a todo movimiento que tiende a la desviación de la norma.

la alienación y la enfermedad mental

La alienación de los individuos en los estados modernos es una maquinaria rizomática que interviene en la organización de la subjetividad de los actores y dispositivos de percepción de la vida. Tal sistema de engranes se pone en escena en los espacios institucionales, grupales, masivos, de pareja, virtuales o personales, inyectándoles un sentido de la vida y un sentido de las maneras impuestas al bien morir. Sin embargo, la tendencia del Estado a imponer un orden fracasa tarde o temprano, por el viento irrefrenable del caos social que entraña la insurrección.

Las costumbres son, entonces, las vías, los modos y las múltiples redes de producción de lo normal y de lo sano, las condiciones de lo ya dado, las que intentan hegemonizar los diversos campos de significación, en los que una sociedad conjuga en acciones concretas la subjetividad que la hace real, ya desde la misma palabra que emerge del silencio, de lo secreto, de lo innombrable, del terror, de lo impensado, en suma, de lo siniestro.

Es verdaderamente inquietante que sea esto lo que hace surgir la cuestión que nos interroga, por aquello de lo viejo del pasado, que caduca como valor humano. Pero también, por la condición de lo viejo que permite la emergencia del futuro y de la posibilidad de invención de otros mundos; a pesar de la ética de la crueldad y de lo grotesco que subyace en todo lo nuevo.

Alienación y velocidad de la imagen, son los aires que soplan en el mundo al instante; los que virtualizan la comunicación inmediata con todo el planeta, en un delirio altamente sofisticado.

> Con la multiplicación industrial de las prótesis visuales y audiovisuales, con la utilización incontinente desde la más tierna edad de estos materiales de transmisión instantánea, se asiste normalmente a una codificación de imágenes mentales cada vez más laboriosa, con tiempos de retención en disminución y sin gran recuperación ulterior; a un rápido hundimiento de la consolidación mnésica.[10]

la desafección

No obstante, en la cara oscura de la luna, la desafección[11] aísla al hombre de su entorno inmediato, al situar al sujeto de la historia contemporánea justo en el ojo del torbellino de las tecnologías de punta. Tecnologías que, con el flujo de la hiperinformación, instrumentan el egoísmo de la individualidad en los ambientes claroscuros y en las sombras que derra ma la luz de neón; en la liquidez de una pantalla terminal, a la que el hombre sólo se mantiene conectado permanentemente a la red que le garantiza la socialización a distancia, sin contacto directo con el otro, sin un riesgo de contagio aparente, pero con la seguridad de navegar en el espacio virtual de la supercarretera del futuro.

Los virus de las computadoras son un presagio y un espejo de las tecnologías que viajan por los hoyos negros del desconocimiento y del descontrol. Los experimentos nucleares de hoy, los ecocidios, el sida, la hambruna, el exterminio étnico, etcétera, son viajeros itinerantes que acompañan a la gran paradoja de la civilización y el desarrollo. Por eso, es ya un hecho el vaciamiento de la plaza pública donde, en el pasado inme-

[10] P. Virilio, *La máquina de visión*, Madrid, Cátedra, 1989, p. 16.

[11] La desafección es un concepto fulminante, con respecto a la pertenencia y pertinencia, que todo actor institucional necesita, para sobrevivir al neoliberalismo de la excelencia.

La desafección en términos del lenguaje nacional, es la indiferencia que representa el *valemadrismo*, que el mexicano ha ido atesorando como resistencia a la demagogia que reina en el país.

diato, se volcaba la muchedumbre a protestar hasta el límite que Canetti establece, para la disolución pacífica o el estallamiento y que hacía posible la toma de la Bastilla o del Palacio Municipal de cualquier comunidad inconforme.

Para ejemplo basta un fax, enviado desde el corazón de la selva de Chiapas, con un mensaje viajando a una velocidad inconcebible, como misil de combate que pega justo en el blanco: la red de Internet: nuevos escenarios virtuales de la comunicación interplanetaria instantánea, ofrendados a la guerra de guerrillas cibernética.

La paulatina ausencia de la participación en el espacio público, se puede medir con la exactitud que da cuenta de la densidad de un delirio, y que va del carnaval popular, pasando por la violencia urbana en crecimiento geométrico, hasta la realidad virtual de las imágenes de *Playboy* en Internet.

Ausencia y vaciamiento de la imaginación colectiva, como resorte de control del movimiento entrópico hacia el interior del hombre. Vigilancia y control, por la propagación de una extraña sensación de estar asistiendo al endurecimiento de las tácticas y de las estrategias que desarrolla hábilmente un estado de Terror.

Miedo incontrolable al contagio del contacto con algún otro; es ya una visión apocalíptica de la protesta de la masa vía Internet. ¡Qué locura, ¿no?!

> Se produce así un desvanecimiento de la esfera pública –la acción concreta con los demás y la comunidad– a la vez que la esfera pública refuerza sus terminales hasta convertirse en presencia y recurso dentro de los ámbitos de la intimidad [...] En todos los casos, esta paulatina abolición de la frontera público/privado tiende a preservar la idea de libertad individual: de algún modo, es el microclima de la familia intensa lo que se exacerba con las nuevas tecnologías y el individualismo del circuito íntimo de las redes electrónicas.[12]

[12] M. Piccini, «Ventanas artificiales. Los nuevos espacios de la reclusión», en *Tramas*, núm. 5, México, DEC/UAM-X, junio de 1993, p. 17.

La velocidad de los tiempos, su congelamiento, la cámara lenta y su reproducción virtual hasta el infinito, son síndromes de la vida moderna que afectan lo que percibimos. La rapidez con la que se suceden las imágenes y las representaciones de los hechos, que simbolizan al mundo que nos tocó habitar, ponen en entredicho esa fortaleza que hemos construido con la fragilidad que caracteriza nuestras certezas.

Los límites de la razón nos desbordan, nos enfrentan a nuestros micromundos encapsulados, por el falso pudor. Es entonces cuando el miedo a la expectativa de seguridad se convierte en una amenaza permanente. Y el sentido de la vida –que se experimenta como una pesadilla ante la inminencia de la muerte– nos ata, como una cruel fantasía, a algo sólido. Es decir, a la evanescencia de la velocidad de la imagen.

Aunque como el viejo Marx decía: todo lo sólido, se disuelve en el aire y todos los objetos están preñados de sus contrarios.

El uso impune e indiscriminado de las hipertecnologías, en la guerra interplanetaria por el control del mundo, es el signo tanático con el que las sociedades se acercan inevitablemente a los finales del milenio.

Lo único visible ahora es el rumbo extraño e incierto que nos conduce a lo que está por venir, por la convivencia que, imaginaria, real y simbólicamente, se establece con los submundos de pobreza extrema de las grandes colectividades. Casual y causalmente, el desarrollo inconmensurable de la velocidad del instante de la imagen desvanece la crudeza de la impunidad sobre la que viaja. La locura es un dato que conduce a un modelo civilizatorio, en el que el sujeto paga un alto costo, al no permanecer indiferente ante la ausencia de fundamentos de la razón.

Tal vecindad y correspondencia se generan como resultado del magnicidio que se impone con la exclusión de los modos de vida tradicional, que no experimentan en su cotidianidad estas altas velocidades de insertarse en el tiempo, condenándolas a la marginalidad, al olvido, al etnocidio y a la desaparición. La realidad en la que se funda es el modo

de producción del terror y su difusión para la creación de incertidumbre, la cual no puede ofrecer un proyecto inteligible e inmediato, ni mucho menos, con los incesantes cambios y transformaciones profundas que éticamente dislocan las concepciones que por décadas prevalecieron como importantes para millones de personas, como las de familia, escuela, trabajo, cárcel, hospital psiquiátrico, institución policiaca, presidencial, partidista, etcétera.

Con la misma velocidad con la que se disuelven las clasificaciones psiquiátricas sobre la locura, la esquizofrenia, la catatonia, el autismo, los delirios, los sueños diurnos; así, la imagen virtual, las telecomunicaciones, Internet, la navegación espacial, al fondo del mar o al interior del cuerpo humano, toman el lugar de significación de lo antiguo y permiten la noción de nuevos paradigmas, aunque T.S.Kuhn[13] plantea, cuando menos, más de sesenta acepciones para el término.

Del mismo modo, las terminologías *psi* que intentan encarcelar real y simbólicamente al ser humano, se encuentran ante la pérdida de verdad pero han ganado en la proliferación de establecimientos e instituciones de encierro, como homenaje a la impunidad de los desórdenes que volatizan el presente. ¿Prisiones de alta seguridad?

el hombre que se comía a sí mismo

> Las diferencias son el intercambio regulado. Pero ¿ qué es lo que desarregla el intercambio? ¿Qué es lo que no se negocia? ¿ Qué es lo que no entra en el contrato, en el juego estructural de las diferencias? ¿Qué es lo que depende del intercambio imposible? En todas partes donde el intercambio es imposible, aparece el terror. Así pues, cualquier alteridad radical es el epicentro de un terror: el que ejerce sobre el mundo normal con su

[13] T.S. Kuhn, *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 12ª ed. 1996.

> misma existencia y el que este mundo ejerce sobre él, aniquilándolo.[14]

El nombre y los datos son precisos en este acontecimiento, pero para los fines del relato no importan, ya que los umbrales que alcanzó el hecho mismo rebasan cualquier imaginación perversa o cualquier escrito de ciencia ficción.

Todo empezó, o ¿terminó?, realmente no lo sé, cuando mordió en una riña callejera a su contrincante, hasta arrancarle a tirones parte de la mejilla con todo y el pabellón de la oreja. Esto fue en el norte del país, en una noche como cualquier noche, en la espiral de violencia de una ciudad fronteriza considerada como «de paso».

Durante su primer encierro, atacó a mordiscos a un compañero de la misma celda. Al repetirse en muchas ocasiones la conducta agresiva y perversamente voraz, fue trasladado al penal de alta seguridad de Almoloya de Juárez, bajo la clasificación de reo peligroso. A pesar de la nueva forma de castigo y de marginación, altamente tecnologizada, continuó con su práctica de morder hasta arrancar el pedazo, a todo interno desafortunado de caer en su campo de percepción.

Fue confinado a una celda de castigo, acojinada y herméticamente sellada. Empezó a morderse él mismo, a arrancarse tirones de piel con músculos y pelo. Lo amarraron con una camisa de fuerza, la cual logró quitarse y al amanecer lo encontraron colgado de ella.

Posiblemente el proceso psíquico de deterioro del narcisismo del caníbal, no se frena con un dispositivo que demarca sus soportes en un régimen fuertemente disciplinario y total, como lo es la prisión federal de Almoloya de Juárez; más bien, acelera su descomposición como sujeto, como punición a su reincidencia y cinismo, para mostrar abiertamente su perversión dentro del encierro, a los ojos de todos y sin reparar en el más mínimo pudor a los muros de la

[14] J. Baudrillard, *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 3ª ed. 1995, p. 138.

vigilancia panóptica, de ojos electrónicos, de rayos láser, de luz ultravioleta, de inteligencia computarizada, de cámaras de video, de cintas sonoras detrás de todas las paredes, y toda esta parafernalia bajo la vigilancia permanente de cinco grupos de policías, pertenecientes a cinco academias distintas.

La ocasión se presta para la pedagogía social, que toma el ejemplo individual como una moraleja cifrada en su propia crudeza de sentido, la que pesa como imaginario institucional sobre la vigilancia del interno. La prisión es tradicionalmente un laboratorio social de los grupos, instituciones e individuos que están por venir, de las formas de controlarlos, mediante el terror y la producción de lo siniestro, como amenaza permanente que pueden producir las tecnologías de punta, en la experiencia del sujeto.

¿Cómo podemos leer este acontecimiento?

¿Como el triunfo de la devastación del sistema penitenciario sobre la perversidad del sujeto, haciendo que se aniquile a sí mismo?

¿Como un fracaso más de la corrección y de la ortopedia social que se vienen abajo ante el último momento de libertad del sujeto para elegir matarse por sus propios medios?

La camisa de fuerza enrollada en el cuello de la víctima, ¿es un analizador de la estrecha relación que mantienen la cárcel y el manicomio, como correspondientes?

(Marque con una cruz en caso de que claudique a contestar, o interprételo usted mismo como mejor le venga en gana.)

(a manera de epílogo),
Acteal o la masacre cometida en común

cinco siglos de ignominia

Durante cerca de 500 años en nuestro país, el proceso civilizador intenta la conquista y el sometimiento de las comunidades rurales y marginales que no han ingresado completamente al modo de producción capitalista ni a la comunidad linguística de habla hispana. El proceso de modernización acarrea consigo la maquinaria de violencia e impunidad que de manera permanente asedia a los grupos minoritarios del territorio nacional, que ante la defensa de sus diferencias, se encuentran fuertemente amenazados por la desaparición.

La tendencia belicista que se encarna en la violencia institucionalizada que despliega el Estado, ha hecho de la paz un sistema sórdido, clandestino y oscuro que oculta la presencia virulenta de una guerra continua y tradicional de baja intensidad que apuntala a la masacre calculada, cínica, que se basa en el frío terror. Es una guerra de devastación, que todavía no puede calcular sus consecuencias y efectos en término de muertes pero que se desarrolla en un doble discurso –por un lado el de la pacificación y por otro el de la propagación del terror–; discurso perverso que actúa sobre las comunidades indígenas que son azotadas por la pobreza extrema, la desnutrición y las enfermedades endémicas, factores de determinación comunitaria que aprovecha el ejército y sus grupos de esbirros armados como estrategias de agresión contra estas diferencias. Mientras, en otros escenarios, se llama a la conciliación a la paz, estrategia que abre más abismos y desigualdades entre los mexicanos.

Es ya la vertiente de pensamiento denominada antipsiquiatría, con uno de sus representantes más lúcidos, el doctor Ronald Laing, la que lanza la profesía más desconcertante de la época moderna; la sociedad se encuentra basada en un crimen cometido en común. Ante esta visión del pasado se nos augura un futuro entramado en la relación trágica que se plasma en los acontecimientos de Acteal, frase que por demás en el oscilar de los tiempos es verdaderamente contundente.

Lo que realmente nos conmueve y nos moviliza en acciones de participación concreta en contra de la masacre que se viene realizando desde hace cinco siglos, es el gerundio del estando siendo de la desaparición y del olvido. Olvido y ocultamiento como columna vertebral del libreto que hace callar hasta el punto del silencio, a los que históricamente carecen de palabra, de cordura, de tierra, de rostro, de casa, por lo tanto, son comunidades que se encuentran imposibilitadas de un poder de enunciación y por lo tanto de la capacidad para decidir el presente que se invierte en el porvenir. Tragedia que marca simbólicamente la mentalidad de los grupos considerados por la versión oficial como subdesarrollados.

Son comunidades en riesgo, desconocidas en su derecho real, simbólico e imaginario a ser sujetos de una ciudadanía, desconocidos en su identidad nacional como derecho a ser y a pertenecer como habitantes de una nación. Derecho que no se asienta en el respeto a lo pluriétnico de la diversidad que en la unidad somos todos.

Es la complejidad de la identidad nacional, de la homologación de un proyecto económico y de la totalización de la dominación, lo que las comunidades marginales desde su propia negatividad y resistencia ponen en juego, como un analizador regio de los procesos de integración que el Estado mexicano impone a los diversos grupos sociales para la consolidación de su poder legítimo.

resistencia de margen

El tema de la resistencia, en su versión étnica y marginal, es trabajado de manera inteligente por Evodio Escalante Betancourt[1] cuando le atribuye a la función resistencial étnica y comunitaria la única posibilidad de sobrevivencia. Pero sorprendentemente va más allá cuando refuta la noción de pasividad, de sumisión y de conformismo que los coloni-

[1] E. Escalante, *La insurrección tepehuana. De Marginal (cerro del calvario)*, México, Durango. Dgo. 2ª ed. 1995.

zadores quieren o pretenden atribuirle a la lucha basada en resistir. Más bien, el autor nos ilustra cuando escribe que la historia negra del desarrollo de la civilización occidental es una historia de los vencidos que se sustenta en nunca claudicar, bajo estrategias audaces de esperar y soportar. Espera del tiempo indicado, del mejor momento para el contraataque, como una demostración de astucia que resignifique la tolerancia de siglos y siglos de espera, después de una paciencia sigilosa, prolongada en el tiempo histórico, pero paradójica por el tiempo que marca la esperanza que en la ofensiva reactualiza el sentido de lo inmediato de la venganza y de la instauración de una verdad aplastada.

Es en la respuesta étnica donde, sorpresivamente, se realiza la logística de interponer una pausa ante la inmediatez, lo que finalmente hace más virulenta y letal la insurrección, la que por el paso del tiempo ya no es esperada. En la guerra que el Estado mexicano ha mantenido sin tregua en contra de las comunidades en subversión, el manejo de los tiempos y de los plazos es en sí mismo la capacidad de resistencia, lo que es fundamental para la victoria final, lo que suponemos, asegura en las múltiples batallas la derrota milenaria, de lo que tarde o temprano tendrá que imponer la razón del que fue devastado. Si no, la vida no vale nada.

simulación como estrategia ofensiva

El simular es el señuelo traducido en sometimiento, en conversión, en conformismo, pero en la mentalidad del indígena el acto de contraviolencia está en la resistencia que avienta al río de la dominación un señuelo que es, precisamente, el sentido activo que se larva en la supuesta indiferencia del hombre étnico, ante el poder de dominación. Es hacer valer otra lógica de sobrevivencia en el significado que la cosmovisón indígena le atribuye al tiempo.

Evodio Escalante Betancourt expresa una afirmación sumamente inquietante :

> El engaño del enemigo. He aquí una vieja táctica de hacer la guerra [...] Y es que el enemigo engañado se deja pegar dos veces. No sólo recibe el golpe del puño sobre el cuerpo, sino que se resiente también del golpe de la sorpresa. Engaño y ausencia de informaciones. Estos son los dos elementos que rodearon, como un verdadero saco aminótico, la gestación de la gran insurrección de 1616.[2]

Cuando el indio se rebela es porque considera que, históricamente, es el momento más oportuno para el contraataque; es decir, que el momento de la insurrección, la cual cae sobre el dominador como un alúd de sedimentos que poco a poco se han ido acumulando en lo que Michel Foucault denomina la pendiente fatal de la historia; pendiente que trastoca sensiblemente la relación del déspota con el otro. Perturbación del vínculo tradicional de sometimiento que centralmente consigue por lo menos dos cuestiones; una, la que se basa en el ataque por sorpresa al déspota, que con el transcurrir del tiempo deja de imaginar la posibilidad larvaria de su esclavo del desacato, de la insubordinación, de la indisciplina del que se creía minado y conforme con su situación de indefección. Y dos, la fuerza del primer golpe se potencia por lo inesperado en la seguridad del amo, que nunca se pudo imaginar en las condiciones que plantea el contraataque que efectiviza la paciencia, la espera y la supuesta dominación que consideraba inamovible. La fuerza resistencial de lo inesperado transita en la acción insurrecta y liberadora que despoja al verdugo de su estereotipo de mando.

Desde esta perspectiva, la resistencia pasiva, al estilo de lo que abanderó Gandhi en contra del viejo león inglés, tuvo su momento de fuerte virulencia con los efectos ya conocidos, porque en el fondo toda resistencia pasiva es antes que nada activa por la espera y la pausa del tiempo que utiliza para la derrota final del enemigo. Fernand Braudel lo llamó tiem-

[2] *Ibid.,* p. 2.

pos que se desarrollan en ciclos medianos y de larga duración, y agregaría, ciclos que efectivizan la resistencia en la misma simulación que en complicidad resistencial, todo un pueblo actúa el libreto de estar derrotados.

El dramatizar la realidad, el ocupar un papel dentro del texto de la dominación, también facilita la posibilidad de interpretación del actor determinado por una obra, el que le imprime a la historia escrita su propia y muy personal interpretación, ejercicio de apropiación de la palabra en un viaje permanente y resistencial que se convierte en una necesidad rizomática de ser autor, es decir de autorizarse.

> El término "democracia" inventado por los griegos, significaba la toma de la palabra y de la responsabilidad por *el demos* dentro de la ciudad, mientras que ese mismo término "democracia" significaba en Bizancio, durante la época bizantina, la anarquía y la toma del poder por el pueblo.[3]

Lo que no se puede pasar por alto es la estrategia militar, basada en el aprendizaje que le ha donado la manera sistemática de represión de la inconformidad de la gente. Represión que deposita en la propagación del terror la moraleja que produce la contundencia de la pedagogía social, que instala, en la mentalidad y en la memoria colectiva, mediante la marca, la inscripción, el ritmo y la incandescente proliferación del sentido aplicado hacia el aprendizaje de los ciudadanos que se creyeron aquel cuento de la democracia para todos; cuando el estado social de ser las cosas, se autoriza el derecho de ejercer la violencia institucionalizada, en el devenir de la institucionalización de la violencia, como único medio de conservar el orden, la tranquilidad y la armonía que reclama un Estado de derecho. Cuando sufre atentados contra el orden establecido y emerge comunitariamente la duda sobre la

[3] F. Braudel, *Una lección de historia*, México, FCE, 1989, p. 94.

legitimidad que ampara al Estado en el ejercicio del poder y de todas las implicaciones y consecuencias que acarrea.

El 22 de diciembre de 1997, quiebra el tiempo en espacios de múltiples confusiones, por el tiempo de realización de un presente que se muestra y se explicita en la efectividad que muestra a todas luces, sin cuestión, la máquina de exterminio racial que el estado muestra con los grupos étnicos en rebeldía. Devastación de las resistencias que enarbola como último aliento de esperanza la diferencia ante la totalización del neoliberalismo, que pretende ejercer en todos los intersticios de la sociedad mexicana su control y vigilancia de los espacios íntimos que resisten al Poder del Estado desde la vida privada.

Tiempo de mediana duración que ha durado cerca de 500 años. Pero que cíclicamente asegura –como una logística de ataque– la desaparición. De entre las cosas que más inquietan e indignan es la máquina de impunidad que apunta hacia la población más vulnerable, las mujeres y los niños, produciendo las ausencias por efecto de los machetazos en un horizonte de visibilidad cada vez más autoritario y estúpido.

el testimonio como descripción del terror

El relato de un socorrista de la Cruz Roja –que es el primero en llegar al escenario de la masacre del 22 de diciembre de 1997 en Acteal– por su tono, por su turbación y por el impacto que lo distingue al ser entrevistado por un conocido reportero de la televisión abierta, es conmovedor por la imagen de lo siniestro que describe. Nos dice a los televidentes que él ha estado en muchos accidentes automovilísticos y de camiones de pasajeros, en donde las personas quedan prensadas, lo cual es una impresión muy fuerte para un rescatista, pero lo que vio cuando entró a la comunidad tzotzil es indescriptible, inenarrable, es decir es algo que no se puede pensar. Afirma que muy pocos cadáveres tenían orificios de bala, la mayoría fueron perseguidos en el interior de la selva y masacrados a machetazos en la cabeza (recuérdese que estamos hablando de mujeres y niños).

¿ Por qué no les dispararon desde lejos, ya que todos estaban rezando en un grupo compacto, indefensos y de espaldas a sus agresores?

¿Por qué se les persiguió desenvainando la hoja de los machetes para darles muerte por propia mano y de tal manera?

¿Qué puede justificar internamente en el psiquismo de estas bestias asesinas posmodernas el poder propinar a sus hermanos de sangre una muerte tan brutal y tan cruda?

¿Qué moraleja despliega una pedagogía-terror como la que se impuso a los desplazados, en el contexto nacional de las múltiples resistencias étnicas?

¿Qué proyecto de sociedad anima a los etnocidas; qué mundo los anima; qué idea de lo siniestro y cuál cuota de terror les vendieron los sicarios que los entrenaron, convencieron y les pagaron para llevar a cabo una acción inimaginable?

el cuerpo y la amenaza permanente de ser desarticulado

El resultado del gran festín de los perros salvajes es una masacre de consecuencias incalculables, por la lección que se le inflingió a la comunidad de Acteal en un pequeño paraje que, paradójicamente, se convirtió en un gran salón de clases, en donde el Estado impartió la materia de civismo a cielo abierto, con lujo de recursos pedagógicos. Todavía no alcanzamos a vislumbrar sus efectos en la historia de las mentalidades colectivas de las comunidades indígenas, por el monto de desesperanza y sometimiento psicológico que impuso.

Una de las facetas de este fenómeno de exterminio que no ha parado desde las épocas de la Conquista de América y que sirve de columna vertebral del llamado proceso modernizador o civilizatorio, es la violación permanente de los tratados internacionales de La Haya, sobre todo los que versan sobre asuntos de grupos beligerantes que se oponen al ejercicio institucionalizado y permanente de violencia extrema, que en nombre del establecimiento del Estado de

Derecho los asesinan sin ningún respeto a los derechos básicos o mínimos que todos los sujetos como seres humanos tenemos sin importar nacionalidad, credo y raza.

El establecimiento del llamado Estado de derecho actúa en el deslinde social del margen; en la asignación del estigma de los descarriados; en la dilematización de la complejidad que entraña el etnocidio. Estado de derecho que se resguarda en la manera socavada y silenciosa, pero también eficaz y contundente, de apelar públicamente a su legitimidad de ejercer la violencia, pero por tolerancia, no usarla en beneficio del diálogo y de la negociación, mientras que se desencadena la dinámica de exterminio y hostigamiento real que pega directamente en el cuerpo físico de los sujetos en rebeldía hasta el desmembramiento. El poder de fracturar, desarticular, y desgarrar el cuerpo hasta destazarlo. Para, en un acto posterior, botar las fracciones y los pedazos de carne al arroyo público, para hacer constar a todos la furia, la intolerancia e insensibilidad del ejercicio del terror ante la estructura básica del sujeto: el cuerpo, que aloja a la conciencia del ser sujeto, sujeto de la violencia, sujeto de la incertidumbre, sujeto de la época que nos tocó vivir y de historia del sin sentido que reina en lo inexplicable de las miles de presencias que nos arrebata la ausencia por decreto. Lo que hace para ciertos modelos de mentalidad comunitaria, legítima la venganza por la propia mano.

el ejército y su estrategia de enfrentamiento

El movimiento táctico-estratégico del ejército que consiguió el enfrentamiento entre grupos sociales de la misma etnia, es un golpe maestro en la logística de desaparición mediante el establecimiento del terror que significa la muerte, que además es comunitaria. Asesinato del cuerpo de la masa que enarbola la protesta en su desarticulación colectiva, a partir del desmembramiento mismo del cuerpo, metáfora de la crudeza de los tiempos que dominan el estado nacional de la conciencia que priva al sujeto de hoy. Se asesina a 45 mujeres

y niños y se detienen a 85 sospechosos del acontecimiento grotesco. Golpe maestro de la máquina de desaparición, al deshacerse, en una sola acción violenta y debidamente difundida por los medios de comunicación, de 120 tzotziles aproximadamente, entre victimados y victimarios. Estupidez profunda de un sistema que acarrea estos costos sociales que la diferencia tiene que pagar a la modernización, como analizador regio de lo que está por venir.

Pero de ninguna manera podemos soslayar, ante este panorama, el discurso hipócrita que el Estado mexicano proyecta y defiende a nivel internacional, cuando sostiene que el ejército en el asesinato comunitario de Acteal actuó de mediador ante un conflicto entre familias por la posesión de un arenal.[4] La demagogia del discurso del poder mexicano es un ejemplo de repercusiones internacionales, la cual describe una estrategia que intenta minar la resistencia étnica de miles de seres humanos que se encuentran estigmatizados por sus diferencias culturales y por la cosmovisión del mundo que en nada se parece al del avance civilizatorio que les quieren imponer.

La imposición se basa en un Plan de Guerra que el ejército mexicano importó y desarrolló de manera particular en el estado de Chiapas para combatir a los movimientos guerrilleros, plan que tiene sus antecedentes más inmediatos en la guerra de Estados Unidos contra Vietnam; en los enfrentamientos contra los rebeldes que ha llevado a cabo la estrategia militar en Guatemala, El Salvador, Cuba, Bolivia, Haití y Nicaragua, experiencia recogida, sofisticada y afinada por la CIA, el Pentá-

[4] La demagogia que los representantes del gobierno han desplegado durante más de cuatro años, sobre el conflicto chiapaneco, es una muestra más que suficiente para demostrar cómo el ejército se ha escudado en esta estructura del poder nombrar que se atribuye el Estado para, al mismo tiempo, de manera continua y permanente, de forma directa o indirecta, imponer una totalización de la violencia institucionalizada, como el más burdo y por lo mismo determinante ejemplo del que se atreve a disentir, por medio de una guerra psicológica que impone una pedagogía militar, la que se traduce en la acción directa de hostigamiento a las comunidades tradicionales hasta su desplazamiento o desaparición.

gono y la DEA en una acción de enfrentamiento y ataque a distintos niveles de la resistencia, que van desde la violencia más cruda que propicia la industria y la máquina de la muerte, hasta el apuntalamiento de formas de violencia simbólica que minan la esperanza al grado de intentar volver conformistas a los indígenas con su condición, en el sentido de que se acostumbren a su lugar social en donde nada debe de cambiar.

> La Guerra de Baja Intensidad (GBI) prevé desarrollar áreas o zonas bien resguardadas militarmente y mejor controladas políticamente. En su versión extrema, la GBI significaría la desaparición del campesino mesoamericano para dar lugar a una especie de *farmer* artificial, y la sustitución de la cultura del maíz por los cultivos de agroexportación ligados a las trasnacionales mexicanas o extranjeras.[5]

El ejército en el resguardo de las instituciones mexicanas, en la instauración de un orden social y en la defensa de la identidad mexicana nos remite a cuestiones de índole diversa, a saber: ¿ qué es eso de resguardar las instituciones mexicanas? ¿ Cómo se instaura un orden social? ¿ Cuando se refieren a la identidad nacional, cómo la definen?

La necesidad de saber interroga a líneas de pensamiento que oscilan desde *El laberinto de la soledad* de Octavio Paz pasando por el debate de *La jaula de la melancolía* de Roger Bartra, hasta la manera implacable en que Tomás Segovia desactiva el fetichismo y la moral que trabajan simbólica e imaginariamente sobre el problema de la identidad del mexicano. El estado de derecho, la instauración de un orden y la identidad nacional, ¿debe ser un proceso homogéneo y basado en una sola visión, sobre todo en un país pluriétnico y multilinguístico en donde cada cultura popular y tradicional exige su autonomía y respeto a sus diferencias?

[5] G. Correa, «La guerra de baja intensidad», en *proceso*, México, núm. 1105, 4 de enero de 1998, p. 8.

el Banco Mundial y la inversión del futuro

El efecto de represión y violentación de las culturas tradicionales, que las políticas del Banco Mundial han originado en muchos de los países dependientes de su guía económica, es inimaginable, tanto por los dispositivos que pone en juego para eliminar del horizonte de percepción social a la disidencia, a la rebelión y a la inconformidad que vía las armas se hacen presentes, como por los dispositivos que intenta instalar mediante la difusión masiva del terror en la conciencia de los hombres, que no sólo aprietan el cinturón de la pobreza extrema, generalizándola a los grupos más desprotegidos e indefensos de la sociedad, por los cientos de años que se les han mantenido al margen en una GBI , sino porque es explícita y cínica por la prepotencia que despliega ante los ojos de todo el mundo.

Es decir, la manera de normalizar la cotidianidad que crean e institucionalizan las sociedades modernas, ya está proyectada por los planes de intervención colonial de los inversionistas que integran el Banco Mundial, en un cálculo pensado de recuperación del capital, con todo lo que este paradigma nos depara como futuro. La intención es no olvidar la determinación y explotación del pasado, en una permanente negación que hace el Estado al imposibilitar a las comunidades la apropiación de su presente, desautorizando los procesos comunitarios que intentan inventar su futuro desde hoy. Nos encontramos, efectivamente, ante la imposición de un organismo internacional (BM), lo cual representa una intervención que trabaja, asimismo, sobre la memoria colectiva de las comunidades marginadas por siglos y sobre el pensamiento utópico del sujeto como integrante constitutivo de un ethos, de una polis o de un socius de la anomia o de la desviación. Lo anterior son nociones que empiezan a dejar de tener sitio en la llamada transición a la democracia, ante el avance e instalación en el mismo psiquismo de la llamada violencia institucionalizada.

la complejidad como estatuto de lo éticamente inaceptable

Posiblemente el acceso a la posmodernidad no sea un dato que vuelva inteligible el horizonte de percepción de las desapariciones que caracterizan a los etnocidios que todos los días amenazan y dan muerte a miles de seres humanos en todo el mundo, por el solo hecho de estorbar y ser molestos ante los ojos panópticos del poder. Es, tal vez, un retorno al pensamiento dialéctico, con sus nudos de complejidad, el que nos acerque más a la posibilidad de podernos preguntar sobre la espiral de violencia que nos acecha en estos tiempos. Edgar Morin[6] nos propone pensar la conformación de la realidad desde niveles de análisis distintos, con elementos complementarios o no, con temporalidades que los significan como correspondientes o atemporales, con personajes y contextos que se remontan a otras escenas y metáforas pero, todo esto y al mismo tiempo, en la conformación de los acontecimientos del presente. En esta dimensión, la irrupción de la máquina tanática se inscribe en la subjetividad de los habitantes de Acteal como una cirujía en los ojos de los espectadores del mundo entero, ante las imágenes transmitidas por los periódicos y los medios de comunicación televisiva, lo que habla de las tecnologías más sofisticadas que representan las aspiraciones más conservadoras y reaccionarias de los llamados, por los teóricos de la comunicación humana, *mass media*.

Son, en efecto, públicos reales que, en el tratamiento virtual que sufren por parte de los medios, son despojados de un cierto nivel de crítica, amén de, por los efectos de la manipulación informativa, convertirlos en masas permanentemente portátiles, que se transportan a la velocidad de la luz en la llamada opinión pública.

La imagen televisiva nos muestra cada vez de manera más fehaciente la existencia de muchas realidades subterráneas y

[6] E. Morin, *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, gedisa, 1994.

antaño oscuras, que si bien sabíamos de su existencia, no las podíamos ver, por la opacidad que le da a lo siniestro lo inimaginable. En este sentido, la matanza de Aguas Blancas, el asesinato de Luis Donaldo Colosio, los ajusticiamientos colectivos, son ahora testimonios en imagen que penetran y reifican cualquier intersticio de la vida íntima o privada con el corolario que le inscribe la recepción implacable de estas pedagogías «desde la comodidad del hogar».

La modernidad, en esta narrativa, es más una fascinación por el desarrollo tecnólogico que una fuerte y profunda reflexión sobre el costo social traducido en muertes que las tendencias civilizatorias del progreso social generan. Sobre todo cuando, cínicamente, se exhiben más cuerpos destrozados y desmembrados como un culto al sin sentido de la estética de lo grotesco que reina en las imagen periodística de hoy. Es como la moraleja que impone la necedad de la intolerancia psicótica del yo sobre la existencia de cualquier otro que no sea uno mismo.

San Francisco Tlalnepantla, Xochimilco.

Bibliografía

Arjun, Appadurai, *La vida social de las cosas*, México, grijalbo / CONACULTA, 1991.

Aulagnier, P., *Un intérprete en busca de sentido*, México, siglo veintiuno editores, 1994.

Bastide, R., *El prójimo y el extraño*, Buenos Aires, Amorrortu, 1973.

Baudrillard, J., *A la sombra de las mayorías silenciosas*, Barcelona, Kairós, 1978.

__________ , *De la seducción*, Madrid, Cátedra, 1989.

__________ , *La transparencia del mal*, Barcelona, Anagrama, 1991.

Bentham, J., *El panóptico*, Madrid, La Piqueta, 1979.

Berger, P., *La construcción social de la realidad*, Buenos Aires, Amorrortu,

Blanchot, M., *El espacio literario*, Barcelona, Paidós, 1992.

Braudel, F., *Una lección de historia*, México, FCE, 1989.

Castoriadis-Aulagnier, P., *La violencia de la interpretación*, Buenos Aires, Amorrortu, 1988.

Castoriadis, C., *Los dominios del hombre: Las encrucijadas de un laberinto*, Barcelona, gedisa, 1988.

__________ , *El psicoanálisis proyecto y elucidación*, Buenos Aires, Nueva Visión, 1992.

__________ , *El mundo fragmentado*, Argentina, Altamira, col. Ensayos, 1990.

Cassier, E., *El mito del Estado*, México, FCE, 1993.

Clastrés, P., *Investigaciones en antropología política*, México, gedisa, 1987.

de Ventós, X. Rubert, *de la modernidad*, Barcelona, Península, 1980.

Desroche, H., *Sociología de la esperanza*, Barcelona, Herder, 1976.

Donzelot, J., *La policía de las familias*, Valencia, Pretextos, 1990.

Dumoulié, C., *Nietzsche y Artaud. Por una estética de la crueldad*, México, siglo veintiuno editores, 1996.

Escalante, E., *La insurrección tepehuana. De Marginal (cerro del calvario)*, México, Durango, Dgo., 1995.

Foucault, M., *Microfísica del poder*, Madrid, La Piqueta, 1978.

__________, *La vida de los hombres infames*, Madrid, La Piqueta, 1990.

__________, *Saber y verdad*, Madrid, La Piqueta, 1991.

Geertz, C., *Los usos de la diversidad*, Barcelona, Paidós, 1996.

Guattari, F. y G. Deleuze, *Mil mesetas. Capitalismo y esquizofrenia*, Valencia, España, Pretextos, 1988.

Kaminsky, G., *Spinoza. La política de las pasiones*, Barcelona, gedisa, 1990.

Konrad y Szelenzyi, *Los intelectuales y el poder*, Madrid, Península, 1981.

Kuhn, T. S., *La estructura de las revoluciones científicas*, México, FCE, 1996.

Lipovetsky, G., *El imperio de lo efímero*, Barcelona, Anagrama, 1993

Lyotard, J-F., *Dispositivos pulsionales*, Madrid, Fundamentos, 1981.

Mier, R., «Etnografías: Las encrucijadas éticas del relativismo», en *Versión*, núm. 4, abril de 1995, México, DEC/UAM-X, p. 13.

__________, «Los paisajes de la guerra», en *Lunea Córnea*, núm. 6, México, CONACULTA, 1995, p. 15.

Monsiváis, C., *Los rituales del caos*, México, ERA, 1995.

Morin, E., *Introducción al pensamiento complejo*, Barcelona, gedisa, 1994.

Piccini, M., «La sociedad de los espectadores: Notas sobre algunas teorías de la recepción», en *Versión*, núm. 3, abril 1993, México, DEC/UAM-X, p. 13.

__________, «Ciudades del fin de siglo: Vida urbana y comunicación», en *Versión*, núm. 5, abril, 1995, México, DEC/UAM-X, p. 13.

__________, «Redes urbanas y culturas audiovisuales en la ciudad de México», en *Argumentos*, núm. 24, septiembre de 1996, México, UAM-X/DCSH, p. 33.

Pichón Riviere, E., *Del psicoanálisis a la psicología social (el proceso grupal)*, Buenos Aires, Nueva Visión.

Ricœur, P., *Sí mismo como otro*, México, siglo veintiuno editores, 1996.

Rozitchener, L., *Freud y el problema del poder*, México, Folios, 1982.

Steiner, G., *Lenguaje y silencio*, Barcelona, gedisa, 1994.

Suárez, A., (comp.), *Razón, locura y sociedad*, México, siglo veintiuno editores, 1979.

Vaneigem, R., *Tratado del saber vivir para uso de las jóvenes generaciones*, Barcelona, Anagrama, 1988.

Vattimo, G., *La sociedad transparente*, Barcelona, Paidós / ICE/ UAB, 1995.

Virilio, P., *La máquina de la visión*, Madrid, Cátedra, 1994.

____________ , *El arte del motor*, Buenos Aires, Manantial, 1996.

Villamil, U. Raúl F., «El concepto de lectura de la situación en ciencias sociales», 1ª y 2ª parte, en *Revuelta*, núm. 21 y 22, noviembre de 1995 y septiembre de 1996, Durango, Dgo. México.

____________ , *Las instituciones íntimas,* cuadernos del Tipi, núm. 3, México, DEC/UAM-X, 1996.

Wall, The, Pink Floyd; letras Roger Waters; producción: Bob Ezrin, Roger Waters; David Gilmour; mezcla: Bob Ezrin, Roger Waters: «Another Brick in the wall part 2». 30 de noviembre de 1979.